

MARCO TULIO CICERÓN

EL ORADOR (A MARCO BRUTO)

M. TVLLI CICERONIS
ORATOR AD M. BRVTVM

Texto latino de esta edición tomado de: http://www.thelatinlibrary.com/cicero/brut.shtml

Traducción española de Marcelino Menéndez Pelayo (en los fragmentos que se ha comprobado falta de traducción se ha utilizado, rellenando las lagunas existentes, la versión de E. Sánchez Salor publicada en Alianza Editorial, Madrid, 1991).

Otras obras de consulta sobre el tema:
OBRAS COMPLETAS DE MARCO TULIO, T. II Menéndez Pelayo, Marcelino *Traductor* http://www.bibliojuridica.org/libros/libro.htm?l=788

Obras de Literatura clásica Grecolatina: http://ar.geocities.com/cayocesarcaligula/Libros.html

Traducción inglesa: http://www.gutenberg.org/etext/9776

EN TORNO AL *ORATOR*: MODERNIDAD DE CICERÓN

En este artículo el autor demuestra que la escuela aticista de Roma no puede ser disociada de este movimiento neo-ático que se dio en Grecia, Asia e Italia en ese siglo. Sus pretensiones eran la imitación del arte ático en su pureza original, estableciendo los modelos que debían ser seguidos.

1. Composición del tratado: su estructura

En el año 46 a. C., apartado Cicerón de la vida pública en un retiro forzoso bajo la dictadura de César, escribe entre otras dos obras fundamentales sobre teoría retórica: el *Brutus* y el *Orator*, que junto con el *De oratore*, publicado nueve años antes, en el 55, constituyen la trilogía fundamental en la teoría ciceroniana de la elocuencia. Si en el *De oratore* había compuesto un diálogo a la manera aristotélica donde plasmar sus planteamientos sobre la mejor educación y cultura del orador, y en el *Brutus* realiza un inteligente repaso a la oratoria romana, analizando sus principales figuras, en esta tercera obra intenta indagar cuál es el orador ideal (en el sentido platónico). Pero al mismo tiempo la redacción de esta obra obedecía a motivos más prácticos e inmediatos.

La corriente estética aticista, que había recorrido Grecia, Asia e Italia en el siglo I a. C. y que se había manifestado tanto en las artes plásticas como en las literarias, amenazaba con imponerse en la oratoria romana[1]. Los aticistas propugnaban una elocuencia caracterizada por la sobriedad y la selección de los modelos y sus acerbas críticas al estilo del Arpinate nos son conocidas gracias al testimonio de Quintiliano[2]. En lugar de una diatriba contra sus detractores, Cicerón escribió un tratado en el que defendía su estilo y sobre todo definía aquello que más lo caracterizaba, el ritmo en prosa[3]; además, la obra debe entenderse también como un intento de convencer al dedicatario, Bruto, buen amigo de Cicerón y al que éste veía como su posible sucesor en la oratoria romana, de que abandonase la escuela aticista y acogiese una prosa más elaborada y con mayor fuerza, aunque sus esfuerzos en este sentido fueron vanos[4].

La obra ha sido acusada en numerosas ocasiones de anarquía compositiva. A ello han contribuido en gran medida las frecuentes repeticiones del texto, en el que incluso se pueden hallar varias introducciones. Una explicación ingeniosa y elaborada a la aparente desorganización de este tratado fue propuesta por Remigio Sabbadini[5]. De los 236 parágrafos en que se divide la obra, los 97 últimos (140-236) corresponden a la teoría del ritmo en prosa, y por lo tanto constituyen una pieza aparte dentro de la estructura general. Según Sabbadini, si dividimos los primeros 139 en seis fragmentos[6] y se suprimen los pares nos encontramos con que se eliminan las contradicciones y repeticiones; estas tres partes encajarían perfectamente en una hipotética carta a Bruto que constituiría la primera redacción de la obra. Posteriormente Cicerón habría añadido los otros fragmentos para elaborar así un tratado sobre el mejor estilo oratorio; el ensamblaje de distintas redacciones o la inclusión de nuevos temas habría originado la aparente desorganización estructural. Esta teoría resulta atractiva y por ello ha gozado de crédito durante

---

[1] *Cf.* Desmouliez, A., «Sur la polémique de Cicéron et des atticistes», *Revue des Études Latines*, 30 (1952)
[2] Quintiliano (Inst. orat., XII, 10, 12) dice a propósito de la opinión que los aticistas tenían de Cicerón: «tumidiorem et Asianum et redundantem et in repetitionibus nimium et in salibus aliquando frigidum et in compositione fractum, exultantem ac paene, quod procul absit, uiro molliorem».
[3] G.M.A. Grube (*The Greek and Roman Critics*, London 1924, p.184) ha puesto de relieve que se debe entender el *Orator* como una defensa de Cicerón ante los ataques de los aticistas y que en este sentido hay que comprender la extensa discusión sobre la prosa rítmica.
[4] Así se lo comenta Cicerón a Ático (Ad Att., XIV, 20, 3): «Cum ipsius precibus paene adductus scripsissem ad eum de optimo genere dicendi, non modo mihi sed etiam tibi scripsit sibi illud quod mihi placeret non probari».
[5] En «La composizione dell'*Orator* ciceroniano», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica*, 44 (1916) 1-22.
[6] Que serían: I=§§ 3-19; II=§§ 20-35; III=§§ 36-42; IV=§§ 43-68; V=§§ 69-111; VI=§§ 112-139.

mucho tiempo, siendo recogida por la mayoría de editores del *Orator*[7].

Pero recientemente Sánchez Salor[8] ha puesto de relieve ciertas incongruencias en la argumentación de Sabbadini. En primer lugar, ha demostrado que el hilo conductor de la obra es doble: por un lado el concepto de *decorum*, por otro, la crítica a los neoáticos. Las partes eliminadas en la supuesta primera redacción evitan, es cierto, muchas repeticiones, pero también gran parte de los elementos que suponen la polémica con los neoáticos, con lo que uno de dichos hilos conductores queda truncado. Pero sobre todo lo que le parece inaceptable son ciertas agrupaciones y ciertos cortes, como el hecho de que una parte, la segunda, termine con una dedicatoria a Bruto, o que al partir los fragmentos cuarto y quinto se separe el tratamiento de la *elocutio*, quedando en uno la de los filósofos, historiadores y poetas y en otro la de los oradores. Según este autor, la obra tiene una estructura que obedece al siguiente esquema: los §§1-19 corresponden al prólogo y el resto (§§20-236) a la descripción del orador perfecto. Esta descripción se establece en cinco apartados de desigual extensión: §§20-32 en lo que se refiere al estilo oratorio; §§33-42 en lo que se refiere al género oratorio; §§43-112 en lo que se refiere a los *officia oratoris*; §§113-139 en lo que se refiere a los conocimientos del orador; §§140-236 en lo que se refiere al empleo de la prosa rítmica.

La estructuración propuesta por Sánchez Salor es congruente y convincente, pero no lo son tanto sus críticas a Sabbadini. El hecho de que en los fragmentos que se habrían compuesto en primer lugar no hubiera un enfrentamiento claro con los neoáticos sólo supondría que entre ambas redacciones se agrió la polémica por algún motivo, o bien que en una originaria carta privada a Bruto el Arpinate no juzgase adecuado incluir esa crítica, que posteriormente sí sería incorporada. Por otra parte, que un fragmento termine con una dedicatoria no es tan extraño si se tiene en cuenta que es uno de los incorporados en la hipotética segunda redacción, cuando ya el autor tiene en mente la trabazón definitiva. Lo mismo ocurre con la separación del tratamiento de la *elocutio*: no parece inverosímil que Cicerón hubiera hablado en principio sólo de la del orador y después, una vez concebido el plan final de la obra, antepusiera la de los filósofos, historiadores y poetas. En definitiva, creemos que la interpretación de Sánchez Salor es altamente clarificadora y la compartimos, pero pensamos que no invalida la tesis de Sabbadini de la doble cronología en la redacción.

2. Filosofía y Retórica

Una vez aclarada la estructura del tratado, debemos preguntarnos qué es lo que Cicerón trata en él. Como hemos apuntado al principio, si seguimos la cronología de los tres tratados ciceronianos de retórica más importantes, podemos ver una clara evolución. En el *De oratore* el Arpinate es *magister*, nos enseña cuál debe ser la educación del orador, cómo debe desenvolverse para inventar, ordenar y redactar sus discursos. En el *Brutus* es *historicus* que narra y juzga a los representantes de la oratoria romana. En el *Orator*, finalmente, se hace *existimator*, crítico en busca de un ideal artístico, el tipo eterno e inmutable que constituye la idea platónica[9]. Cicerón lo expresa varias veces a lo largo del tratado: «Recordemos...que voy a actuar para dar la impresión de que soy un crítico, no un maestro»[10]; «como dije más arriba, quiero ser un crítico, no un maestro»[11]; «Pero, puesto que yo no busco un orador al que

---

[7] Así, por ejemplo, C. de Marchi-E. Stampini (Turín 1960), A. Yon (París 1964), A. Tovar-A.R. Bujaldón (Barcelona 1967)…

[8] Cicerón, *El orador*, traducción, introducción y notas de E. Sánchez Salor, Madrid 1991, pp.8-20.

[9] *Cf.* de Marchi en la introducción a su edición del *Orator* (Turín 1960), p. XII.

[10] *Orat.*, XXXI, 112: *«meminerimus:...ita potius acturos, ut existimatores videamur loqui, non magistri»*. Para las citas del texto latino sigo la edición de Bernhard Kytzler (München-Zürich 1988). Las traducciones están extraídas de la de E. Sánchez (*op. cit.*).

[11] *Orat.*, XXXIII, 117: *«...ut supra dixi, iudicem esse me, non doctorem volo»*.

instruir, sino un orador al que aprobar...»[12].

La evolución no sólo se constata en cuanto a la postura de Cicerón (maestro, historiador o crítico), sino al mismo tiempo en la búsqueda del modelo de elocuencia o de hombre elocuente. En el *De oratore* se nos ofrece una imagen virtual de la perfección oratoria centrada en la formación intelectual del orador: ni Craso ni Antonio (los interlocutores del diálogo, pertenecientes a una generación anterior a la del Arpinate) se tienen por elocuentes, pero se apunta a una posibilidad futura que podría estar encarnada, aunque nunca se nombre debido a la fecha dramática de la acción (91 a. C.), por el propio Cicerón. En el *Brutus* (donde es el interlocutor principal) ya se le ve como modelo que encarna el ideal oratorio. Finalmente en el *Orator* avanza un paso más: el modelo que se busca no es ni Demóstenes (a quien alaba constantemente como uno de los oradores más completos) ni él mismo, sino la idea platónica del orador, inalcanzable, que nunca se dará en la realidad[13]. Como dice De Marchi[14], he ahí el porqué del título de *Orator*, encarnación del ideal, al igual que Maquiavelo tituló su obra el *Príncipe*. Este ideal es inalcanzable, pero al ser comprehensible por la mente sirve de estímulo para intentar acercarse a él. En palabras de Cicerón: « "Nunca", dirás, "existió uno así". Pues que no haya existido. Pero yo hablo de lo que es mi ideal, no de lo que he visto, y me remito a aquella forma e imagen platónica de que hablé, imagen que, si bien no vemos, podemos sin embargo tener en la mente»[15]. Esta postura de Cicerón, más definitoria de un ideal que educadora, ha sido contrapuesta a la de Quintiliano por Alberte[16].

Sobre las relaciones entre filosofía y retórica en la concepción ciceroniana de la elocuencia se ha escrito mucho, pero sin duda el autor a quien más se debe en este terreno es Alain Michel[17]. El tema es demasiado complejo para abordarlo aquí en profundidad, pero nos gustaría mencionarlo someramente porque en las conclusiones finales volveremos a hacer referencia a ello. Baste decir que con Cicerón se unen estas dos disciplinas que se habían separado e incluso nos atreveríamos a decir enemistado desde Sócrates y los sofistas: una buscaba la verdad, la esencia, y otra la opinión, la apariencia. Cicerón, en cambio, que reclama la necesidad de una profunda formación filosófica en el orador y critica la desnudez ornamental del filósofo ajeno a la elocuencia, proclama con orgullo no haber sido formado en las escuelas de los rétores sino en la Academia: «Y confieso que soy un orador -si es que lo soy, o en la medida en que lo sea- salido, no de los talleres de los rétores, sino de los paseos de la Academia»[18], pues no en vano había sido discípulo del filósofo Filón de Larisa, aunque algunos autores consideran que en esta afirmación exagera, por cuestiones de oportunidad y conveniencia, su deuda con la Academia[19].

3. El estilo oratorio

Dentro de este breve repaso que estamos realizando a algunos puntos relevantes del *Orator* no podemos pasar por alto uno de los aspectos más importantes que en él trata Cicerón: nos

---

[12] *Orat.*, XXXV, 123: *«Quoniam autem non quem doceam quaero, sed quem probem,...»*
[13] *Cf.* Desmouliez, A., *Cicéron et son goût. Essai sur une définition d'une esthétique romaine à la fin de la République*, Bruxelles 1976, pp.476-479.
[14] Cicerone, *Orator*, commento di C. de Marchi e E. Stampini, Torino 1960, pp.XII-XIII.
[15] *Orat.*, XXIX, 101: *« "Nemo is", inquies, "umquam fuit".*
Ne fuerit. ego enim quid desiderem, non quid viderim disputo redeoque ad illam Platonis, de qua dixeram, rei formam et speciem, quam, etsi non cernimus, tamen animo tenere possumus».
[16] Alberte González, A., «Cicerón y Quintiliano ante la Retórica. Distintas actitudes adoptadas», *Helmantica*, 34 (1983) 249-266.
[17] Obra clave es Michel, A., *Les rapports de la Rhétorique et de la Philosophie dans l'oeuvre de Cicéron. Recherches sur les fondements philosophiques de l'art de persuader*, Paris 1960.
[18] *Orat.*, III, 12: *«et fateor me oratorem, si modo sim aut etiam quicumque sim, non ex rhetorum officinis, sed ex Academiae spatiis extitisse».*
[19] *Cf.* Leeman, A.D., *Orationis ratio*, Amsterdam 1963, p.96.

estamos refiriendo a la teoría de los tres estilos[20]. Aquí se encuentra seguramente la innovación más importante del Arpinate en el terreno de la teoría retórica. Desde luego, la triple vertiente de los estilos o *genera dicendi* no es en absoluto novedosa, pues viene de la tradición retórica helena y se remonta a Teofrasto; una alteración que tampoco tiene excesiva relevancia es la descomposición del estilo sublime en “rudo” y “pulido” y del estilo humilde en “descuidado” y “armonioso”[21]. Pero lo que sí supone una trascendental novedad es, como ha puesto de relieve Douglas[22], la relación que se establece entre cada uno de los tres estilos y cada una delas funciones del orador: el humilde, sutil o tenue para el *docere*, el medio para el *delectare* o *conciliare*, el grave, sublime o vehemente para el *mouere*. En la *Rhetorica ad Herennium* puede descubrirse ya una relación entre los tres estilos y las partes del discurso, pero no con los *officia oratoris*; pero no se trata de una relación explícitamente tratada como tal, sino implícita, al ilustrar el estilo sublime con una peroración, el medio con una argumentación y el humilde con un fragmento narrativo[23].

Es en el *Orator* donde encontramos por vez primera esta vinculación entre las funciones aristotélicas del orador y los *genera* de Teofrasto, en el siguiente pasaje: «Será, pues, elocuente...aquel que en las causas forenses y civiles habla de forma que pruebe, agrade y convenza: probar, en aras de la necesidad; agradar, en aras de la belleza; y convencer, en aras de la victoria; esto último es, en efecto, lo que más importancia de todo tiene para conseguir la vistoria. Pero a cada una de estas funciones del orador corresponde un tipo de estilo: preciso a la hora de probar; mediano a la hora de deleitar; vehemente, a la hora de convencer»[24]. Es decir, que los métodos para alcanzar el fin del orador, que es siempre la persuasión, son las pruebas materiales, que se presentan en un estilo sencillo y llano, la impresión causada por el carácter del hablante cuando emplea un estilo armonioso y bello, y la capacidad de mover las pasiones del auditorio con la vehemencia de su estilo más apasionado[25].

¿Cuál es entonces el mejor estilo para el orador perfecto que se intenta definir? Los tres lo son, pues el mejor orador es el que los sabe conjugar y emplear según convenga a la causa en cada momento. Cicerón considera uno de sus mayores logros el ser capaz de hablar bien en los tres *genera dicendi*, pudiendo cambiar de uno a otro según las exigencias de cada caso, cosa que ningún otro había conseguido en Roma:

«Así pues, encontramos que los oídos de nuestros ciudadanos están ayunos de esa oratoria multiforme e igualmente repartida entre todos los estilos, y he sido yo el que por primera vez, en la medida de mis posibilidades, y por poco que valgan mis discursos, me los he atraído a la

---

[20] Como ha advertido muy bien J.W.H. Atkins (*Literary Criticism in Antiquity. A sketch of its development*, vol. II, London 1952, pp.29-30), la contribución ciceroniana será clave importante en la formación de la doctrina de los estilos literarios o “colores” en la Edad Media y Renacimiento. Es cierto que el planteamiento del Arpinate incluía sólo la oratoria, pero fue extendido a la literatura en general gracias en parte a la clasificación aristotélica de las formas poéticas.

[21] *Orat.*, V-VI, 20: *«nam et grandiloqui, ut ita dicam, fuerunt cum ampla et sententiarum gravitate et maiestate verborum, vehementes varii copiosi graves, ad permovendos et convertendos animos instructi et parati -quod ipsum alii aspera tristi horrida oratione neque perfecta atque conclusa consequebantur, alii levi et structa et terminata-; et contra tenues acuti, omnia docentes et dilucidiora, non ampliora facientes, subtili quadam et pressa oratione limati; in eodemque genere alii callidi, sed impoliti et consulto rudium similes et imperitorum, alii in eadem ieiunitate concinniores, id est faceti, florentes etiam et leviter ornati».*

[22] Douglas, A.E., «A Ciceronian Contribution to Rhetorical Theory», *Eranos*, 55 (1957) 18-26.

[23] *Cf. Ibíd.*, p.23.

[24] *Orat.*, XXI, 69: *«Erit igitur eloquens...is, qui in foro causisque civilibus ita dicet, ut probet, ut delectet, ut flectat. probare necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriae; nam id unum ex omnibus ad obtinendas causas potest plurimum. sed quot officia oratoris, tot sunt genera dicendi: subtile in probando, modicum in delectando, vehemens in flectendo».*

[25] *Cf.* Grube, *op. cit.*, pp.180-181.

increíble afición de escuchar ese tipo de elocuencia»[26].

De hecho, algunos autores como Kumaniecki[27] han cifrado el éxito sin parangón del Arpinate frente a la decadencia de Hortensio porque este último se obstinaba en mantener un estilo vehemente, asianista, que le había reportado gran éxito en su juventud pero que no convenía a un hombre maduro, mientras que Cicerón, que en sus primeros discursos no era muy diferente de Hortensio, había alcanzado un alto grado de *uarietas* en su oratoria, que le permitía cambiar de uno a otro estilo según las exigencias del *decorum*. Él mismo lo afirma en su tratado: «Y es que ningún orador, ni siquiera los desocupados griegos, escribieron tantos discursos como yo, discursos que tienen precisamente esa variedad que yo apruebo»[28]. El exhaustivo análisis estilístico que de sus discursos realizó Laurand[29] demuestra que la praxis de la oratoria ciceroniana sigue de cerca sus propias teorías retóricas y que no se jacta en vano de la variedad de estilos de que hizo gala.

El eclecticismo entre los tres estilos es sólo aparente. Aunque las circunstancias de su polémica con los aticistas le hacen tratarlos por igual, no logra disimular su preferencia por el estilo vehemente o sublime. Como señala Alain Michel, parece desprenderse de las declaraciones de Cicerón que este estilo reúne todas las cualidades: instruye como el simple, deleita como el medio y además conmueve[30]. Si los ataques contra los vicios del estilo elevado son más virulentos, esto sólo se debe a la necesidad de defenderse de las acusaciones de asianismo. Así, nos dice que el que sólo se dedica al estilo llano y nunca se eleva por encima de éste, si consigue al menos la perfección en ese ámbito será un buen orador, aunque no sea el mejor; y lo mismo ocurre con el que se entrega a la práctica del estilo medio, que puede alcanzar el éxito sin arriesgarse demasiado, ya que de poca altura puede caer. En cambio, el que sólo emplea el tono vehemente es totalmente despreciable, pues al tratar determinados temas poco importantes que no exigen este estilo parecerá un loco o un borracho tambalándose en medio de sobrios[31]. Pero en otra parte del discurso, sin disimular su simpatía hacia este *genus dicendi* apasionado, dice al hablar de la fuerza patética (del *pathos*, del sentimiento arrebatado): «...es vehemente, encendida, impetuosa, arrebata las causas y, cuando es llevada impetuosamente, no puede de ninguna forma ser resistida. Gracias a esto último, yo, que soy un orador mediano o incluso menos, pero que recurro siempre a esa gran impetuosidad, he conseguido con frecuencia que mis adversarios se tambaleen»[32].

La forma de combinar los estilos, es decir, de decidir cuándo emplear uno u otro, viene determinada por el *decorum*, que, como ya hemos dicho antes, constituye el hilo conductor de la obra junto con la polémica contra los neoáticos. «Es elocuente», dice Cicerón, «el que es capaz de decir las cosas sencillas con sencillez, las cosas elevadas con fuerza, y las cosas intermedias

[26] *Orat.*, XXX, 106: *«Ieiunas igitur huius multiplicis et aequabiliter in omnia genera fusae orationis aures civitatis accepimus, easque nos primi, quicumque eramus et quantulumcumque dicebamus, ad huius generis dicendi audiendi incredibilia studia convertimus».*

[27] Kumaniecki, K., «Tradition et apport personnel dans l'oeuvre de Cicéron», *Revue des Études Latines*, 37 (1959) 171-183.

[28] *Orat.*, XXX, 108: *«nemo enim orator tam multa en in Graeco quidem otio scripsit, quam multa sunt nostra, eaque hanc ipsam habent, quam probo, varietatem».*

[29] Laurand, L., *Études sur le style des discours de Cicéron, avec une esquisse de l'histoire du «cursus»* (3 vols.), Paris 1928-1931.

[30] Michel, A., «L'eloquenza romana», en *Introduzione allo Studio della Cultura Classica,* Marzorati editore, Vol. I: Letteratura, Milano 1972, pp.551-575 (p.560).

[31] *Cf. Orat.*, XXVIII, 98-99.

[32] *Orat.*, XXXVII, 128-129: *«hoc vehemens incensum incitatum, quo causae eripiuntur; quod cum rapide fertur, sustineri nullo pacto potest. quo genere nos mediocres aut multo etiam minus, sed magno semper usi impetu saepe adversarios de statu omni deiecimus».*

con tono medio»[33].

4. Modernidad de Cicerón

Una vez vista la estructura de la obra y tras una breve reflexión sobre la filosofía y la teoría del estilo en el tratado ciceroniano, nos resta tan sólo, para cerrar nuestra intervención, aportar unos pequeños apuntes sobre un tema que debería ser más a menudo objeto de nuestra atención: la modernidad de los clásicos. Muchas veces latinistas y helenistas olvidamos que los clásicos lo son precisamente por no pasar de moda, o lo que es lo mismo, por ser siempre modernos. El pensamiento ciceroniano reflejado en el *Orator* es un buen ejemplo de ello. Apenas echamos un vistazo sorprende la palpable actualidad de algunos de sus temas. Sin pretensiones de exhaustividad hemos entresacado algunos que merecen ser comentados:

Destacaremos en primer lugar su pragmatismo, si bien esta es una característica que en general define a la cultura romana por oposición a la griega. En el apartado 2, al hablar de las relaciones entre filosofía y retórica en su teoría oratoria, hemos señalado el hecho de que Cicerón mismo nos cuenta que su educación se basó más en los paseos de la Academia que en las escuelas de rétores[34]. Aunque esto es comúnmente aceptado como cierto por la mayoría de estudiosos, nada lleva a pensar, como bien apunta Grube[35], que su concepción de la filosofía, o mejor dicho, del lugar de la filosofía dentro de los estudios de formación del orador, provenga de ninguna escuela filosófica.

En efecto, es difícil imaginar alguna de ellas que entre sus enseñanzas incluyera el subordinar la filosofía a la retórica, o bien que potenciara la educación práctica a expensas de la contemplativa. Lo que Cicerón propugna como modelo de enseñanza es la que él mismo recibió, la encaminada a una formación "útil" con vistas a la práctica forense y a la política, en definitiva, una más "romana" que "griega". Pero donde el pragmatismo ciceroniano entronca más tristemente con la realidad de nuestros tiempos modernos es quizás en la necesidad de justificar los estudios de filosofía e historia: «y sin una formación filosófica», argumenta el Arpinate, «no podemos distinguir el género y la especie de ninguna cosa, ni definirla, ni clasificarla, ni juzgar lo que es verdadero y lo que es falso, ni analizar las consecuencias lógicas, ver lo contradictorio y distinguir lo ambiguo»[36]; «desconocer qué es lo que ha ocurrido antes de nuestro nacimiento es ser siempre un niño. ¿Qué es, en efecto, la vida de un hombre, si no se une a la vida de sus antepasados mediante el recuerdo de los hechos antiguos?»[37]. Ante esta defensa de la utilidad práctica de dos disciplinas como la filosofía y la historia uno no puede menos de sorprenderse ante la inmediatez y la modernidad de las palabras de Cicerón. ¡Cuán reciente tenemos en España la memoria del intento de eliminar de los planes de estudio de bachillerato la asignatura de filosofía, y la controversia creada sobre su utilidad y la necesidad de su mantenimiento!

La filosofía ciceroniana es menos elaborada que la socrática, pero aún así ha conseguido seguramente una mayor repercusión en el mundo moderno, debido sin lugar a dudas a que vivimos en una cultura pragmática con la que conecta fácilmente. Los estudiosos Perelman y

---

[33] *Orat.*, XIX, 100: *«is est enim eloquens, qui et humilia subtiliter et magna graviter et mediocria temperate potest dicere».*
[34] *Cf.* nota 17.
[35] *Op. cit.*, p.174.
[36] *Orat.*, IV, 16: *«nec vero sine philosophorum disciplina genus et speciem cuiusque rei cernere neque eam definiendo explicare nec tribuere in partes possumus nec iudicare, quae vera, quae falsa sint, neque cernere consequentia, repugnantia videre, ambigua distinguere».*
[37] *Orat.*, XXXIV, 120: *«nescire autem quid ante quam natus sis acciderit, id est semper esse puerum. quid enim est aetas hominis, nisi ea memoria rerum veterum cum superiorum aetate contexitur?».*

Olbrechts[38] distinguen entre filosofías "primarias" y filosofías "regresivas". Las primarias parten de principios fundamentales que constituyen la base de toda una construcción lógica que se elabora mediante demostraciones de carácter lógico-matemático. Las regresivas operan a través de la razón argumentativa sin partir de términos precisos fijados de una vez por todas. Tomando como base estas definiciones, Barilli[39] ha analizado el pensamiento ciceroniano, llegando a la conclusión de que lo que se había llamado eclecticismo del Arpinate puede ser mejor precisado como filosofía regresiva, estando caracterizado todo su sistema por la preocupación de remitirse a la *communis opinio*, que constituye el punto de partida y el de llegada de la filosofía ciceroniana. De esta forma, entronca con el pragmatismo norteamericano y la fenomenología husserliana, filosofías también regresivas que asumen como punto de partida, respectivamente, el sentido común y la *Lebenswelt*, basándose ambas en la praxis cotidiana[40].

Esta referencia constante a la *communis opinio* y la moldeabilidad del estilo ante la referencia del efecto buscado en el auditorio, de la que hablamos anteriormente en el apartado 3, permiten afirmar que también el sistema teórico retórico de Cicerón puede ser definido como pragmático, en el sentido que tiene esta palabra en la semiótica de G. Klaus como el efecto de signos lingüísticos que alcanzan a los destinatarios[41]. No debemos olvidar que entre las categorías que la retórica toma en consideración se hallan muchas que ofrecen un evidente interés para la lingüística moderna. Al ocuparse de la persuasión, es decir, de un mensaje enunciado por un hablante con una intencionalidad determinada de actuar sobre el oyente, entramos en el campo de la lingüística aplicada. Como el efecto buscado repercute en la esfera emocional del auditorio, la psicolingüística también se ve implicada. Además, el criterio del *decorum* o adecuación del mensaje al acto de comunicación en sí, variando según los oyentes y la situación circunstancial (que abarca tiempo, lugar, anteriores mensajes...) entra de lleno en la pragmática lingüística y en la sociolingüística[42].

También tiene un sabor notable a modernidad, o quizá sería mejor decir a problema eterno de todos los tiempos, una cuestión concreta de la diatriba ciceroniana con los aticistas. Nos referimos a la cuestión del destinatario del discurso. Los neoáticos, continuadores de la filosofía estoica, buscaban los aplausos del público entendido, capaces de comprender sus estructurados razonamientos. Cicerón, en cambio, no desdeña, sino que busca una elocuencia que agrade al público llano, incluso al inculto; por este motivo critica también a los *neoteroi*, cuyo arte es demasiado sutil para poder ser popular. Desmouliez[43] ha planteado los problemas que puede acarrear esta postura, pues al subordinar el estilo al gusto del público se corre el riesgo de hipotecar virtudes estéticas. El problema es tan antiguo como el arte; hoy en día se plantea en los términos de someterse a los dictámenes de la crítica o del público. Pero, tal como apunta Desmouliez, el Arpinate no cree que sea necesario elegir entre complacer al gran público o a los entendidos, pues no tiene por qué haber desacuerdo entre los gustos estéticos de ambos. La naturaleza ha dotado a los hombres de un instinto para apreciar la belleza, por lo que todos pueden sentirla y deleitarse con ella; los entendidos, además, pueden analizar los recursos técnicos del artífice. Una vez más se puede decir que la cuestión que subyace en el fondo es el criterio del *decorum*: Cicerón considera necesario adecuar el estilo al alma del oyente; al sentir predilección por el *genus grauis* y estar éste relacionado, según su propia teoría, con el *mouere*, es decir, con el territorio de los sentimientos, del *pathos*, era conclusión inevitable su

---

38 Perelman, C.-Olbrechts Tyteca, L., *Rhetorique et philosophie*, Paris 1952, cap. IV.
39 Barilli, R., «La retorica di Cicerone», en *Poetica e Retorica*, Torino 1969, pp.21-53.
40 *Cf.*, Valenti Pagnini, V., «La retorica di Cicerone nella moderna problematica cultural», *Bolletino di Studi Latini*, 7 (1977) 327-342.
41 *Cf.* Spillner, B., *Lingüística y Literatura*, trad. esp. de Elena Bombín, Madrid 1979, p.172.
42 *Cf. ibíd.*, pp.168-169.
43 *Cicéron et son goût*, *cit.*, pp.254-256.

concepto de *oratio*, que por antonomasia era la *oratio popularis*, es decir, la desarrollada ante la multitud, principalmente en el foro. Los aticistas, en cambio, que fundaban sus principios en la filosofía estoica (que por principio rechaza los afectos como turbadores de la razón) no encontraban otro público apto que no fuera la élite culta capaz de comprender verdades en una formulación lógica desnuda de pasión[44]. Punto fundamental de discrepancia era que los aticistas sostenían que en el pueblo inculto sólo actuaba la persuasión por medio del *mouere*, pues eran incapaces de comprender las argumentaciones propias del *probare* o *docere*, abandonando la razón y quedando a merced del vaivén de las emociones. Frente a esto, el Arpinate sostenía que a través del *mouere* las clases populares también percibían la trabazón lógica del *probare*. La cuestión ha adquirido un nuevo significado en la actualidad, en España al menos, con la polémica ley del jurado. Viéndose obligada gente no especialista en leyes a determinar sobre cuestiones de complicados matices, si tan sólo el ámbito de los sentimientos y la vehemencia de un abogado pueden modelar una decisión tan trascendental, si los aticistas tenían razón en su diatriba contra Cicerón, habría que plantearse de nuevo la ética de la ley.

El alejamiento de las élites se percibe no sólo en sus discursos, sino también en sus obras de teoría retórica. Como ha señalado acertadamente Atkins[45], la elaboración del material, tanto en el *De oratore* como en el *Brutus*, se aparta del tratado para especialistas, cuyo modelo sería Aristóteles, y se aproxima más al diálogo platónico para el público en general. En el caso del primero, supo elegir los interlocutores entre los oradores más prestigiosos de la generación anterior para dar un aire de credibilidad y autoridad romana a su obra; además, el diálogo permite una exposición que sin dejar de ser ordenada se muestra mucho más viva. En el *Orator* adopta la forma de la carta o ensayo, pero el tratamiento sigue siendo igualmente lúcido.

Finalizaremos nuestra intervención reflexionando sobre la rehabilitación que ha experimentado la retórica en los últimos años. El auge de las ciencias argumentativas ha sido provocado, como apunta Valenti[46], por el debate filosófico que ha puesto de manifiesto la insuficiencia de la lógica formal y del razonamiento *more geometrico*. La pérdida de seguridad en los presupuestos de las ciencias basadas en la deducción matemática o la inducción experimental (provocada al mismo tiempo por la revisión constante de los presupuestos que antes se creían axiomáticos, inmutables) ha revalorizado esas otras esferas del conocimiento tradicionalmente relegadas al campo de lo irracional. Entre las ciencias de la argumentación nació en los años cincuenta la «Nueva Retórica». No deja de constituir una cierta ironía[47] el hecho de que la rehabilitación de la retórica no fuera promovida por filólogos clásicos ni por autores de manuales de estilística, que siempre la han manejado y la han tenido en cuenta, sino por sus tradicionales enemigos, los filósofos, con lo que se ha producido, dos mil años más tarde, esa unión de filosofía y retórica que propugnaba Cicerón. Schopenhauer, uno de los precursores de la revitalización de las ciencias argumentativas, preconizó al mismo tiempo la restauración de la retórica en su acepción estrictamente literaria y criticó ese estilo descuidado que había caracterizado durante siglos a la filosofía. *Nihil noui sub sole*, porque ya Cicerón había clamado contra la *mollis oratio philosophorum*[48].

Carlos de Miguel Mora
Universidad de Granada

---

[44] *Cf.* Alberte González, A., *Historia de la retórica latina*, Amsterdam 1992, pp.14-16.
[45] *Op. cit.*, p.25.
[46] *Art. cit.*, pp.327-328.
[47] Así lo hace notar V. Florescu (*La rhétorique et la néorhétorique*, Paris 1982, p.4).
[48] *Cf. ibíd.*, pp.154-155.

… Aquella trilogía ciceroniana a la que suele denominársele ***rhetorica maior*** mereció ser catalogada por su propio autor como obra filosófica *(Div. 2, 4:* «Nuestros libros sobre oratoria, a saber, los tres correspondientes al *De oratore,* el cuarto, el *Brutus* y el quinto, el ***Orator***, deben ser incluidos dentro de dicho catálogo»), el propio Cicerón nos ofrecería otras dos vinculadas igualmente a temas retóricos, pero de distinto tenor: *Partitiones oratoriae y Topica…*

… «Orator»

Cicerón volverá a defender estas mismas ideas poco después en el *Orator,* tratado sobre el orador ideal, que dirige precisamente a Bruto (A. Yon, «Sur la composition de *l'Orator* de Cicéron», *BAGB, 17,* 1958, págs. 70-84). No es extraño que tras haber criticado en el diálogo anterior el estilo ático por defecto y el asiático por exceso cuestione ahora ante Bruto cuál es el ideal oratorio (2: *optima species dicendi),* cuál es el mejor estilo *(3: eloquentiaegenus summum et perfectissimum) y* cuál es, en definitiva, el orador ideal o el ideal de la elocuencia. Evidentemente Cicerón en la crítica contra los aticistas pretendía defender su prestigio como orador.

Para desarrollar estas ideas se sirve de la misma metodología que *ya* habíamos visto en el *De oratore* donde Craso intentaba pergeñar aquella imagen del orador perfecto (3, 71: *species oratoris perfecti)* presentándola como un producto mental: de ahí que utilizara el verbo *fingere* para tal efecto (1, 118). Siguiendo esta misma línea, Cicerón en este tratado no hablará de un género oratorio que haya escuchado con sus propio oídos y que pueda presentar como modelo, sino que nos hablará de una *species cogitata* «cuya existencia, según Platón, es tan sólo racional y no física» (10: *eas-sc. gigni negat), «*a la que se puede acceder tan sólo por los ojos del entendimiento» *(9: sic perfectas eloquentiae speciem animo videmus).* En este tratado Cicerón identifica el término *species* con la *idea* platónica cuya comprensión tiene lugar por la vía de la *disputa*do, aplicándolo a los distintas especies oratorias (10: «Todo lo que se desarrolle por vía racional habrá de ser dirigido a la idea de su propio género»).

Desde el punto de vista programático Cicerón va a desarrollar la *quaestio* inicial sobre los estilos y géneros oratorios con objeto de salir al paso de las críticas de los aticistas y reafirmar su opinión sobre la elocuencia. A tal efecto toma como punto de apoyo un hecho históricamente incontestable, la elocuencia de Demóstenes: así nos dice «que, mientras algunos han podido destacar en alguno de los tres *genera dicendi,* fueron muy pocos los que dominaron los tres estilos» *(20)* y que la elocuencia de Demóstenes, dominadora de todos ellos, «es la que más se acerca a la idea platónica de la perfección» (23).

Desde esta premisa del reconocimiento indiscutible de la primacía de la elocuencia en Demóstenes, critica a los llamados áticos por tomar como modelos de su elocuencia no a aquél sino a Lisias, a Tucídides o a Jenofonte. A los seguidores de Lisias Cicerón les reprocha que si el criterio para definir el carácter ático se limita a la «elegancia y sobriedad» (28), puesto que el estilo de aquél se caracterizaba «por ser sencillo *y* sin adornos» *(29: genus tenue et inornatum),* entonces quedarían excluidos Pericles, a quien nunca se le hubiera concedido la primacía de la elocuencia de su tiempo de haber usado un estilo sencillo *(29: genus tenue), y* también Esquines o Demóstenes, por haber usado «un estilo adornado, grave y copioso» (29). A los adeptos de Tucídides les recrimina el tomar como modelo a un hombre reconocido como historiador pero «desconocido en el campo de la oratoria» *(32: numquam est numerates orator) y* el haber hecho un burdo remedo de su estilo al sustituir las frases sentenciosas por frases entrecortadas y mutiladas. A los devotos de Jenofonte les recuerda que su estilo nada tenía que ver con la agitación forense (32).

Tras esta critica contra los aticistas Cicerón vuelve a plantearse la necesidad de pergeñar ese orador ideal que Antonio no había conocido *(33) y,* más concretamente, el modelo literario más acabado (36). Partiendo del principio de que cada modelo o ideal estilístico está condicionado por el género correspondiente *(37: genera orationum),* Cicerón inicia la exposición con el género demostrativo.

Del género demostrativo o epidíctico dice que es la nodriza *(37: nutrix)* del orador ideal por

cuanto, al deber su origen al placer *(37: delectationis causa comparatum est),* le facilita todos los recursos productores del deleite como son la abundancia léxica (*copia verborum),* el ritmo métrico *(numerus) y* la correspondencia rítmica de los miembros de la frase *(concinnitas).* Muestra a Isócrates como el mejor representante de este género sin ahorrar elogios hacia su estilo *(40: qui praeter caeteros eiusdem generis laudatur semper a nobis)* y avala su superioridad frente a Lisias apelando al criterio de autoridad de Sócrates y Platón *(41-42).* Desde este punto de vista Cicerón no sólo descalifica a los aticistas, como seguidores de Lisias, sino que además señala que el orador ideal deberá iniciarse con este género oratorio para pasar luego al escenario politico *(42: acies)* a través del género deliberativo *y a* la contienda judicial *(42: dimicatio) a* través del género judicial.

Una vez que ha trasladado la oratoria al campo politico, vuelve a asumir la pregunta de Bruto, interesado por conocer no la *inventio* ni la *dispositio,* sino el mejor estilo *(52: genes orationis optimum) y* de nuevo vuelve a recurrir al lenguaje platónico para referirse *a la summae eloquentiae species,* esto es, al modelo ideal de oratoria (61). Aquí Cicerón apelando a la etimología de *eloquentia,* señala que el orador es denominado con toda propiedad *eloquens,* no *inventor, compositor o actor* significando con ello que la característica distintiva de la oratoria procede de la instancia elocutiva (C. Codoñer, «Eloquentia y orator», *E. clás, 88, 1984,* págs. *297-302).* Desde tal punto de vista marca las diferencias con relación a la filosofía, a la sofistica, a la historia y a la poesía, como ya habíamos visto en el *De oratore.*

Si el orador se caracteriza por su dominio de la *elocutio,* desde ésta deberá responder de aquellas funciones que le son propias, *docere, detectare y mouere.* Por ello Cicerón considera oportuno adscribirle a cada función su correspondiente estilo *(genus dicendi):* el sencillo a la función probatoria, el intermedio a la del agrado y el vehemente a la del doblegamiento del ánimo (69). En consecuencia fija las características del *uir eloquens* en los siguientes términos (60): «Será pues elocuente aquel que en el foro y en los tribunales hable de tal modo que pruebe, agrade y doblegue al auditorio... pero cuantas sean las funciones tantas deberán ser los estilos, así el estilo sencillo se utilizará en la función probatoria, el intermedio en la del agrado y el vehemente en la del doblegamiento del ánimo.»

Cicerón, al atribuirle estas tres funciones al orador, estaba siguiendo la misma línea marcada en el *De oratore,* pero ahora presenta por primera vez esta correspondencia entre estilos y funciones (cfr. G. L. Hendrickson, «The origin and meaning of the ancient characters of style», *AJPh, 26, 3, 1905,* págs. *249-290; A.* E. Douglas, «A Ciceronianas Contribution to Rhetoriacal Theory», *Eranos, 55, 1957,* págs. *18-26).*

Tras fijar estos tres estilos de acuerdo con las tres funciones, pasa definitivamente a tratar las características de cada uno de ellos (75): empieza por atender al estilo llano y sencillo *(75: summissus et humilis),* «llamado por algunos ático» (74). Del estilo sencillo señala que tiene todas aquellas virtudes reconocidas por Teofrasto, excepto el ornato: la pureza, la claridad y el decoro (79). Con relación a la metáfora su uso sólo está permitido *docendi causa (82),* esto es, cuando la lengua carece del término propio. Del estilo intermedio *(98: modicum et temperatum)* dice que da cabida a todos los procedimientos ornamentales *(92: huic omnia dicendi ornamenta conveniunt),* tanto a los referidos a la palabra aislada como a la composición de la frase: este estilo habría salido de las escuelas de los sofistas hacia el foro y seria el estilo preferentemente cultiva do en el género demostrativo (96). Del estilo grave destaca no sólo los adornos literarios, sino también la exuberancia léxica *(97: ornatum dicendi et copiam) y* a éste le confiere la capacidad de excitar toda clase de emociones en el ánimo del oyente.

Tras exponer las características de cada uno de estos estilos Cicerón vuelve a repetir que el orador ideal, el hombre elocuente que sólo podemos poseer en la mente *(tenemus sed in animo) y* que Antonio no vio (100), será aquel que sea capaz de dominar cada uno de estos estilos sabiéndolos acomodar a la naturaleza del asunto (100 y 101).

Aun cuando vuelva a repetir que este tipo de orador ideal o este tipo de elocuencia responde a aquella idea platónica nunca realizable, pero sí contemplable con los ojos del espíritu *(ibid.: quam etsi non cernimus tamen animo tenere possimus),* Cicerón se muestra a sí mismo como una respuesta a tal exigencia de principios oratorios: así presenta el *Pro Caecina* como modelo del

genus humile, el *De lege Manilia* como ejemplo del *genus temperatum y* el *Pro Rabino* como representante del *genus grave,* a la vez que señala la variedad de estilos contenida en muchos otros *(103);* terminará diciendo que su elocuencia si no ha alcanzado la perfección ha estado muy cerca de ello *(103: si non perfectio at conatus tamen atque adumbratio).*

Cicerón en su afán por defender su prestigio como orador romano retorna la línea expositiva del *Brutus,* señalando que él había sido el primero en atraer la atención del público hacia la oratoria (106), que él había alcanzado la madurez oratoria, como se observa en el *Pro Cluentio,* donde queda superarada aquella redundancia juvenil del *Pro Roscio Amerino,* y en otros muchos otros discursos (107: «Con cuánto ímpetu siendo todavía un jovenzuelo dije todo aquello sobre los tormentos de los parricidas: pronto me daría cuenta de que todo aquello no había fermentado suficientemente... Pero de aquella misma materia habrían de fermentar estos otros productos ya maduros: "esposa del yerno, madrastra del hijo, rival de la hija"... Aquella redundancia juvenil presenta ahora las cosas de manera más sencilla, algunas incluso de manera más desenfadada, como se ve en el *Pro Habito,* en el *Pro Cornelio* y en muchas otras»), que nadie ni siquiera en el mundo griego había escrito tantas obras oratorias como él (108), que su obra presentaba, por vez primera, la variedad que cada momento y circunstancia exigía *(106)* y que en el dominio de la función emotiva había sido superior a cualquier otro romano *(131-133).*

Será precisamente contra los aticistas contra los que defenderá la oratoria *numerosa,* caracterizada por la *concinnitas y* las cláusulas métricas, tal como se muestra en sus discursos *(171-210),* apelando para ello a la *auctoritas* de Aristóteles, seguida por sus discípulos Teodectes y Teofrastro (172): contra dichos aticistas dirá que los rayos inflamados de Demóstenes no habrían alcanzado el éxito oratorio de no haber sido lanzados con efecto rítmico *(234).*

De todos modos, aun cuando Cicerón en este tratado hace una clara apología de su oratoria frente a aquella otra defendida por los aticistas, confiriéndole a la *elocutio* atención predominante, no deja de seguir aquellos mismos criterios observados en el *De oratore y Brutus:* exige del orador formación filosófica *(14) y,* en este sentido, repite las mismas ideas sobre la elocuencia de Pericles y Demóstenes *(14-15) y* sobre la incidencia de la escuela académica y peripatética en la formación del orador, llegando a manifestar algo ya apuntado en el *De oratore,* a saber, su deuda como orador a las aulas académicas (12); de igual modo volverá a repetir que este orador ideal no podía ser un producto de las escuelas retóricas (12), sino de una formación universal, adquirida de la mano de los mejores filósofos, juristas, historiadores y oradores, perfeccionada por la propia experiencia, en la que «el saber y el saber hablar grata y conmovedoramente» marcan la diferencia frente a rétores ignorantes, frente a estoicos ajenos a toda gracia oratoria y frente a aticistas incapaces de dominar todos los registros estilísticos; presenta también al orador como el hombre político (69), entregado a la defensa de los intereses de sus conciudadanos, capacitado para desarrollar cualquier asunto, en el tono estilístico oportuno.

Si en el *De oratore* había buscado la definición de su concepto de la elocuencia en contraste con las escuelas retóricas y estoicas, si en el *Brutus* lo había buscado especialmente en contraste con el asianismo y aticismo, lo mismo va a hacer ahora en el *Orator,* donde toma como referente negativo el estilo aticista para definir el estilo ideal, al que Demóstenes y él estaban tan próximos (E. Laughton, «Cicero and the Greek orators», *AJPh., 82, 1961,* págs. *27-29 y 33-49).*

El *Orator,* en definitiva, viene a ser la culminación del proceso que había quedado abierto en el *Brutus,* pues todavía quedaba pendiente el capítulo dedicado a su elocuencia. En el *Orator* retomará la crítica contra los aticistas, para demostrar la superioridad de su elocuencia, capaz de atender a cualquier función con su estilo adecuado, retomará la crítica contra el asianismo para señalar la superación de la *redundantia iuvenilis:* de este modo presentará su elocuencia como la culminación de la oratoria romana (M. L. Clarke, «Ciceronian Oratory», *Greece and Rome, 14, 1945,* págs. 72, 81).

[Fragmento citado de LITERATURA LATINA, editorial CÁTEDRA (varios autores, coordinados por CARMEN CODOÑER: — Cicerón, Escritos retóricos Etapa de madurez: *De oratore. Brutus.* ***Orator***. *De optimo genere oratorum* (capítulo a cargo de Antonio Alberte) pág. 381-384]

Bibliografía de Cicerón

E. Ciaceri, Cicerone e i suoi tempi. 2nd ed. 2 vols. (Genova, Roma, Napoli 1939-1941).
C.J. Classen, Recht - Rhetorik - Politik (Darmstadt 1985).
C.P. Craig, Form as Argument in Cicero's Speeches: A Study of Dilemma. American Classical Studies, 31 (Atlanta 1993).
V. Cucheval, Cicéron orateur, Analyse et critique des discours de Cicéron. 2 vols. (Paris 1901-1902).
G.A. Kennedy, The Art of Rhetoric in the Roman World: 300 B.C.-A.D. 300 (Princeton 1972).
L. Laurand, Etudes sur le style des discours de Ciceron, 3 vol. (Paris 1928).
W. Ludwig (ed.), Éloquence et Rhétorique chez Cicéron, Entretiens sur l'Antiquité Classique, vol. 28 (Vandoeuvres-Genève 1982).
J. M. May, Trials of Character (Chapel Hill 1988).
E. Narducci, Modelli etici e società: Un' idea di Cicerone (Pisa 1989).
-----, Introduzione a Cicerone (Roma/Bari 1992).
-----, Gli orizzonti dell'eloquenza: Retorica e progetto culturale in Cicerone (forthcoming).
Chr. Neumeister, Grundsätze der forensischen Rhetorik gezeigt an Gerichtsreden Ciceros. Langue et parole, Sprach- und Literaturstrukturelle Studien, 3. (Munich 1964).
W. Stroh, Taxis und Taktik (Stuttgart 1975).
A. Vasaly, Representations: Images of the World in Ciceronian Oratory (Berkeley 1993).
F. Wieacker, Cicero als Advokat (Berlin 1965).
N. Wood, Cicero's Social and Political Thought (Berkeley 1988).

Oratory and Rhetoric:

J. Axer, "Tribunal-Stage-Arena: Modelling of the Communication Situation in Cicero's Judicial Speeches," *Rhetorica* 7.4 (1989) 299-311.
C.J. Classen, "Ciceros Kunst der Uberredung," pp. 149-84 in W. Ludwig (ed.), Eloquence et Rhetorique chez Ciceron (1982).
C.P. Craig, "The Accusator as Amicus: An Original Roman Tactic of Ethiclal Argumentation," *TAPA* 111 (1981) 31-7.
-----, "The Structural Pedigree of Cicero's Speeches Pro Archia, Pro Milone and Pro Quinctio," *CP* 80(1985) 136-37.
U. Heibges, "Religion and Rhetoric in Cicero's Speeches," *Latomus* 28.4 (1969) 833-849.
A. Leen, "Cicero and the Rhetoric of Art," *AJP* 112 (1991) 229-245.
J.M. May, "The Rhetoric of Advocacy and Patron-Client Identification. Variations on a Theme," *AJP* 102 (1981) 308-315.
R. Preiswerk, De inventione orationum Ciceronianarum (diss. Basel 1905).
A.M. Riggsby, "Appropriation and Reversal as a Basis for Oratorical Proof," *CP* 90 (1995) 245-56.
F. Rohde, Cicero, quae de Inventione praecepit, quatenus secutus sit in orationibus generis iudicialis (diss. Regimonti Borussorum 1903).

Filosofía y religión:

U. Heibges, "Cicero, A Hypocrite in Religion?" AJP 90 (1969) 304-312.
M. Beard, "Cicero and Divination: the Formation of a Latin Discourse," *JRS* 76 (1986) 33-46.

Vida:

A. Afzelius, "Zwei Episoden aus dem Leben Ciceros," *Classica et Medievalia* 5 (1942) 209-17.
H. J. Mette, "Der junge Anwalt Cicero," *Gymnasium* 72 (1965) 10-27.
A.M. Riggsby, "Pliny on Cicero and Oratory: Self-Fashioning in the Public Eye," *AJP* 116 (1995) 123-35.
M. N. Winkler, "Juvenal's Attitude Toward Ciceronian Poetry and Rhetoric," *RhM* 131 (1988) 84-97.

Publicaciones:

W. C. McDermott, "Cicero's Publication of His Consular Orations," *Philologus* 116 (1972) 277-84.

B. A. Marshall, "Excepta Oratio, The Other Pro Milone and the Question of Shorthand," *Latomus* 46 (1987) 730-36.

C. Saunders, "The Consular Speeches of Cicero," *CW* 10 (1917) 153-56.

De Oratore:

E. Fantham, E., "Ciceronian Conciliare and Aristotelian Ethos," *Phoenix* 27 (1973) 262-75.

W. W. Fortenbaugh,"Benevolentiam conciliare and animos permovere: Some remarks on Cicero's De Oratore 2.178-216," *Rhetorica* 6 (1988) 259-73.

-----, "Cicero's Knowledge of the Rhetorical Treatises of Aristotle and Theophrastus," In Cicero's Knowledge of the Peripatos, edited by W. W. Fortenbaugh and P. Steinmetz, 39-60. Rutgers University Studies in Classical Humanities, 4 (New Brunswick 19 89).

G. Grube, "Educational, Rhetorical and Literary Theory in Cicero," *Phoenix* 16 (1962) 234-57.

J. Hall, "Persuasive Design in Cicero's De Oratore," Phoenix 48 (1994) 210-25.

T. Janson, Latin Prose Prefaces: Studies in Literary Conventions (Stockholm, Göteborg, Uppsala 1964).

W. Kroll, "Studien Über Ciceros Schrift De Oratore,"*RhM* 58 (1903) 552-97.

A. D. Leeman and H. Pinkster. M. Tullius Cicero, De Oratore Libri III, Kommentar. Vol. 1 (Heidelberg 1981) on I.1-165.

A. D. Leeman, H. Pinkster, and H. L. W. Nelson. M. Tullius Cicero, De Oratore Libri III, Kommentar. Vol. 2 (Heidelberg 1985) on 1.166-265; 2.1-98.

A. D. Leeman, H. Pinkster, and E. Rabbie. M. Tullius Cicero, De Oratore Libri III, Kommentar. Vol. 3 (Heidelberg 1989) on 2.99-290.

P. MacKendrick, The Philosphical Books of Cicero (London 1989).

E. Rawson, "Lucius Crassus and Cicero: The Formation of a Statesman," *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 17 (1971) 75-88.

E. Schuetrumpf, "Platonic Elements in the Structure of Cicero's De Oratore Book One," *Rhetorica* 6 (1988) 237-58.

F. Solmsen, "Aristotle and Cicero on the Orator's Playing upon the Feelings," *CP* 33 (1938) 390-404. reprinted in Kleine Schriften II (Hildesheim 1968) 216-230.

Disputationes Tusculanae:

S.A. White, "Cicero and the Therapists," pp. 219-46 of J.G.F. Powell, ed., Cicero the Philosopher: Twelve Papers (Oxford 1995).

De Amicitia:

E. W. Leach, "Absence and Desire in Cicero's De Amicitia," *CW* 87 (1993) 3-???.

De Republica:

W. Suerbaum, "Studienbibliographie zu Ciceros De re publica," *Gymnasium* 85 (1978) 59-88.

J. E. G. Zetzel, ed. Cicero: De Re Publica, Selections (Cambridge 1995).

Cartas:

R. Degl'Innocenti Pierini (ed., trans., notes), *Tullio Cicerone, Lettere dall'esilio* (Firenze:Casa Editrice Le Lettere 1996).

Discursos fragmentarios:

J. W. Crawford, ed. M. Tullius Cicero: The Fragmentary Speeches, 2nd ed. (Atlanta 1994).

Pro Sex. Roscio Amerino:

A. Afzelius, "Zwei Episoden aus dem Leben Ciceros," *Classica et Medievalia* 5 (1942) 209-17.

V. Buchheit, "Chrysogonus als Tyrann in Ciceros Rede für Roscius aus Ameria," *Chiron* 5 (1975) 193-211.

-----, "Ciceros Kritik an Sulla in der Rede für Roscius aus Ameria," *Historia* 24 (1975) 570-91.

A. R. Crittenden, ed. Cicero: Oration for Sextus Roscius Amerinus (Boston, New York, Philadelphia 1904).

E. H. Donkin, ed. M. Tullii Ciceronis pro Sexto Roscio Amerino oratio ad Iudices. 2nd ed. (London 1955); reprint of the 1916 edition.

W. G. Gossrau, ed. M. Tullii Ciceronis pro Sexto Roscio Amerino Oratio. (Quedlinburgi 1853).

R. Heinze, "Ciceros politische Anfänge," pp. 87-140 In Vom Geist des Römertums. 3rd ed., edited by E. Burck, (Darmstadt 1960 [1909]).

A. A. Imholz, "Gladiatorial Metaphors in Cicero's Pro Sex. Roscio Amerino," *CW* 65 (1972) 228-30.

T. Kinsey, "A Dilemma in the Pro Roscio Amerino," *Mnemosyne* 19 (1966) 270-1.

-----, "The Dates of the Pro Roscio Amerino and Pro Quinctio," *Mnemosyne* 20 (1967) 61-7.

-----, "Cicero, Pro Roscio Amerino, 125," *Mnemosyne* 21 (1968) 290-2.

-----, "Cicero's Speech of Roscius of Ameria," *SO* 50 (1975) 91-104.

-----, "Cicero's Case against Magnus, Capito, and Chrosogonus in the Pro Sex. Roscio Amerino and its Use for the Historian," *AntCl* 49 (1980) 173-90.

-----, "A Problem in the Pro Roscio Amerino," *Eranos* 79 (1981) 149-50.

-----, "The Political Insignificance of Cicero's Pro Roscio," *LCM* 7 (1982) 39-40.

-----, "The Case against Sextus Roscius of Ameria," *AntCl* 54 (1985) 188-96.

-----, "The Partitio of Cicero's Pro Roscio Amerino," *Mnemosyne* 38 (1985) 387-8.

-----, "Criminal Courts at Rome under the Sullan Regime," *Hermes* 115 (1987) 502.

-----, "Cicero, Pro Sex. Roscio Amerino, 2," *Latomus* 46 (1987) 847.

-----, "The Lacuna in Cicero's Pro Rexto Roscio Amerino," *RBPh* 66 (1988) 78-9.

-----, "The Sale of the Property of Roscius of Ameria. How Illegal was it?," *AC* 57 (1988) 296-7.

G. Landgraf, ed. Kommentar zu Ciceros Rede Pro Sex. Roscio Amerino. 2nd ed. (Berlin 1914).

E. Lincke, "Zur Beweisführung Ciceros in der Rede für Sextus Roscius aus Ameria," Commentationes Fleckeisenianae 1 (1890) 187-98.

H. Nohl, ed. Ciceros Rede für den Sex. Roscius aus Ameria. 2nd ed. (Leipzig 1897).

E. Osenbrüggen, ed. Cicero's [sic] Rede für Sextus Roscius aus Ameria (Braunschweig 1844).

F. Richter and A. Fleckeisen, eds. Ciceros Rede für Sex. Roscius. 4th ed. (Leipzig and Berlin 1906), rev. G. Ammon.

W. B. Sedgwick, "Cicero's Conduct of the Case Pro Roscio," *CR* 48 (1934) 13.

F. Solmsen, "Cicero's First Speeches: A Rhetorical Analysis," *TAPA* 69 (1938) 542-556.

S. Stock, ed. Cicero Pro Sexto Roscio Amerino. 2nd ed. (Oxford 1901).

A. Vasaly, "The Masks of Rhetoric: Cicero's Pro Roscio Amerino," *Rhetorica* 3 (1985) 1-20.

Divinatio in Caecilium:

E. Badian, "Three Non-Trials in Cicero: Notes on the Text, Prosopography and Chronology of Divinatio in *Caecilium* 63," *Klio* 66 (1984) 291-309.

C. P. Craig, "Dilemma in Cicero's Divinatio in Caecilium," *AJP* 106 (1985) 442-46.

Q. Fabbri, "Q. Cecilio e la Divinatio," Historia: studi storici per l'antichità *classica* 6 (1932) 292-96.

K. Hachtmann, ed. M.T. Ciceronis Divinatio in Caecilium. Gotha: Bibliotheca Gothana, 1891.

W. E. Heitland and H. Cowie, eds. M.T. Ciceronis in Q. Caecilium Divinatio et in C. Verrem Actio Prima, 2nd ed. (Cambridge 1900).

W. Sternkopf, "Gedankengang und Gliederung der `Divinatio in Caecilium'," *Gymnasium Dortmund Jahresbericht* (1904-1905) 4-17. reprinted in B. Kytzler, ed., Ciceros literarische Leistung, Wege der Forschung vol. 240 (Darmstadt 1973) 267-299.

É. Thomas, ed. Cicéron, Verrines: Divinatio in Q. Caecilium et Actionis Secundae Libri IV et V, De Signis et De Suppliciis. Paris: Hachette, 1894.

L. A. Thompson, L. A., "The Relationship between Provincial Quaestors and their Commanders-in-Chief," *Historia* 11 (1962) 339-55.

Pro Q. Roscio Comoedo:

J. Axer, ed., Oratio pro Q. Roscio Comoedo (Leipzig 1976).

-----, The Style and Composition of Cicero's Speech Pro Roscio Comoedo, Origin and Function = Studia Antiqua, 3. (Warsaw 1980).

T. Giaro, "La 'pro Roscio' interpretata," *Index: Quaderni comerti di studi romanistici* 12 (1983-1984) 566-69.

Pro Cluentio:

F. Charpin, "A propos de Pro Cluentio I,1," in Ciceroniana: Homages a Kazimierz Kumaniecki, edited by A. Michel and R. Verdière (Leiden 1975).

C. J. Classen, "Cicero, Pro Cluentio 1-11 im Licht der rhetorischen Theorie und Praxis," *RhM* 108 (1965) 104-42.

----- . "Die Anklage gegen A. Cluentius Habitus," *ZSS* 89 (1972) 1-17.

J. F. Davies, "Cicero's Speech for A. Cluentius Habitus," *Hermathena* 2 (1876) 387-422.

G. Dörries, "Ciceros Rede für Cluentius," (diss. Münster 1957).

J. Granrud, "Was Cicero Successful in the Art Oratorical?" *CJ* 8 (1913) 234-43.

H. Grose Hodge, ed. Murder at Larinum, Being the Narrative Portions of Cicero's Speech "Pro Cluentio" (Cambridge 1927).

G. Hoenigswald, "The Murder Charges in Cicero's Pro Cluentio," *TAPA* 93 (1962) 109-23.

J. Humbert, "Comment Cicéron mystifia les juges de Cluentius," *REL* 16 (1938) 275-96.

J. T. Kirby, The Rhetoric of Cicero's Pro Cluentio = London Studies in CP 23 (Amsterdam 1990).

W. Kroll, "Ciceros Rede für Cluentius," *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum* 53 (1924) 174-84.

T. Maslowski, "On the Margin of Cicero, Pro Cluentio 169 and 170," *AJP* 103 (1982) 325-31.

P. Moreau, "Structures de parenté et d'alliance à Larinum d'après le Pro Cluentio," In Les Bourgeoisies municipales italiennes aux IIe et Ier siècles av. J.C, edited by M. Cébeillac-Gervasoni (Paris 1983).

W. Peterson, "Cicero, Pro Cluentio," *CR* 12 (1898) 294-96.

G. Pugliese, "Aspetti giuridici della pro Cluentio di Cicerone," *Iura* 21 (1970) 155-81.

----- ed. L'orazione per Aulo Cluenzio Abito (Milan 1972).

J. Stöcklein, "De iudicio Iuniano," In Commentationes Philologicae, 196-201 (Munich 1891). NUC #NBO612448.

Pro Lege Manilia:

P. Rose, "Cicero and the Rhetoric of Imperialism: Putting the Politics Back into Political Rhetoric," Rhetorica 13.4 (1995) 359-399.

Pro Murena:

C. Craig, "Cato's Stoicism and the Understanding of Cicero's Speech for Murena," *TAPA* 116 (1986) 229-239.

J. D'Arms, "Pro Murena 16 and Cicero's Use of Historical Exempla," *Phoenix* 26 (1972) 82-4.

T. Kinsey, "Cicero, Pro Murena, 71," *RBPh* 43 (1965) 57-9.

A.D. Leeman, "The Technique of Persuasion in Cicero's Pro Murena," in Eloquence et rhétorique chez Cicéron (Vandoeuvres-Geneva 1982) 193-228.

P. Moreau, "Ciceron, Clodius, et la publication du Pro Murena," *REL* 58 (1980) 220-37.

De Lege Agraria:
A. Vasaly, "Ars dispositionis: Cicero's Second Agrarian Speech," *Hermes* 116 (1988) 409-27.

Pro C. Rabirio Postumo:
W.B. Tyrrell, "The Trial of C. Rabirius in 63 B.C.," *Latomus* 32 (1973) 285-300.

In Catilinam:
Walter Allen Jr., "In Defense of Catiline," *CJ* 34 (1938-1939) 70-85.

W.W. Batstone, "Cicero's Construction of Consular Ethos in the First Catilinarian," *TAPA* 124 (1994) 211-266.

R. W. Cape, "The Rhetoric of Politics in Cicero's Fourth Catilinarian," *AJP* 116 (1995) 255-77.

C. P. Craig, "Three Simple Questions for Teaching Cicero's First Catilinarian," *CJ* 88 (1993) 255-67.

T. Crane, "Times of the Night in Cicero's First Catilinarian," *CJ* 61 (1965-1966) 264-67.

H. Draheim, "Die ursprunglische Form der katilinarischen Reden Ciceros," *Wochenschrift für Klassische Philologie* 1917 (1917) 1061-72.

H. Fuchs, "Eine Dopplefassung in Ciceros Catilinarischen Reden," *Hermes* 87 (1959) 463-69.

G. Goulet, "Introduction à la première Catilinaire," *Les Études Classiques* (1932) 438-41.

E. S. Gruen, "Notes on the First Catilinarian Conspiracy," *CP* 64 (1969) 20-24.

E. G. Hardy, "A Catilinarian Date," *JRS* 6 (1916) 56-58.

-----, "The Catilinarian Conspiracy in Its Context: A Re-Study of the Evidence," *JRS* 7 (1917) 153-228.

L. Havas, "Crassus et `La Première Conjuration de Catilina'," *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debrecenensis* 6 (1970) 35-43.

-----, "Die Catilinarische Bewegung unter dem Gesichtspunkt der Sogenannten Popularen- und Optimatenpolitik," *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debrecenensis* 13 (1977) 11-21.

T. Rice Holmes, "Three Catilinarian Dates," *JRS* 8 (1918) 15-25.

C. John, "Die Enstehungsgeschichte der Catilinarischen Verschwörung. Ein Beitrag zur Kritik der Sallustius," *Jahrbuch für klassische Philologie* 8 (1875-1876) 701-819.

-----, "Der Tag der ersten Rede Ciceros gegen Catilina," *Philologus* 46 (1888) 650-65.

Charles Knapp, "Studies in the Catilinarian Orations," *CW* 13 (1920) 193-96, 201-4.

D. Konstan, "Rhetoric and the Crisis of Legitimacy in Cicero's Catilinarian Orations," pp. 11-30 in Rethinking the History of Rhetoric: Multidisciplinary Essays on the Rhetorical Tradition, edited by T. Poulakos (Boulder 1993).

A. LaPenna, "L'Interpretazione Sallustiana della Congiura di Catilina," *Studi italiani di filologia classica* 31 (1959) 1-64, 127-68.

M.C. Leff, "Redemptive Identification: Cicero's Catilinarian Orations," pp. 158-77 in Explorations in Rhetorical Criticism, G.P. Mohrmann et al., Eds. (Penn. State Univ. Press 1973); reprinted in Critical Questions, W. L. Nothstine et al., eds. (New Y ork 1994) 323-42.

D.A. March, "Cicero and the Gang of Five," *CW* 82 (1989) 225-234.

C. Loutsch, "L'exorde dit ex abrupto de la première Catilinaire de Cicéron," *REL* 68 (1990) 31-49.

W. C. McDermott, "Cicero's Publication of His Consular Orations," *Philologus* 116 (1972) 277-84.

E. J. Phillips, "Catiline's Conspiracy," *Historia* 25 (1976) 441-48.

F. H. Potter, "The Date of Cicero's First Oration against Catiline," *CJ* 21 (1925-1926) 164-76.

A. Primmer, "Historisches und Oratorisches zur ersten Catilinaria," *Gymnasium* 84 (1977) 18-38.

M. P. Procacci, "La questione giuridica nel processo di Catilina," Atene e Roma 2 9 (1928) 254-64.

A. Rabe, "Die Senatssitzung am 8 November des Jahres 63 v. Chr. und die Entstehung der ersten catilinarischen Rede Ciceros," *Klio* 5 (1929) 74-87.

R. Seager, "The First Catilinarian Conspiracy," *Historia* 13 (1964) 338-47.

-----, "Iusta Catilinae," *Historia* 22 (1973) 240-48.

O. Seel, "Catilina," *Der Altsprachliche Unterricht* 1 (1951) 5-35.

W. Stroh, "Über Absicht und Ablauf von Ciceros ersten Catilinarie," *Die Alten Sprachen in Unterrricht* 29, no. 1 (1982) 7-15.

-----, "Ciceros erste Rede gegen Catilina," *Mitteilungen des Deutsches Altphilologen-Verbandes, Landesverband Niedersachsen* 36, no. 1 (1985) 2-15.

J. von Ungern-Sternberg, "Ciceros erst Catilinarische Rede und Diodor XL 5a," *Gymnasium* 78 (1971) 47-54.

K. H. Waters, "Cicero, Sallust and Catiline," *Historia* 19 (1970) 195-215.

Z. Yavits, "The Failure of Catiline's Conspiracy," *Historia* 12 (1963) 485-99.

Pro Archia:

S.P. Haley, "Archias, Theophanes, and Cicero: The Politics of the Pro Archia," *Classical Bulletin* 59 (1983) 1-4.

Orationes Post Reditum:

E. Gabba, "Cicerone e la Falsificazione dei Senatoconsulti," *Studi Classici e Orientali* 10 (1961) 89-96.

R. G. M. Nisbet, ed. M. Tulli Ciceronis De Domo Sua ad Pontifices Oratio (Oxford 1939 [repr. 1979]).

A. Robinson, "Cicero's References to His Banishment," *CW* 87.6 (1994) 475-480.

W. J. Tatum, "The Lex Papiria de Dedicationibus," *CP* 88 (1993) 319-28.

Pro Sulla:

E. Gabba, "Cicerone e la Falsificazione dei Senatoconsulti," *Studi Classici e Orientali* 10 (1961) 89-96.

J. T. Ramsey, "Cicero, pro Sulla 68 and Catiline's Candidacy in 66 BC," *HSCP* 86 (1982) 121-131.

Pro Sestio:

P. Boyance, "Cum Dignitate Otium," *Revue des Études Antiques* 43 (1941) 172-91.

E. Evrard, "Le Pro Sestio de Cicéron: un leurre," pp. 223-34 of Filologia e forme letterarie (Festschrift della Corte), vol. 2 (Urbino 1987).

W.K. Lacey, "Cicero, Pro Sestio 96-143," *CQ* n.s. 12 (1962) 67-71.

C. Wirszubski, "Cicero's cum Dignitate Otium: a Reconsideration," *JRS* 44 (1954) 1-13.

Pro Milone:

J. Axer, "Le Forum Romanum dans le plaidoyer de Cicéron 'Pro Milone'," pp. 31-36 in Travaux du Centre d'Archéologie Méditerranéenne del'Académie Polonaise des Sciences 30 (1989); Études et Travaux XV.

A. C. Clark, ed. M. Tulli Ciceronis pro T. Annio Milone ad iudices oratio (Oxford 1895 [reprint Amsterdam 1967]).

M.E. Clark and J.S. Ruebel, "Philosophy and Rhetoric in Cicero's Pro Milone," *RhM* 128 (1985) 57-72.

F. Donnelly, Cicero's Milo: A Rhetorical Commentary (New York 1935).

B. A. Marshall, "Excepta Oratio, The Other Pro Milone and the Question of Shorthand," *Latomus* 46 (1987) 730-36.

J. M. May, "The Ethica Digressio and Cicero's Pro Milone: A Progression of Intensity from Logos to Ethos to Pathos," *CJ* 74 (1979) 240-46.

J. Ruebel, "The Trial of Milo in 52 B.C.: A Chronological Study," *TAPA* 109 (1979) 231-49.

A. Scaillet, "Cicéron, Pro Milone: La théorie oratoire appliquée à l'exorde et à la narration," *Les Études Classiques* 59 (1991) 345-47.

J. N. Settle, "The Trial of Milo and the Other Pro MIlone," *TAPA* 94 (1963) 268-80.

A. M. Stone, "Pro Milone, Cicero's Second Thoughts," *Antichthon* 14 (1980) 88-111.

E. Vereeke, "Le rythme binaire et terniare dans l'argumentation. Cicéron, Pro Milone, 1-31," *Les Études Classiques* 59 (1991) 171-78.

Pro Caelio:

R. G. Austin, ed. M. Tulli Ciceronis Pro M. Caelio Oratio, 3rd ed. (Oxford 1960).

E. Ciaceri, "Il processo di M. Celio Rufo e l'arringa di Cicerone," *Atti della Reale Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti, Napoli*, n.s. 11 (1929-1930) 1-24.

C. J. Classen, "Ciceros Rede für Caelius," *ANRW* I.3 (1973) 60-94.

C.P. Craig, "Reason, Resonance, and Dilemma in Cicero's Speech for Caelius," *Rhetorica* 7 (1989) 313-328.

T. A. Dorey, "Cicero, Clodia, and the Pro Caelio," *G+R* 5 (1958) 175-80.

H. Drexler, "Zu Ciceros Rede pro Caelio," *Nachrichten von der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, Philologisch-Historisches Klasse* 1944 (1944) 1-32.

M. J.-C.Dumont, "Cicéron et le théâtre," pp. 424-30 in Actes du IXe Congrès de l'Association Guillaume Budé, Rome 13-18 avril, 1973 (Paris 1975).

W. G. Englert, ed. Cicero, Pro Caelio (Bryn Mawr 1990).

K.A. Geffcken, Comedy in the Pro Caelio = Mnemosyne Suppl. 18 (Leiden 1973).

H.C. Gotoff, "Cicero's Analysis of the Prosecution Speeches in the Pro Caelio: An Exercise in Practical Criticism," *CP* 81 (1980) 122-132.

R. Heinze, "Ciceros Rede pro Caelio," *Hermes* 60 (1925) 193-258.

J. Linderski, "Ciceros Rede Pro Caelio und die Ambitus- und Vereinsgezetsgebung der ausgehenden Republik," *Hermes* 89 (1961) 106-19.

F. Lovera, "Questioni riguardanti il processo de vi di M. Celio Rufo e l'orazione di Cicerone," *Il Mondo Classico* 6 (1936) 167-78.

G. Pacitti, "Cicerone al processo di M. Celio Rufo," pp. 67-79 in Atti I Congresso Internazionale di Studi Ciceroniani, vol. 2 (Roma 1961).

E.S. Ramage, "Clodia in Cicero's Pro Caelio," pp. 201-11 in Classical Texts and Their Traditions: Studies in Honor of C. R. Trahman, ed. D.R. Bright and E.S. Ramage (Chico 1984).

R. Reizenstein, "Ciceros Rede für Caelius," *Nachrichten von der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, Philologisch-Historisches Klasse* 1925 (1925) 25-32.

M.R. Salzman, "Cicero, the Megalenses and the Defense of Caelius," *AJP* 103 (1982) 299-304.

M. Volpe, "The Persuasive Force of Humor: Cicero's Defense of Caelius," *Quarterly Journal of Speech* 63 (1977) 311-323.

J. van Wageningen, ed. M. Tulli Ciceronis Oratio pro M. Caelio. (Groningen 1908).

De Provinciis Consularibus:

P. Rose, "Cicero and the Rhetoric of Imperialism: Putting the Politics Back into Political Rhetoric," Rhetorica 13.4 (1995) 359-399.

Pro Plancio:

J. Adamietz, "Ciceros Verfahren in den Ambitus-Prozessen gegen Murena und Plancius," *Gymnasium* 93 (1986) 102-17.

H. W. Auden, ed. Cicero Pro Plancio (London 1897).

G. B. Bonino, ed. L'Orazione di M. Tullio Cicerone in Difesa di Cn. Plancio. (Torino 1923 [1886]).

C. P. Craig, "Cicero's Strategy of Embarrassment in the Speech for Plancius," *AJP* 111 (1990) 75-81.

R. W. Husband, "Election Laws in Republican Rome," *CJ* 11 (1915-1916): 535-45.

R. C. B. Kerin and A. H. Allcroft, eds. Cicero: Pro Plancio (London 1891).
E. Koepke, ed. Ciceros Rede für Cn. Plancius, 3rd ed. (Leipzig 1887), rev. G. Landgraf.
W. Kroll, "Ciceros Rede für Plancius," *RhM* 86 (1937) 127-39.
L. R. Taylor, "Magistrates of 55 B.C. in Cicero's Pro Plancio and Catullus 52," *Athenaeum* n.s. 42 (1968) 12-28.
C. Venturini, "L'Orazione pro Cn. Plancio e la Lex Licinia de Sodaliciis," pp. 787-804 in Studi in Onore di Cesare San Filippo, vol. 5 (Milano 1984).
E. Wunder, ed. M. Tulli Ciceronis Oratio pro Cn. Plancio (Leipzig 1830).

Discursos cesarianos:

Bringmann, K., "Der Diktator Caesar als Richter? Zu Ciceros Reden 'Pro Ligario' und 'Pro Rege Deiotaro'," *Hermes* 141 (1986) 72-88.
Cipriani, G., "La Pro Marcello e il suo significato come orazione politica," *Atene e Roma* 22 (1977) 113-25.
C.P. Craig, "The Central Argument of Cicero's Speech for Ligarius," *CJ* 79 (1984) 193-99.
R.R. Dyer, "Rhetoric and Intention in Cicero 'Pro Marcello,'" *JRS* 80 (1990) 17-30.
H. C. Gotoff, Cicero's Caesarian Speeches: A Stylistic Commentary (Chapel Hill 1993).
K. Kumaniecki, "Der Prozess gegen Q. Ligarius," *Hermes* 95 (1967) 434-57.
C. Loutsch, "Ironie et Libert&eactue; de Parole: Remarques sur l'exorde ad Principem du Pro Ligario de Cic&eactue;ron," *REL* 62 (1984) 98-110.
W. C. McDermott, "In Ligarianam," *TAPA* 101 (1970) 317-47.
H.W. Montague, "Advocacy and Politics: The Paradox of Cicero 'Pro Ligario,'" *AJP* 113.4 (1992) 559-574.
G. Petrone, "La parola e l'interdetto. Nota alla Pro rege Deiotaro e alle orazioni cesariane," *Pan* 6 (1978) 85-104.
M. Rambaud, "Le Pro Marcello el l'insinuation politique," *Caesarodonum* 19 (1984) 43-56.
H. W. Ritter, "Caesars erstes Zusammentreffen mit Deiotarus," *Historia* 18 (1969) 255-56.
G. Walser, "Der Prozess gegen Q. Ligarius im Jahre 46 v. Chr," *Historia* 8 (1959) 90-96.

Philippicae:

D. R. Shackleton Bailey, ed. Cicero: Philippics (Chapel Hill 1986).
S. Cerutti, "Further Discussion on the Delivery and Publication of Cicero 'Second Philippic,'" *Classical Bulletin*, 70.1 (1994) 23-28.
M. Delaunois, "Statistiques des Idées dans le Cadre du Plan Oratoire des Philippiques de Cicéron," *Les Études Classiques* 34 (1966) 3-34.
J. Denniston, ed. M. Tulli Ciceronis in M. Antonium orationes philippicae prima et secunda (Oxford 1926).
J. R. Dunkle, "The Greek Tyrant and Roman Political Invective of the Late Republic," *TAPA* 98 (1967) 151-71.
H. Frisch, Cicero's Fight for the Republic: The Historical Background of Cicero's Philippics (Copenhagen 1946).
W. Hauschiled, De Sermonis Proprietatibus Quae in Philippicis Ciceronis Orationibus Inveniuntur (diss. Halle 1886).
-----, "A "Paraklausithyron" in Cicero's Second Philippic," pp. 215-27 in Studies in Latin Literature and Roman History VI, edited by Carl Deroux, 215-27 = Collection Latomus, 217 (Bruxelles 1992).
W. K. Lacey, ed. Cicero: Second Philippic (Warminster 1986).
W. Stroh, W., "Die Nachahmung des Demosthenes in Ciceros Philippiken," pp. 1-40 in Éloquence et Rhétorique chez Cicéron, edited by W. Ludwig, 1-31 (Vandoeuvres-Genève 1982).
L. A. Sussman, "Antony as a Miles Gloriosus in Cicero's Second Philippic," *Scholia* 3 (1994) 53-83.

-----, "Antony The Meretrix Audax: Cicero's Novel Invective in Philippic 2.44-46," *Eranos* (1994).
C. W. Wooten, Cicero's Philippics and Their Demosthenic Model (Chapel Hill 1983).

Imágenes





M. TVLLI CICERONIS ORATOR AD M. BRVTVM

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 100 101 102 103 104 105 106 107 108 109 110 111 112 113 114 115 116 117 118 119 120 121 122 123 124 125 126 127 128 129 130 131 132 133 134 135 136 137 138 139 140 141 142 143 144 145 146 147 148 149 150 151 152 153 154 155 156 157 158 159 160 161 162 163 164 165 166 167 168 169 170 171 172 173 174 175 176 177 178 179 180 181 182 183 184 185 186 187 188 189 190 191 192 193 194 195 196 197 198 199 200 201 202 203 204 205 206 207 208 209 210 211 212 213 214 215 216 217 218 219 220 221 222 223 224 225 226 227 228 229 230 231 232 233 234 235 236 237 238

I. [1] Vtrum difficilius aut maius esset negare tibi saepius idem roganti an efficere id quod rogares diu multumque, Brute, dubitavi. Nam et negare ei quem unice diligerem cuique me carissimum esse sentirem, praesertim et iusta petenti et praeclara cupienti, durum admodum mihi videbatur, et suscipere tantam rem, quantam non modo facultate consequi difficile esset sed etiam cogitatione complecti, vix arbitrabar esse eius qui vereretur reprehensionem doctorum atque prudentium. [2] Quid enim est maius quam, cum tanta sit inter oratores bonos dissimilitudo, iudicare quae sit optima species et quasi figura dicendi? Quod quoniam me saepius rogas, aggrediar non tam perficiendi spe quam experiendi voluntate; malo enim, cum studio tuo sim obsecutus, desiderari a te prudentiam meam quam, si id non fecerim, benevolentiam.

Mucho he dudado, Bruto, si era más difícil negarte lo que tantas veces me pediste o hacer lo que me rogabas. El negarme a quien tanto quiero y que tanto me ama, especialmente en una petición tan justa, me era muy duro, y el tomar a mi cargo una cosa tan importante que no sólo era difícil conseguir, sino abarcar con el pensamiento, me parecía digno de incurrir en la reprensión de los varones doctos y prudentes. Habiendo entre los buenos oradores tanta desemejanza, ¿quién podrá juzgar cuál es el mejor estilo y manera de decir? Pero ya que tanto me lo ruegas, lo intentaré, no con la esperanza de llevarlo a cabo, sino con la voluntad de probarlo. Más quiero que me acuses de falta de prudencia porque he accedido a tus deseos, que de falta de benevolencia porque no lo he hecho.

[3] Quaeris igitur idque iam saepius quod eloquentiae genus probem maxime et quale mihi videatur illud, quo nihil addi possit, quod ego summum et perfectissimum iudicem. In quo vereor ne, si id quod vis effecero eumque oratorem quem quaeris expressero, tardem studia multorum, qui desperatione debilitati experiri id nolent quod se assequi posse diffidant. [4] Sed par est omnis omnia experiri, qui res magnas et magno opere expetendas concupiverunt. Quod si quem aut natura sua [aut] illa praestantis ingeni vis forte deficiet aut minus instructus erit magnarum artium disciplinis, teneat tamen eum cursum quem poterit; prima enim sequentem honestum est in secundis tertiisque consistere. Nam in poetis non Homero soli locus est, ut de Graecis loquar, aut Archilocho aut Sophocli aut Pindaro, sed

Muchas veces me has preguntado qué género de elocuencia me agrada más y cuál me parece el más perfecto y acabado, en términos que nada pueda añadírsele. Pero temo que si hago lo que deseas, y trazo la imagen del orador que buscas, retarde los estudios de muchos que, perdiendo toda esperanza, no querrán intentar lo que desconfían de poder conseguir. Pero necesario es que lo prueben todo los que se arrojan a grandes y difíciles empresas. Y si a alguno le faltare disposición natural o condiciones de ingenio, o estuviere poco instruido en las artes liberales, siga, no obstante la carrera, hasta donde pueda. Aunque siempre se desea el primer lugar, no es vergonzoso quedarse en el segundo o en el tercero. Entre los poetas (limitándome ahora a los griegos), no sólo hay lugar para Homero, para Arquíloco,

horum vel secundis vel etiam infra secundos; [5] nec vero Aristotelem in philosophia deterruit a scribendo amplitudo Platonis, nec ipse Aristoteles admirabili quadam scientia et copia ceterorum studia restinxit.

Sófocles o Píndaro, sino para los segundos después de éstos, y aun para los infe- riores después de los segundos. Ni a Aristóteles le apartó de escribir de filosofía el amplio estilo de Platón, ni el mismo Aristóteles, a pesar de su admirable ciencia y riqueza de conocimientos, atajó los estudios de los que vinieron después.

II. Nec solum ab optimis studiis excellentes viri deterriti non sunt, sed ne opifices quidem se ab artibus suis removerunt, qui aut Ialysi, quem Rhodi vidimus, non potuerunt aut Coae Veneris pulchritudinem imitari, nec simulacro Iovis Olympii aut doryphori statua deterriti reliqui minus experti sunt quid efficere aut quo progredi possent; quorum tanta multitudo fuit, tanta in suo cuiusque genere laus, ut, cum summa miraremur, inferiora tamen probaremus. [6] In oratoribus vero, Graecis quidem, admirabile est quantum inter omnis unus excellat; ac tamen, cum esset Demosthenes, multi oratores magni et clari fuerunt et antea fuerant nec postea defecerunt. Qua re non est cur eorum qui se studio eloquentiae dediderunt spes infringatur aut languescat industria; nam neque illud ipsum quod est optimum desperandum est et in praestantibus rebus magna sunt ea quae sunt optimis proxima. [7] Atque ego in summo oratore fingendo talem informabo qualis fortasse nemo fuit. Non enim quaero quis fuerit, sed quid sit illud, quo nihil esse possit praestantius, quod in perpetuitate dicendi non saepe atque haud scio an numquam, in aliqua autem parte eluceat aliquando, idem apud alios densius, apud alios fortasse rarius. [8] Sed ego sic statuo, nihil esse in ullo genere tam pulchrum, quo non pulchrius id sit unde illud ut ex ore aliquo quasi imago exprimatur; quod neque oculis neque auribus neque ullo sensu percipi potest, cogitatione tantum et mente complectimur. Itaque et Phidiae simulacris, quibus nihil in illo genere perfectius videmus, et eis picturis quas nominavi cogitare tamen possumus pulchriora; [9] nec vero ille artifex cum faceret Iovis formam aut Minervae, contemplabatur aliquem e quo similitudinem duceret, sed ipsius in mente insidebat species pulchritudinis eximia quaedam, quam intuens in eaque defixus ad illius similitudinem artem et manum dirigebat.

Y no sólo acontece esto en las más altas especulaciones y en las artes superiores, sino que lo mismo sucede con los artífices, aunque no logren imitar la hermosura del Yaliso de Rodas o de la Venus de Cos.

Ni el simulacro de Júpiter Olímpico, ni la estatua del Doriforo, fueron parte a que otros dejasen de probar hasta dónde podrían llegar sus fuerzas, y hubo tantos escultores, y de tanto mérito cada uno en su género, que admirando lo perfecto, no dejamos por eso de aplaudir lo inferior. De los oradores griegos es de admirar cuánto sobresale uno entre todos los restantes. Este es Demóstenes; pero antes de el hubo muchos e ilustres oradores, y después tampoco faltaron. No hay razón para que se pierda la esperanza o para que desmayen en el trabajo los que se han dedicado al estudio de la elocuencia. Ni ha de desesperarse de la perfección misma, porque en casos tan difíciles, todavía es buen lugar el que está cerca del primero. Yo me propongo hacer un orador como quizá no le hubo nunca; no busco el orador que ha existido, sino la idea de la perfección suma, que no sé si se ha logrado todavía en el conjunto del discurso, por más que brille en algunas partes con más o menos frecuencia o rareza. Creo que nada hay y tan hermoso en ningún género que no ceda su hermosura a aquella idea de que es imagen y que no puede percibirse ni por los ojos, ni por los oídos, ni por ningún sentido, sino sólo por el pensamiento y la inteligencia. Todavía podemos concebir estatuas más perfectas que las de Fidias, aunque sean éstas las más acabadas que en su género hemos visto, y pinturas más hermosas que las que nombré antes.

Y por eso aquel artífice, cuando hacía la estatua de Jove o de Minerva, no contemplaba ningún modelo del cual tomase la semejanza, sino que habitaba en su mente un admirable dechado de perfección, a cuya semejanza, y sin apartar de ella los ojos, dirigía su arte y su mano.

III. Vt igitur in formis et figuris est aliquid perfectum et excellens, cuius ad cogitatam speciem imitando referuntur eaque sub oculos ipsa [non] cadit, sic perfectae eloquentiae speciem animo videmus, effigiem auribus quaerimus. [10] Has rerum formas appellat ideas ille non intellegendi solum sed etiam dicendi gravissimus auctor et magister Plato, easque gigni negat et ait semper esse ac ratione et intellegentia contineri; cetera nasci occidere fluere labi nec diutius esse uno et eodem statu. Quicquid est igitur de quo ratione et via disputetur, id est ad ultimam sui generis formam speciemque redigendum.

Así como en las formas y en las figuras hay algo perfecto y excelente que sirve de regla para imitar y juzgar los objetos visibles, así llevamos en la mente la idea de la perfecta elocuencia, y con los oídos buscamos su imagen. A estas formas de las cosas llama *ideas* aquel sapientísimo autor y maestro no sólo de filosofía, sino de elocuencia, Platón, y dice que nunca nacieron, y que son eternas y están contenidas en la razón y en la inteligencia, y que todo lo demás nace, muere, corre, se desliza y nunca permanece en el mismo ser y estado. Cualquiera que sea la materia de que se dispute, ha de referirse siempre a !a última forma y especie de su género.

[11] Ac video hanc primam ingressionem meam non ex oratoriis disputationibus ductam sed e media philosophia repetitam, et eam quidem cum antiquam tum subobscuram aut reprehensionis aliquid aut certe admirationis habituram. Nam aut mirabuntur quid haec pertineant ad ea quae quaerimus—quibus satis faciet res ipsa cognita, ut non sine causa alte repetita videatur—aut reprehendent, quod inusitatas vias indagemus, tritas relinquamus. [12] Ego autem et me saepe nova videri dicere intellego, cum pervetera dicam sed inaudita plerisque, et fateor me oratorem, si modo sim aut etiam quicumque sim, non ex rhetorum officinis sed ex Academiae spatiis exstitisse; illa enim sunt curricula multiplicium variorumque sermonum, in quibus Platonis primum sunt impressa vestigia. Sed et huius et aliorum philosophorum disputationibus et exagitatus maxime orator est et adiutus; omnis enim ubertas et quasi silva dicendi ducta ab illis est nec satis tamen instructa ad forensis causas, quas, ut illi ipsi dicere solebant, agrestioribus Musis reliquerunt. [13] Sic eloquentia haec forensis spreta a philosophis et repudiata multis quidem illa adiumentis magnisque caruit, sed tamen ornata verbis atque sententiis iactationem habuit in populo nec paucorum iudicium reprehensionemque pertimuit: ita et doctis eloquentia popularis et disertis elegans doctrina defuit.

Pero veo que este preámbulo mío no está tomado de las disputas oratorias. sino de lo más hondo de la filosofía, y tanto por antigua como por oscura ha de merecer reprensión o a lo menos admiración de parte de muchos. Se admirarán algunos diciendo que esto no pertenece al asunto de que tratamos, pero ya les desengañará la cosa misma. y comprenderán por qué hemos traído de tan lejos el principio. Otros nos reprenderán porque abrimos inusitadas vías, y dejamos las comunes y trilladas. Yo, sin embargo, creo decir cosas nuevas cuando repito las antiguas y ya desconocidas para muchos, y confieso que como orador (si es que lo soy), y sea cualquiera el valor de mi oratoria, no he salido de las oficinas de los retóricos, sino de los jardines de la Academia.

En todo lo que allí se dice se ve todavía impresa la huella de Platón; su doctrina y la de los demás filósofos inflaman y ayudan mucho al orador. Ellos agotaron, digámoslo así, toda la riqueza y descuajaron toda la selva oratoria; pero dejaron las causas forenses para musas más agrestes y menos cultas, como ellos mismos solían decir. Así la elocuencia forense, despreciada y repudiada por los filósofos, careció de muchos y grandes auxilios; mas con el ornato de palabras Y sentencias, logró aplausos entre el pueblo y no temió el juicio y reprensión de unos pocos. Así a los doctos faltó la elocuencia popular, y a los disertos la elegante doctrina.

IV. [14] Positum sit igitur in primis, quod post

Establezcamos ante todo (y esto se entenderá

magis intellegetur, sine philosophia non posse effici quem quaerimus eloquentem, non ut in ea tamen omnia sint, sed ut sic adiuvet ut palaestra histrionem; parva enim magnis saepe rectissime conferuntur. Nam nec latius atque copiosius de magnis variisque rebus sine philosophia potest quisquam dicere;—[15] si quidem etiam in Phaedro Platonis hoc Periclem praestitisse ceteris dicit oratoribus Socrates, quod is Anaxagorae physici fuerit auditor; a quo censet eum, cum alia praeclara quaedam et magnifica didicisse tum uberem et fecundum fuisse gnarumque, quod est eloquentiae maximum, quibus orationis modis quaeque animorum partes pellerentur; quod idem de Demosthene existimari potest, cuius ex epistulis intellegi licet quam frequens fuerit Platonis auditor;—[16] nec vero sine philosophorum disciplina genus et speciem cuiusque rei cernere neque eam definiendo explicare nec tribuere in partis possumus nec iudicare quae vera quae falsa sint neque cernere consequentia, repugnantia videre, ambigua distinguere. Quid dicam de natura rerum, cuius cognitio magnam orationi suppeditat copiam, de vita, de officiis, de virtute, de moribus? Satisne sine multa earum ipsarum rerum disciplina aut dici aut intellegi potest?

mejor después) que sin la filosofía nadie puede ser elocuente; no porque en la filosofía se encuentre todo, sino porque ayuda al orador como la palestra al histrión, si es lícito comparar las cosas pequeños con las grandes. Sin la filosofía, nadie puede discurrir ni hablar de grandes y variadas cosas con extensión y abundancia.

Por eso en el *Fedro* de Platón dice Sócrates que Pericles aventaja a los demás oradores, por haber sido oyente del físico Anaxágoras, del cual aprendió muchas y excelentes cosas, y en cuya escuela adquirió riqueza, fecundidad y buen gusto en el estilo, lo cual es el principal mérito de la elocuencia, y el arte de atraer los ánimos a donde quería.

Lo mismo puede decirse de Demóstenes, pues vemos por sus epístolas que fue asiduo discípulo de Platón. Y en verdad que sin la ciencia de los filósofos no podemos distinguir el género y la especie de cada cosa, ni definirla, ni dividirla, ni separar lo verdadero de lo falso, ni rechazar lo inconsecuente, repugnante y ambiguo. ¿Y qué diré del estudio de la naturaleza, que tantos tesoros proporciona al discurso?

¿Qué puede saberse de la vida, de los deberes, de la virtud, de las costumbres, sin un grande estudio de la filosofía?

V. [17] Ad has tot tantasque res adhibenda sunt ornamenta innumerabilia; quae sola tum quidem tradebantur ab eis qui dicendi numerabantur magistri; quo fit ut veram illam et absolutam eloquentiam nemo consequatur, quod alia intellegendi alia dicendi disciplina est et ab aliis rerum ab aliis verborum doctrina quaeritur. [18] Itaque M. Antonius, cui vel primas eloquentiae patrum nostrorum tribuebat aetas, vir natura peracutus et prudens, in eo libro quem unum reliquit disertos ait se vidisse multos, eloquentem omnino neminem. Insidebat videlicet in eius mente species eloquentiae, quam cernebat animo, re ipsa non videbat. Vir autem acerrimo ingenio—sic enim fuit—multa et in se et in aliis desiderans neminem plane qui recte appellari eloquens posset videbat; [19] quod si ille nec se nec L. Crassum eloquentem putavit, habuit profecto comprehensam animo quandam formam eloquentiae, cui quoniam nihil deerat, eos quibus aliquid aut plura deerant

A todo esto se han de añadir innumerables ornatos de dicción, que antes enseñaban sólo los filósofos. De aquí que nadie consiga la verdadera y absoluta elocuencia, porque una es la ciencia del razonar y otra la del bien decir, y unos buscan la doctrina de las cosas y otros la de las palabras. Así Marco Antonio, a quien nuestros padres concedieron la palma de la elocuencia, varón de ingenio muy agudo y prudente, dícenos en el único libro que nos dejó, que había visto muchos oradores *disertos*, pero ninguno elocuente. Y es que había en su entendimiento un modelo de elocuencia que veía con los ojos del alma, pero no en el mundo real. Aquel varón de tan extremado ingenio echaba de menos muchas cualidades en sí y en los otros, y no veía a nadie a quien con justicia pudiera llamar elocuente. Y si no se tuvo por elocuente a sí propio, ni tuvo a Lucio Craso, es porque había concebidouna forma de la elocuencia a la cual nada faltaba y en la cual no

in eam formam non poterat includere. Investigemus hunc igitur, Brute, si possumus, quem numquam vidit Antonius aut qui omnino nullus umquam fuit; quem si imitari atque exprimere non possumus, quod idem ille vix deo concessum esse dicebat, at qualis esse debeat poterimus fortasse dicere.

podía incluir a los que carecían de alguna o de muchas cualidades. Investiguemos, pues, Bruto, quién era ese orador que nunca vió Antonio, y que quizá no existió nunca, y si no podemos imitarle y expresar su imagen, porque esto, según él decía, solo a Dios está concedido, podremos decir a lo menos cómo debe ser este orador perfecto.

VI. [20] Tria sunt omnino genera dicendi, quibus in singulis quidam floruerunt, peraeque autem, id quod volumus, perpauci in omnibus. Nam et grandiloqui, ut ita dicam, fuerunt cum ampla et sententiarum gravitate et maiestate verborum, vehementes varii, copiosi graves, ad permovendos et convertendos animos instructi et parati—quod ipsum alii aspera tristi horrida oratione neque perfecta atque conclusa consequebantur, alii levi et structa et terminata—, et contra tenues acuti, omnia docentes et dilucidiora, non ampliora facientes, subtili quadam et pressa oratione limati; in eodemque genere alii callidi, sed impoliti et consulto rudium similes et imperitorum, alii in eadem ieiunitate concinniores, id est faceti, florentes etiam et leviter ornati. [21] Est autem quidam interiectus inter hos medius et quasi temperatus nec acumine posteriorum nec fulmine utens superiorum, vicinus amborum, in neutro excellens, utriusque particeps vel utriusque, si verum quaerimus, potius expers; isque uno tenore, ut aiunt, in dicendo fluit nihil adferens praeter facilitatem et aequabilitatem aut addit aliquos ut in corona toros omnemque orationem ornamentis modicis verborum sententiarumque distinguit. [22] Horum singulorum generum quicumque vim in singulis consecuti sunt, magnum in oratoribus nomen habuerunt. Sed quaerendum est satisne id quod volumus effecerint.

Tres son los principales estilos, y en cada uno de ellos han florecido insignes oradores; pero muy pocos han descollado por igual en todos, que es lo que buscamos. Ha habido oradores grandilocuentes, fogosos, variados, graves, ricos y majestuosos en las palabras, hábiles para conmover y arrastrar los ánimos, otros dentro del mismo estilo, han sido ásperos, tristes, hórridos, y sin corrección ni acabamiento; otros, en el estilo sencillo se han mostrado agudos, lúcidos, más atentos a la claridad que a la magnificencia, limados, sutiles y tersos en el estilo. Y, por el contrario, en el mismo género donde ellos habían puesto gracia, viveza y sencillos ornatos, otros han sido incultos, aunque hábiles, y han querido de intento hablar como la gente ruda é imperita.

Hay un estilo medio y templado, que no tiene la agudeza del segundo ni los rayos del primero, sino que participa de los dos, o más bien, si buscamos lo cierto, difiera mucho de uno y otro. Unas veces fluye apaciblemente mostrando sólo facilidad y llaneza; otras veces añade a la oración ligeros adornos de palabras y sentencias. Los que en cada uno de estos géneros han conseguido la perfección, tienen gran fama entre los oradores. Investiguemos ahora si han logrado lo que deseaban.

VII. Videmus enim fuisse quosdam qui idem ornate et graviter, idem versute et subtiliter dicerent. Atque utinam in Latinis talis oratoris simulacrum reperire possemus! Esset egregium non quaerere externa, domesticis esse contentos. [23] Sed ego idem, qui in illo sermone nostro qui est eitus in Bruto multum tribuerim Latinis, vel ut hortarer alios vel quod amarem meos, recordor longe omnibus unum me anteferre Demosthenem, quem velim accommodare ad eam quam sentiam eloquentiam, non ad eam

Vimos a algunos que han sabido hablar con ornato y majestad, y al mismo tiempo aguda y sutilmente. ¡Ojalá que entre los Latinos pudiésemos encontrar este género de oradores! Gran cosa sería no tener que buscar ejemplos extraños, sino contentarnos con los propios. Pero yo, que en el diálogo Bruto he concedido tanto a los Latinos, ya por amor a los nuestros, ya por alentarlos, me acuerde que sobre todos pongo a Demóstenes, por haber sabido acomodar su elocuencia a la idea de perfección

quam in aliquo ipse cognoverim. Hoc nec gravior exstitit quisquam nec callidior nec temperatior. Itaque nobis monendi sunt ei quorum sermo imperitus increbruit, qui aut dici se desiderant Atticos aut ipsi Attice volunt dicere, ut mirentur hunc maxime, quo ne Athenas quidem ipsas magis credo fuisse Atticas; quid enim sit Atticum discant eloquentiamque ipsius viribus, non imbecillitate sua metiantur. [24] Nunc enim tantum quisque laudat quantum se posse sperat imitari. Sed tamen eos studio optimo iudicio minus firmo praeditos docere quae sit propria laus Atticorum non alienum puto.

que yo tengo, y a la que en otros he visto y conocido. Nunca ha habido ninguno más grave, ni más ingenioso, ni más templado. Y por eso debo advertirá los que por el desaliño de su estilo quieran ser llamados áticos, o pretenden hablar áticamente, que admiren este dechado de perfección, el cual fue más ático que la misma Atenas. Aprendan en él lo que es estilo ático, y midan la elocuencia por las fuerzas de Demóstenes, y no por su propia debilidad. Ahora cada uno alaba tan sólo lo que tiene esperanza de poder imitar. Sin embargo, no juzgo inoportuno para los que tienen grande estudio, pero juicio poco firme, explicar en qué consiste el mérito propio de los áticos.

VIII. Semper oratorum eloquentiae moderatrix fuit auditorum prudentia. Omnes enim qui probari volunt voluntatem eorum qui audiunt intuentur ad eamque et ad eorum arbitrium et nutum totos se fingunt et accommodant. [25] Itaque Caria et Phrygia et Mysia, quod minime politae minimeque elegantes sunt, asciverunt aptum suis auribus opimum quoddam et tamquam adipatae dictionis genus, quod eorum vicini non ita lato interiecto mari Rhodii numquam probaverunt [Graecia autem multo minus], Athenienses vero funditus repudiaverunt; quorum semper fuit prudens sincerumque iudicium, nihil ut possent nisi incorruptum audire et elegans. Eorum religioni cum serviret orator, nullum verbum insolens, nullum odiosum ponere audebat. [26] Itaque hic, quem praestitisse diximus ceteris, in illa pro Ctesiphonte oratione longe optima summissius a primo, deinde, dum de legibus disputat, pressius, post sensim incendens iudices, ut vidit ardentis, in reliquis exsultavit audacius. Ac tamen in hoc ipso diligenter examinante verborum omnium pondera reprehendit Aeschines quaedam et exagitat inludensque dura odiosa intolerabilia esse dicit; quin etiam quaerit ab ipso, cum quidem eum beluam appellat, utrum illa verba an portenta sint; ut Aeschini ne Demosthenes quidem videatur Attice dicere. [27] Facile est enim verbum aliquod ardens, ut ita dicam, notare idque restinctis iam animorum incendiis inridere. Itaque se purgans iocatur Demosthenes: negat in eo positas esse fortunas Graeciae, hocine an illo verbo usus sit, hucine an illuc manum

Siempre fue norma del estilo de los oradores la cultura de los oyentes. Todos los que quieren ser alabados, tienen en cuenta la voluntad del auditorio, y a ella y a su arbitrio y gusto lo amoldan todo. Así la Caria, la Frigia y la Misia, por ser menos cultas y elegantes, adoptaron cierto género de dicción abundante, aunque pingüe y craso, el cual nunca aceptaron sus vecinos los Rodios (separados de ellos por tan poco espacio de mar), ni los Griegos mucho menos, y que los Atenienses rechazaron del todo, porque su recto y seguro criterio no les permitía oír nada que no fuera elegante y severo. Esclavo de este respeto el orador, no se atrevía a usar ninguna palabra insolente ni odiosa.

Por eso aquel de quien decimos que se aventajó a todos los restantes, en su admirable discurso en defensa de Tesifon empieza en tono muy sencillo; después se va animando al hablar de las leyes, y final- mente, cuando va a los jueces conmovidos, procede con ardorosa elocuencia. Y sin embargo, en este mismo orador que pesaba tan bien el valor de todas las palabras, reprende y censura Esquines algunas cosas, y las tiene por duras e intolerables. Y al llamarle bestia, parece dudar si aquellas palabras son monstruosas; de suerte que, en concepto de Esquines, ni el mismo Demóstenes fue verdaderamente ático. Fácil es notar alguna palabra demasiado vehemente (digámoslo así) y burlarse de ella cuando ya está apagado el incendio en los ánimos. ¿De qué modo se hubiera tolerado en Atenas a un Misio o a un Frigio, cuando hallaban que reprender en el

porrexerit. Quonam igitur modo audiretur Mysus aut Phryx Athenis, cum etiam Demosthenes exagitetur ut putidus? Cum vero inclinata ululantique voce more Asiatico canere coepisset, quis eum ferret aut potius quis non iuberet auferri?

mismo Demóstenes? ¿Quién hubiera podido sufrir al que comenzase a hablar a la manera de los asiáticos, con voz indignada y aullante?

IX. [28] Ad Atticorum igitur auris teretes et religiosas qui se accommodant, ei sunt existimandi Attice dicere. Quorum genera plura sunt; hi unum modo quale sit suspicantur. Putant enim qui horride inculteque dicat, modo id eleganter enucleateque faciat, eum solum Attice dicere. Errant, quod solum; quod Attice, non falluntur. [29] Istorum enim iudicio, si solum illud est Atticum, ne Pericles quidem dixit Attice, cui primae sine controversia deferebantur; qui si tenui genere uteretur, numquam ab Aristophane poeta fulgere tonare permiscere Graeciam dictus esset. Dicat igitur Attice venustissimus ille scriptor ac politissimus Lysias—quis enim id possit negare?—, dum intellegamus hoc esse Atticum in Lysia, non quod tenuis sit atque inornatus, sed quod [non] nihil habeat insolens aut ineptum; ornate vero et graviter et copiose dicere aut Atticorum sit aut ne sit Aeschines neve Demosthenes Atticus. [30] Ecce autem aliqui se Thucydidios esse profitentur: novum quoddam imperitorum et inauditum genus. Nam qui Lysiam sequuntur, causidicum quendam sequuntur non illum quidem amplum atque grandem, subtilem et elegantem tamen et qui in forensibus causis possit praeclare consistere. Thucydides autem res gestas et bella narrat et proelia, graviter sane et probe, sed nihil ab eo transferri potest ad forensem usum et publicum. Ipsae illae contiones ita multas habent obscuras abditasque sententias vix ut intellegantur; quod est in oratione civili vitium vel maximum. [31] Quae est autem in hominibus tanta perversitas, ut inventis frugibus glande vescantur? An victus hominum Atheniensium beneficio excoli potuit, oratio non potuit? Quis Porro umquam Graecorum rhetorum a Thucydide quicquam duxit? "At laudatus est ab omnibus." Fateor; sed ita ut rerum explicator prudens severus gravis; non ut in iudiciis versaret causas, sed ut in historiis bella narraret; [32] itaque numquam est numeratus orator, nec vero, si historiam non scripsisset, nomen eius exstaret, cum praesertim

Han de llamarse, pues, áticos los que en el decir se acomodan a los oídos severos y ejercitados de los Áticos. Y hay muchos géneros de aticismo, aunque éstos imitadores sólo saben la existencia de uno. Se equivocan en creer que es solo: no se equivocan en creer que es ático.
A juicio de éstos, si solo el estilo que ellos ensalzan fuese ático, no lo hubiera sido el mismo Pericles, a quien sin controversia otorgaban todos la primacía. Si se hubiera contentado con el estilo sencillo, nunca hubiera podido decir de él el poeta Aristófanes que tronaba, relampagueaba y confundía la Grecia. Sea en buen hora ático el elegante y cultísimo Lisias. ¿Quién lo puede negar? Pero entendemos que el aticismo de Lisias no consiste en ser sencillo y poco adornado, sino en no tener palabra alguna desusada o impropia. El hablar con ornato, majestad y abundancia será también ático, o no lo serán ni Esquines ni Demóstenes. Algunos hay que se dicen imitadores de Tucídides: nuevo e inaudito género de ignorancia, porque al menos los que siguen a Lisias, siguen a un abogado, no por cierto arrebatado ni grandilocuente, sino elegante y agudo, y tal que en las causas forenses puede ser buen modelo. Pero Tucídides narra las batallas y demás hechos militares y políticos con admirable estito ciertamente, pero que ninguna aplicación tiene a la práctica forense o al juicio público. Sus mismos discursos tienen muchas sentencias oscuras y recónditas que apenas se entienden, lo cual es vicio grande en un orador civil. ¿No sería un absurdo en los hombres que, después de inventado el alimento, comiesen todavía bellotas? ¿Pudo perfeccionarse el alimento, y no habrán podido los Atenienses perfeccionar el discurso? ¿Quién de los retóricos griegos aprendió nada de Tucídides? Y sin embargo le alaban todos, lo confieso; pero le alaban como expositor prudente, severo y grave de las cosas; no como orador judicial, sino como narrador de historias y de guerras. Por eso ni aun le cuentan

fuisset honoratus et nobilis. Huius tamen nemo neque verborum neque sententiarum gravitatem imitatur, sed cum mutila quaedam et hiantia locuti sunt, quae vel sine magistro facere potuerunt, germanos se putant esse Thucydidas. Nactus sum etiam qui Xenophontis similem esse se cuperet, cuius sermo est ille quidem melle dulcior, sed a forensi strepitu remotissimus.

en el número de los oradores. No quiero decir con esto que su nombre no viviría aunque no hubiese escrito historia, porque siempre hubiera sido notable y celebrado personaje. Nadie imita su gravedad de palabras y sentencias; pero hay algunos que apenas han dicho cuatro frases mutiladas e incoherentes, como pudieran hacerlo sin maestro, ya se creen hermanos de Tucídides. No falta asimismo quien pretenda imitar a Jenofonte, cuyo estilo es más dulce que la miel, pero muy apartado del estrépito forense.

[33] Referamus nos igitur ad eum quem volumus incohandum et ea demum eloquentia informandum quam in nullo cognovit Antonius. X. Magnum opus omnino et arduum, Brute, conamur; sed nihil difficile amanti puto. Amo autem et semper amavi ingenium studia mores tuos. Incendor porro cotidie magis non desiderio solum, quo quidem conficior, congressus nostros, consuetudinem victus, doctissimos sermones requirens tuos, sed etiam incredibili fama virtutum admirabilium, quae specie dispares prudentia coniunguntur. [34] Quid enim tam distans quam a severitate comitas? Quis tamen umquam te aut sanctior est habitus aut dulcior? Quid tam difficile quam in plurimorum controversiis diiudicandis ab omnibus diligi? Consequeris tamen ut eos ipsos quos contra statuas aequos placatosque dimittas. Itaque efficis ut, cum gratiae causa nihil facias, omnia tamen sint grata quae facis. Ergo omnibus ex terris una Gallia communi non ardet incendio; in qua frueris ipse te, cum in Italiae luce cognosceris versarisque in optimorum civium vel flore vel robore. Iam quantum illud est, quod in maximis occupationibus numquam intermittis studia doctrinae, semper aut ipse scribis aliquid aut me vocas ad scribendum! [35] Itaque hoc sum adgressus statim Catone absoluto quem ipsum numquam attigissem tempora timens inimica virtuti, nisi tibi hortanti et illius memoriam mihi caram excitanti non parere nefas esse duxissem—, sed testificor me a te rogatum et recusantem haec scribere esse ausum. Volo enim mihi tecum commune esse crimen, ut, si sustinere tantam quaestionem non potuero, iniusti oneris impositi tua culpa sit, mea recepti; in quo tamen iudici nostri errorem laus tibi dati muneris compensabit.

Volvamos a la materia empezada, y hablemos de esa elocuencia perfecta que en nadie pudo encontrar Antonio.
Obra grande y difícil acometemos, Bruto; pero nada hay difícil para el amor que tengo y tuve siempre a tu ingenio, estudios y costumbres.
Cada día me enciendo más, no sólo en el deseo de verte y disfrutar de tu doctísima conversación, sino también con la admirable fama de tus increíbles virtudes, que, diversas en especie, se unen con el lazo de la prudencia. ¿Qué cosas hay más apartadas entro si que la severidad y la cortesanía? ¿Y quién es a la vez más severo y más dulce que tú?
¿Qué cosa hay más difícil que ser amado por todos cuando se juzgan controversias de muchos? Y tú consigues dejar contentos a los mismos contra quienes sentencias. De suerte que, no haciendo nada por gracia, resulta agradable todo lo que haces. Por eso de todas las tierras sólo la Galia es la que no participa hoy del común incendio.
¿Y cuánto no es de estimar el que, en medio de las mayores ocupaciones, nunca interrumpes los estudios y siempre escribes algo o me convidas a escribir?
Por eso he comenzado este libro apenas acabé la defensa de Caton, la cual nunca hubiera emprendido por ser estos tiempos tan enemigos de la virtud, si tú no me hubieras exhortado y su sagrada memoria no me diera voces, pareciéndome nefando desoírlas. Pero testifico que, a ruegos tuyos y contra mi voluntad, me he arrojado a escribir, esto. Quiero compartir contigo este crimen, para que, si no puedo defender- me de la acusación, sea tuya la culpa de haberme impuesto tan pesada carga, mía la de haberla aceptado. Así podré disculpar el

error de mi juicio con el mérito de haberme dado tú este encargo.

XI. [36] Sed in omni re difficillimum est formam, qui charakter Graece dicitur, exponere optimi, quod aliud aliis videtur optimum. Ennio delector, ait quispiam, quod non discedit a communi more verborum; Pacuvio, inquit alius: omnes apud hunc ornati elaboratique sunt versus, multo apud alterum neglegentius; fac alium Accio; varia enim sunt iudicia, ut in Graecis, nec facilis explicatio quae forma maxime excellat. In picturis alios horrida inculta, abdita et opaca, contra alios nitida laeta conlustrata delectant. Quid est quo praescriptum aliquod aut formulam exprimas, cum in suo quidque genere praestet et genera plura sint? Hac ego religione non sum ab hoc conatu repulsus existimavique in omnibus rebus esse aliquid optimum, etiam si lateret, idque ab eo posse qui eius rei gnarus esset iudicari. [37] Sed quoniam plura sunt orationum genera eaque diversa neque in unam formam cadunt omnia, laudationum [scriptionum] et historiarum et talium suasionum, qualem Isocrates fecit Panegyricum multique alii qui sunt nominati sophistae, reliquarumque scriptionum [rerum] formam, quae absunt a forensi contentione eiusque totius generis quod Graece epideiktikon nominatur, quia quasi ad inspiciendum delectationis causa comparatum est, non complectar hoc tempore; non quo neglegenda sit; est enim ilia quasi nutrix eius oratoris quem informare volumus et de quo molimur aliquid exquisitius dicere.

En todas las cosas es muy difícil exponer la forma, o como dicen los Griegos, el carácter de lo perfecto, porque a unos les parece perfecta una cosa y a otros otra. A mí me deleita Ennio, dice uno, porque no se aparta del común modo de hablar; a mí Pacuvio, responde otro, porque todos sus versos son cultos y bien trabajados, al paso que el otro tiene muchas negligencias. Otros preferirán a Accio, porque los juicios son varios, lo mismo entre los bárbaros que entre los Griegos, ni es fácil explicar cuál es la mejor de las formas. En la pintura, a unos agrada lo horrible, inculto y opaco; a otros lo terso, alegre y brillante. ¿Cómo se ha de encontrar un precepto o una fórmula común, cuando cada uno es excelente en su género, y los géneros son tantos? Este temor no me ha retraído, sin embargo, de mi intento, porque creo que en todas las cosas hay un grado de perfección aunque esté oculto, y que, de él puede juzgar todo el que sea inteligente. Pero como son tantos y tan diversos los géneros del discurso, y no se pueden reducir todos a una forma, prescindiré ahora de las alabanzas y vituperios, de las suasorias y de otros escritos semejantes: vg., del Panegírico de Isócrates y otras muchas obras de los sofistas, y de todos los demás géneros que nada tienen que ver con la controversia forense, por ejemplo, el que los Griegos llaman epidíctico, que sirve sólo para la recreación y deleite. Y no prescindo de estos géneros porque sean despreciables, antes creo que con ellos puede educarse el orador que vamos formando.

XII. Ab hac et verborum copia alitur et eorum constructio et numerus liberiore quadam fruitur licentia. [38] Datur etiam venia concinnitati sententiarum et arguti certique et circumscripti verborum ambitus conceduntur, de industriaque non ex insidiis sed aperte ac palam elaboratur, ut verba verbis quasi demensa et paria respondeant, ut crebro conferantur pugnantia comparenturque contraria et ut pariter extrema terminentur eundemque referant in cadendo sonum; quae in veritate causarum et rarius multo facimus et certe occultius. In Panathenaico autem Isocrates ea se studiose consectatum fatetur; non enim ad iudiciorum

Así adquirirá copia de palabras y se ejercitará en su construcción, y podrá usar con más libertad del número y ritmo. Allí se permite más la excesiva sutileza en las sentencias y se concede mayor artificio en lis palabras, y este artificio no oculto y disimulado, sino claro y patente, de suerte que las palabras respondan unas a otras, y peleen entre sí, y terminen de igual modo y con el mismo sonido los extremos de la cláusula; todo lo cual, en una causa verdadera hacemos más rara vez y con más disimulo. Isócrates confiesa haber buscado de intento esa armonía en el *Panatenaico*, porque no había escrito para convencer a los jueces,

certamen, sed ad voluptatem aurium scripserat. [39] Haec tractasse Thrasymachum Calchedonium primum et Leontinum ferunt Gorgiam, Theodorum inde Byzantium multosque alios, quos logodaidalous appellat in Phaedro Socrates; quorum satis arguta multa, sed ut modo primumque nascentia minuta et versiculorum similia quaedam nimiumque depicta. Quo magis sunt Herodotus Thucydidesque mirabiles; quorum aetas cum in eorum tempora quos nominavi incidisset, longissime tamen ipsi a talibus deliciis vel potius ineptiis afuerunt. Alter enim sine ullis salebris quasi sedatus amnis fluit, alter incitatior fertur et de bellicis rebus canit etiam quodam modo bellicum; primisque ab his, ut ait Theophrastus, historia commota est, ut auderet uberius quam superiores et ornatius dicere.

sino para deleitar los oídos. Dicen que en tratar esto fueron los primeros Trasímaco Calcedonio y Gorgias Leontino, y después Teodoro de Bizancio y muchos otros, a quienes Sócrates en el *Fedro* llama *logodédalos:* en todos los cuales hay muchas cosas agudas, pero demasiado pueriles, afectadas y que parecen versecillos. Por eso son más admirables Herodoto y Tucídides, que habiendo florecido al mismo tiempo que los antes nombrados, distan tanto de esas delicias, o mejor dicho, inepcias. El uno fluye como un río tranquilo y sin ningún tropiezo; el otro es más arrebatado, y entona, digámoslo así, un canto guerrero: entrambos, como dice Teofrasto, fueron los primeros en dar brío a la historia y hacerla más copiosa y elocuente que la habían hecho los anteriores.

XIII. [40] Horum aetati successit Isocrates, qui praeter ceteros eiusdem generis laudatur semper a nobis, non numquam, Brute, leniter et erudite repugnante te; sed concedas mihi fortasse, si quid in eo laudem cognoveris. Nam cum concisus ei Thrasymachus minutis numeris videretur et Gorgias, qui tamen primi traduntur arte quadam verba iunxisse, Theodorus autem praefractior nec satis, ut ita dicam, rotundus, primus instituit dilatare verbis et mollioribus numeris explere sententias; in quo cum doceret eos qui partim in dicendo partim in scribendo principes exstiterunt, domus eius officina habita eloquentiae est.

Sucedió a éstos Isócrates, a quien entre todos los de su género me habrás oído elogiar siempre, no sin alguna repugnancia tuya, Bruto; pero fíjate bien en lo que de él alabo. Pareciéndole demasiado concisos Trasímaco y Gorgias, que fueron los primeros en enlazar con algún arte las palabras, y encontrando a Tucídides harto duro y no bastante rotundo, digámoslo así, fue el primero en dilatar y henchir con palabras y blando número las sentencias. Y habiendo instruído a los que, parte en el decir, parte en el escribir, sobresalieron, su casa fue considerada como una oficina de elocuencia.

[41] Itaque ut ego, cum a nostro Catone laudabar, vel reprehendi me a ceteris facile patiebar, sic Isocrates videtur testimonio Platonis aliorum iudicia debere contemnere. Est enim, ut scis, quasi in extrema pagina Phaedri his ipsis verbis loquens Socrates: Adulescens etiam nunc, o Phaedre, Isocrates est, sed quid de illo augurer libet dicere. Quid tandem? Inquit ille. Maiore mihi ingenio videtur esse quam ut cum orationibus Lysiae comparetur, praeterea ad virtutem maior indoles; ut minime mirum futurum sit si, cum aetate processerit, aut in hoc orationum genere cui nunc studet tantum quantum pueris reliquis praestet omnibus qui umquam orationes attigerunt aut, si contentus his non fuerit, divino aliquo animi motu maiora concupiscat; inest enim natura philosophia in huius viri mente quaedam. Haec de adulescente

Y así como yo, cuando nuestro Caton me alababa, sufría con. paciencia que los demás me reprendiesen; así parece que Isócrates, contento con el aplauso de Platón, despreciaba el juicio de todos los restantes. Acuérdate de lo que en la última página del *Fedro* dice Sócrates: «Oh Fedro, todavía es joven Isócrates, pero quiero decirte lo que de él auguro. Su ingenio me parece, mayor que el que resplandece en las oraciones de Lisias. Su propensión a la virtud es todavía mayor, y no será de admirar que, adelantando en años, venza en el mismo género a que ahora se dedica, no sólo a los jóvenes, sino a todos los que alguna vez han compuesto discursos; o si no se contenta con esto, arrebatado por un divino impulso, apetezca cosas todavía mayores. En el entendimiento de este hombre hay una filosofía natural e

Socrates auguratur. [42] At ea de seniore scribit Plato et scribit aequalis et quidem exagitator omnium rhetorum hunc miratur unum; me autem qui Isocratem non diligunt una cum Socrate et cum Platone errare patiantur. Dulce igitur orationis genus et solutum et fluens, sententiis argutum, verbis sonans est in illo epidictico genere quod diximus proprium sophistarum, pompae quam pugnae aptius, gymnasiis et palaestrae dicatum, spretum et pulsum foro. Sed quod educata huius nutrimentis eloquentia [est] ipsa se postea colorat et roborat, non alienum fuit de oratoris quasi incunabulis dicere. Verum haec ludorum atque pompae; nos autem iam in aciem dimicationemque veniamus.

ingénita.» Esto predijo Sócrates de él, cuando todavía era joven. Esto escribió de él Platón, perpetuo enemigo de todos los retóricos, y lo escribió cuando ya Isócrates había llegado a la vejez. Los que no gustan de Isócrates, consiéntanme errar en compañía de Sócrates y de Platón. El estilo dulce, suelto y afluente, agudo en sentencias, resonante de palabras, es propio del género epidíctico y de los sofistas, más acomodado a la pompa que a la pelea. útil para el gimnasio y la palestra, pero excluido del foro. Mas como la elocuencia educada con este alimento va tomando después color y fuerza, no me ha parecido inoportuno tratar de estas niñeces del orador. Esto por lo que toca a los juegos y a la pompa: vengamos ahora a la lid y a la batalla.

XIV. [43] Quoniam tria videnda sunt oratori: quid dicat et quo quidque loco et quo modo, dicendum omnino est quid sit optimum in singulis, sed aliquanto secus atque in tradenda arte dici solet. Nulla praecepta ponemus, neque enim id suscepimus, sed excellentis eloquentiae speciem et formam adumbrabimus; nec quibus rebus ea paretur exponemus, sed qualis nobis esse videatur. [44] Ac duo breviter prima; sunt enim non tam insignia ad maximam laudem quam necessaria et tamen cum multis paene communia. Nam et invenire et iudicare quid dicas magna illa quidem sunt et tamquam animi instar in corpore, sed propria magis prudentiae quam eloquentiae: qua tamen in causa est vacua prudentia? Noverit igitur hic quidem orator, quem summum esse volumus, argumentorum et rationum locos. [45] Nam quoniam, quicquid est quod in controversia aut in contentione versetur, in eo aut sitne aut quid sit aut quale sit quaeritur:—sitne, signis; quid sit, definitionibus; quale sit, recti pravique partibus; quibus ut uti possit orator, non ille vulgaris sed hic excellens, a propriis personis et temporibus semper, si potest, avocet controversiam; latius enim de genere quam de parte disceptare licet, ut quod in universo sit probatum id in parte sit probari necesse;--[46] haec igitur quaestio a propriis personis et temporibus ad universi generis rationem traducta appellatur thesis. In hac Aristoteles adulescentis non ad philosophorum morem tenuiter disserendi, sed ad copiam rhetorum in utramque partem, ut

Dijimos que en el orador había que considerar tres cosas: lo que dice, cómo lo dice, y cuando. Expliquemos cuál es lo más excelente en cada género, pero de manera algo diversa de como suele enseñarse en los tratados del arte. No pondré ningún precepto, ni es este mi propósito, pero declararé la idea y forma de la más excelente elocuencia, sin decir cómo se adquiere, sino cómo la entiendo y concibo. De los dos primeros puntos trataré con brevedad, porque propiamente. no estriba en ellos la gloria del orador, aunque sean necesarios y comunes a muchos. La invención, y el escoger lo que se va a decir, es más propio de la prudencia que de la elocuencia. ¿Y en qué causa puede faltar la prudencia? Conozca, pues, el orador que ya suponemos perfectas las fuentes de los argumentos y razones. Porque en toda controversia o disputa se pregunta *si es*, o *qué es*, o *cómo es*. A la pregunta *si es*, se responde con los signos; a la pregunta *qué es*, con las definiciones; y a la de *cómo es*, con las calificaciones de bueno o malo; para usar de las cuales, debe el orador, (no el vulgar, sino el excelente) no reducir, siempre que pueda, la controversia a particulares personas y tiempos. Más ancho campo ofrece el disputar sobre el género que sobre la parte, y lo que se prueba en general queda probado en particular.

Esta cuestión particular, reducida a general, se llama tesis. En esta ejercitaba Aristóteles a los jóvenes, no disertando asiduamente al modo de los filósofos, sino defendiendo entrambas partes

ornatius et uberius dici posset, exercuit; idemque locos—sic enim appellat—quasi argumentorum notas tradidit unde omnis in utramque partem traheretur oratio.

con ornato y abundancia, y él mismo indicó ciertos lugares o notas de los argumentos para defender una y otra parte.

XV. [47] Faciet igitur hic noster—non enim declamatorem aliquem de ludo aut rabulam de foro, sed doctissimum et perfectissimum quaerimus—, ut, quoniam loci certi traduntur, percurrat omnis, utatur aptis, generatim dicat; ex quo emanent etiam qui communes appellantur loci. Nec vero utetur imprudenter hac copia, sed omnia expendet et seliget; non enim semper nec in omnibus causis ex isdem locis eadem argumentorum momenta sunt. [48] Iudicium igitur adhibebit nec inveniet solum quid dicat sed etiam expendet. Nihil enim est feracius ingeniis, eis praesertim quae disciplinis exculta sunt. Sed ut segetes fecundae et uberes non solum fruges verum herbas etiam effundunt inimicissimas frugibus, sic interdum ex illis locis aut levia quaedam aut causis aliena aut non utilia gignuntur. [49] Quorum ab oratoris iudicio dilectus nisi magnus adhibebitur, quonam modo ille in bonis haerebit et habitabit suis aut molliet dura aut occultabit quae dilui non poterunt atque omnino opprimet, si licebit, aut abducet animos aut aliud adferet, quod oppositum probabilius sit quam illud quod obstabit? [50] Iam vero ea quae invenerit qua diligentia conlocabit? Quoniam id secundum erat de tribus. Vestibula nimirum honesta aditusque ad causam faciet inlustris; cumque animos prima adgressione occupaverit, infirmabit excludetque contraria; de firmissimis alia prima ponet alia postrema inculcabitque leviora.

Fácilmente podrá nuestro orador, que no ha de ser ningún declamador de escuela ni rábula de foro, sino el más docto y perfecto de los oradores posibles, recorrer todos los lugares comunes, usarlos oportunamente, y aprender de dónde emanan. No prodigará toda esta riqueza, sino que hará uso de ella con elección y parsimonia, porque no siempre y en todas las causas convienen los mismos argumentos. El juicio dirigirá, no sólo la intención, sino también la elección. Nada hay más feraz que los ingenios, sobre todo cuando han recibido algún cultivo. Pero así como las mieses fecundas y ricas no sólo producen espigas, sino también, hierbas muy dañosas a la cosecha, así también de los argumentos hay que descartar muchas cosas pueriles, o ajenas a la causa, o inútiles: en lo cual está el juicio y discreción del orador. De otra suerte, ¿cómo ha de insistir en los argumentos que tienen realmente fuerza?
¿Cómo ha de suavizar lo duro u ocultar lo que no puede destruir?
¿Cómo ha de conmover o regir a su arbitrio los ánimos, o presentar un argumento que parezca, más probable que el más fuerte de los argumentos contrarios?
Y una vez hallado lo que va a decir, ¿cómo lo colocará? Porque este era el segundo punto de los tres. Espléndido vestíbulo y entrada para la causa es el apoderarse de los ánimos en la primera agresión, debilitando y destruyendo las pruebas contrarias, y colocando algunos de los argumentos más firmes al principio, otros al fin, e interpolados con ellos los más leves.

XVI. [51] Atque in primis duabus dicendi partibus qualis esset summatim breviterque descripsimus. Sed, ut ante dictum est, in his partibus, etsi graves atque magnae sunt, minus et artis est et laboris; cum autem et quid et quo loco dicat invenerit, illud est longe maximum, videre quonam modo; scitum est enim, quod Carneades noster dicere solebat, Clitomachum eadem dicere, Charmadam autem eodem etiam modo dicere. Quod si in philosophia tantum interest quem ad modum dicas, ubi res spectatur, non verba penduntur, quid tandem in

Esto baste sobre las dos primeras partes. Ya he dicho que, aunque sean de grande importancia, requieren menos arte y trabajo que la tercera. Una vez hallado lo que se va a decir, y cuándo, resta saber cómo se dice. Solía afirma nuestro Carneades que Clitómaco decía siempre las mismas cosas, y que Cármadas las decía siempre del mismo modo. Y si en la filosofía, donde se atiende a las cosas y no a las palabras, importa tanto el modo de decir, ¿qué sucederá en las causas, donde todo consiste en las palabras?

causis existimandum est quibus totis moderatur oratio? [52] Quod quidem ego, Brute, ex tuis litteris sentiebam, non te id sciscitari, qualem ego in inveniendo et in conlocando summum esse oratorem vellem, sed id mihi quaerere videbare, quod genus ipsius orationis optimum iudicarem: rem difficilem, di immortales, atque omnium difficillimam. Nam cum est oratio mollis et tenera et ita flexibilis ut sequatur quocumque torqueas, tum et naturae variae et voluntates multum inter se distantia effecerunt genera dicendi: [53] flumen aliis verborum volubilitasque cordi est, qui ponunt in orationis celeritate eloquentiam; distincta alios et interpuncta intervalla, morae respirationesque delectant: quid potest esse tam diversum? Tamen est in utroque aliquid excellens. Elaborant alii in lenitate et aequabilitate et puro quasi quodam et candido genere dicendi; ecce aliqui duritatem et severitatem quandam in verbis et orationis quasi maestitiam sequuntur; quodque paulo ante divisimus, ut alii graves alii tenues alii temperati vellent videri, quot orationum genera esse diximus totidem oratorum reperiuntur.

Según infiero de tus cartas, Bruto, lo que deseas saber de mí, no es a quién tengo por perfecto orador en la invención y en la colocación, sino qué género de oratoria me parece preferible. Cosa difícil, oh Dioses inmortales, por no decir la más difícil de todas. Pues siendo la palabra tan blanda y flexible que se la puede llevar a donde uno quiera, sin embargo, la variedad de costumbres y caracteres crearon muchos géneros y estilos diversos entre sí. Unos gustan del arrebatado río de las palabras, y ponen en la rapidez el mérito de la elocuencia; a otros agradan los largos períodos y las dilatadas pausas. ¿Qué cosas puede haber más distintas? Y, no obstante, cada una puede ser excelente en su género. Trabajan otros en un estilo llano e igual, y en un puro y cándido modo de decir. Algunos afectan dureza y severidad en las palabras, y dan a la oración un aire de tristeza. En suma, la división que antes hicimos del estilo, en grave, humilde y templado, es aplicable a los oradores, porque los hay de tantas clases, cuantos son los mismos estilos.

XVII. [54] Et quoniam coepi iam cumulatius hoc munus augere quam a te postulatum est—tibi enim tantum de orationis genere quaerenti respondi etiam breviter de inveniendo et conlocando—, ne nunc quidem solum de orationis modo dicam sed etiam de actionis: ita praetermissa pars nulla erit, quando quidem de memoria nihil est hoc loco dicendum, quae communis est multarum artium. [55] Quo modo autem dicatur, id est in duobus, in agendo et in eloquendo. Est enim actio quasi corporis quaedam eloquentia, cum constet e voce atque motu. Vocis mutationes totidem sunt quot animorum, qui maxime voce commoventur. Itaque ille perfectus, quem iam dudum nostra indicat oratio, utcumque se adfectum videri et animum audientis moveri volet, ita certum vocis admovebit sonum; de quo plura dicerem, si hoc praecipiendi tempus esset aut si tu hoc quaereres. Dicerem etiam de gestu, cum quo iunctus est vultus; quibus omnibus dici vix potest quantum intersit quem ad modum utatur orator. [56] Nam et infantes actionis dignitate eloquentiae saepe fructum tulerunt et diserti deformitate agendi multi infantes putati sunt; ut

Y ya que he comenzado a satisfacer ampliamente, lo que me pedías; pues preguntándome tú solamente de la elocución, te he hablado además, aunque brevemente, de la invención y de la disposición, diré ahora algo de la acción, para que así no quede omitida ninguna parte, exceptuando la memoria, de la cual se habla en muchos tratados.

En la acción y en la elocución estriba el modo de decir las cosas.

Es la acción una cierta elocuencia del cuerpo, como que consta de voz y movimiento. Las inflexiones de la voz son tantas como los afectos del ánimo. Por eso el perfecto orador, cuando quiera mostrarse apasionado y conmover el ánimo de los oyentes, escogerá un tono qué responda bien a la pasión. De esto podría decir mucho si fuera ocasión o tú me lo preguntaras. Diría también algo del gesto y del ademán. Es increíble cuánto importa el buen empleo de estos recursos al orador, hasta tal punto que los niños, por sólo el mérito de la acción, lograron muchas veces el fruto de la elocuencia, al paso que muchos oradores elocuentes parecieron niños, por faltarles el

iam non sine causa Demosthenes tribuerit et primas et secundas et tertias actioni; si enim eloquentia nulla sine hac, haec autem sine eloquentia tanta est, certe plurimum in dicendo potest. Volet igitur ille qui eloquentiae principatum petet et contenta voce atrociter dicere et summissa leniter et inclinata videri gravis et inflexa miserabilis; [57] mira est enim quaedam natura vocis, cuius quidem e tribus omnino sonis, inflexo acuto gravi, tanta sit et tam suavis varietas perfecta in cantibus. XVIII. Est autem etiam in dicendo quidam cantus obscurior, non hic e Phrygia et Caria rhetorum epilogus paene canticum, sed ille quem significat Demosthenes et Aeschines, cum alter alteri obicit vocis flexiones; dicit plorare etiam Demosthenes istum quem saepe dicat voce dulci et clara fuisse.

gesto y ademán; de suerte que no sin causa concedió Demóstenes el primero, segundo y tercer lugar a la acción. Sin acción no hay elocuencia; y la acción tiene por sí sola, y sin el auxilio de la palabra extraordinaria fuerza. El que aspire, pues, a la perfección oratoria, diga con tono espantado y misterioso las cosas atroces, con voz blanda y suave las sencillas, con dignidad y reposo las graves, y en humilde y quejumbroso estilo las dolorosas. Admirable es la naturaleza de la voz humana, que con tres tonos, agudo, grave y circunflejo, produce tanta y tan agradable variedad en el canto. Hay en el decir un tono más oscuro, no el de los retóricos de Frigia y Caria, que es casi una canturia, sino aquel de que hablan Demóstenes y Esquines, cuando se echan mutuamente en cara las flexiones de la voz. Demóstenes afirma muchas veces que Esquines era de voz dulce y clara; y aquí se me ocurre una observación digna de tenerse en cuenta, acerca de la suavidad de la voz.

[58] In quo illud etiam notandum mihi videtur ad studium persequendae suavitatis in vocibus: ipsa enim natura, quasi modularetur hominum orationem, in omni verbo posuit acutam vocem nec una plus nec a postrema syllaba citra tertiam; quo magis naturam ducem ad aurium voluptatem sequatur industria. [59] Ac vocis quidem bonitas optanda est; non est enim in nobis, sed tractatio atque usus in nobis. Ergo ille princeps variabit et mutabit: omnis sonorum tum intendens tum remittens persequetur gradus. Idemque motu sic utetur, nihil ut supersit. In gestu status erectus et celsus; rarus incessus nec ita longus; excursio moderata eaque rara; nulla mollitia cervicum, nullae argutiae digitorum, non ad numerum articulus cadens; trunco magis toto se ipse moderans et virili laterum flexione, bracchii proiectione in contentionibus, contractione in remissis. [60] Vultus vero, qui secundum vocem plurimum potest, quantam adferet tum dignitatem tum venustatem! In quo cum effeceris ne quid ineptum sit aut vultuosum, tum oculorum est quaedam magna moderatio. Nam ut imago est animi vultus, sic indices oculi; quorum et hilaritatis et vicissim tristitiae modum res ipsae de quibus agetur temperabunt.

La misma naturaleza, como si quisiera modular la voz humana, puso en toda palabra un acento agudo, ni en la primera, ni en la última sílaba, para que así siguiera el arte a la naturaleza misma en el deleitar los oídos.

El tener buena voz no está en nuestra mano, pero si el educarla y mejorarla. Lo mismo debe hacer el perfecto orador, recorriendo todos los tonos, así altos como bajos, y ejercitándose en el movimiento y en el gesto. La postura será en pié y con la cabeza levantada; el adelantarse hacia los oyentes ha de ser raras veces y no a largos pasos; todavía han de ser más raros los movimientos a derecha é izquierda; no estarán en continua movilidad y agitación el cuello y los dedos, ni éstos irán siguiendo el compás, sino que ha de haber en toda la figura cierta majestad varonil, levantándose o bajándose el brazo, según que la oración sea mas elevada o más remisa.

¿Y cuánta dignidad y gracia no añade al semblante, y sobre todo la expresión de los ojos, que son intérpretes del alma, y que ora mostrarán alegría, ora tristeza, según las cosas de que se trate?

XIX. [61] Sed iam illius perfecti oratoris et

Lleguemos ya a la idea del consumado orador

summae eloquentiae species exprimenda est. Quem hoc uno excellere [id est oratione], cetera in eo latere indicat nomen ipsum; non enim inventor aut compositor aut actor qui haec complexus est omnia, sed et Graece ab eloquendo rhetor et Latine eloquens dictus est; ceterarum enim rerum quae sunt in oratore partem aliquam sibi quisque vindicat, dicendi autem, id est eloquendi, maxima vis soli huic conceditur.

y de la perfecta elocuencia. El nombre mismo indica que la elocución ha de ser su principal mérito. No se te llama inventor, compositor o actor, sino en griego *rhetor*, y en latín *elocuente*. De todas las demás condiciones que en el orador hay, todos pueden reclamar alguna parte; pero solo a él se concede el lauro de la elocuencia,

[62] Quamquam enim et philosophi quidam ornate locuti sunt—si quidem et Theophrastus a divinitate loquendi nomen invenit et Aristoteles Isocratem ipsum lacessivit et Xenophontis voce Musas quasi locutas ferunt et longe omnium quicumque scripserunt aut locuti sunt exstitit et suavitate et gravitate princeps Plato—, tamen horum oratio neque nervos neque aculeos oratorios ac forensis habet. [63] Loquuntur cum doctis, quorum sedare animos malunt quam incitare, et de rebus placatis ac minime turbulentis docendi causa non capiendi loquuntur, ut in eo ipso, quod delectationem aliquam dicendo aucupentur, plus non nullis quam necesse sit facere videantur. Ergo ab hoc genere non difficile est hanc eloquentiam, de qua nunc agitur, secernere. [64] Mollis est enim oratio philosophorum et umbratilis nec sententiis nec verbis instructa popularibus nec vincta numeris, sed soluta liberius; nihil iratum habet, nihil invidum, nihil atrox, nihil miserabile, nihil astutum; casta, verecunda, virgo incorrupta quodam modo. Itaque sermo potius quam oratio dicitur. Quamquam enim omnis locutio oratio est, tamen unius oratoris locutio hoc proprio signata nomine est.

pues aunque algunos filósofos han escrito con elegancia, tanto que Teofrasto alcanzó por esto el renombre de divino, y Aristóteles reprendió al mismo Isócrates, y por la voz de Jenofonte dicen que hablaron las Musas, y Platón se aventajó en gravedad y elegancia a todos los que escribieron o hablaron antes que él; sin embargo, su discurso no tiene nervio ni aguijón oratorio o forense. Hablan con doctos, y quieren sosegar sus ánimos más bien que conmoverlos. Hablan de cosas tranquilas y nada turbulentas, y hablan para enseñar, no para soprender; y hasta cuando logran producir agrado, paréceles a algunos que han pasado los límites de su ciencia. No es difícil distinguir esta elocuencia de la que ahora estamos explicando. El estilo de los filósofos es sencillo y reposado; no tiene ni sentencias ni palabras populares, ni esta sujeto a número, sino libre y suelto. Nada tiene de airado, de envidioso, de atroz, de admirable ni de astuto: es siempre casto, ruboroso, virgen, digámoslo así. Más bien debe llamarse conversación que discurso. Porque aunque toda alocución sea discurso, sólo a los del orador se aplica con propiedad este nombre.

[65] Sophistarum, de quibus supra dixi, magis distinguenda similitudo videtur, qui omnes eosdem volunt flores quos adhibet orator in causis persequi. Sed hoc differunt quod, cum sit his propositum non perturbare animos, sed placare potius nec tam persuadere quam delectare, et apertius id faciunt quam nos et crebrius, concinnas magis sententias exquirunt quam probabilis, a re saepe discedunt, intexunt fabulas, verba altius transferunt eaque ita disponunt ut pictores varietatem colorum, paria paribus referunt, adversa contrariis, saepissimeque similiter extrema definiunt.

Hay que hacer excepción de los sofistas, que usan las mismas flores que emplea el orador en las causas civiles. Pero se diferencian en que su propósito no es perturbar los ánimos, sino entretenerlos: no tanto persuadir como deleitar; y lo hacen con más frecuencia y más a las claras que los otros, buscan sentencias brillantes más que probables, se apartan muchas veces del asunto, mezclan fábulas, hacen traslaciones de palabras y las disponen a la manera que los pintores varían el color, y oponen antitéticamente las palabras, o hacen que los períodos se correspondan en su cadencia.

XX. [66] Huic generi historia finitima est, in qua et narratur ornate et regio saepe aut pugna describitur; interponuntur etiam contiones et hortationes, sed in his tracta quaedam et fluens expetitur, non haec contorta et acris oratio. Ab his non multo secus quam a poetis haec eloquentia quam quaerimus sevocanda est. Nam etiam poetae quaestionem attulerunt, quidnam esset illud quo ipsi differrent ab oratoribus: numero maxime videbantur antea et versu, nunc apud oratores iam ipse numerus increbruit. [67] Quicquid est enim quod sub aurium mensuram aliquam cadit, etiam si abest a versu—nam id quidem orationis est vitium—numerus vocatur, qui Graece rhythmos dicitur. Itaque video visum esse non nullis Platonis et Democriti locutionem, etsi absit a versu, tamen quod incitatius feratur et clarissimis verborum luminibus utatur, potius poema putandum quam comicorum poetarum; apud quos, nisi quod versiculi sunt, nihil est aliud cotidiani dissimile sermonis. Nec tamen id est poetae maximum, etsi est eo laudabilior quod virtutes oratoris persequitur, cum versu sit astrictior. [68] Ego autem, etiam si quorundam grandis et ornata vox est poetarum, tamen in ea cum licentiam statuo maiorem esse quam in nobis faciendorum iungendorumque verborum, tum etiam non nulli eorum voluntati vocibus magis quam rebus inserviunt; nec vero, si quid est unum inter eos simile—id autem est iudicium electioque verborum—, propterea ceterarum rerum dissimilitudo intellegi non potest; sed id nec dubium est et, si quid habet quaestionis, hoc tamen ipsum ad id quod propositum est non est necessarium. Seiunctus igitur orator a philosophorum eloquentia, a sophistarum, ab historicorum, a poetarum explicandus est nobis qualis futurus sit.

A este género se parece la historia, en la cual se narra o se describe con elegancia una región o una batalla, se intercalan oraciones y exhortaciones, todo en estilo corriente y fluido, no vigoroso y encendido. La elocuencia que buscamos debe distinguirse de la historia podo menos que de la poesía. También los poetas han suscitado la cuestión de en qué se distinguen de los oradores. Antes la diferencia estaba en el número y en el verso, pero ya los oradores van haciendo gran caudal del número.
Todo lo que pueden medir los oídos, aunque no sea verso (porque esto en la prosa sería un vicio), se llama número, y entre los griegos *rhitmo*. Y por eso han creído algunos que la locución de Platón y de Demócrito, aunque no sea verso, sin embargo, por el calor del estilo y por las lumbres y matices de palabra, debía ser tenida por un poema, con más razón que las obras de los poetas cómicos, entre los cuales, aparte de los versos, nada hay que difiera de la conversación ordinaria. Es tanto más laudable que el poeta procure lograr los mismos efectos que el orador, cuanto que procede sujeto por las cadenas del metro.
Pero aunque sea magnífico y elocuente el estilo de los poetas, creo que tienen más libertad que nosotros para formar y componer palabras, y que a veces atienden más al deleite de los oídos que a la sustancia de las cosas. Y aunque haya entre ellos y nosotros este punto de semejanza, es decir, el juicio y elección de las palabras, no por eso ha de negarse la desemejanza en otras cosas. En esto no cabe duda, y si alguna cuestión pudiera haber, el resolverla no es necesario para nuestro propósito. Separado, pues, el orador de la elocuencia de los filósofos, de los sofistas, de los historiadores y de los poetas, réstanos explicar cómo ha de ser.

XXI. [69] Erit igitur eloquens—hunc enim auctore Antonio quaerimus—is qui in foro causisque civilibus ita dicet, ut probet, ut delectet, ut flectat. Probare necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriae: nam id unum ex omnibus ad obtinendas causas potest plurimum. Sed quot officia oratoris, tot sunt genera dicendi: subtile in probando, modicum in delectando, vehemens in flectendo; in quo uno vis omnis oratoris est. [70] Magni igitur iudici, summae etiam facultatis esse debebit moderator

Será elocuente, pues (ya que buscamos al orador perfecto siguiendo las huellas de Antonio) el que en el foro y en las causas civiles hable de tal manera que pruebe, deleite y convenza. El probar es de necesidad; el deleitar de utilidad. En el convencer está la victoria final de toda causa. Cuantos son los oficios del orador, tantos son los modos de decir. Sutil en el probar, templado en el deleitar, vehemente en el persuadir: aquí está toda la fuerza del orador. Grande ingenio, maravillosas facultades ha de

ille et quasi temperator huius tripertitae varietatis; nam et iudicabit quid cuique opus sit et poterit quocumque modo postulabit causa dicere. Sed est eloquentiae sicut reliquarum rerum fundamentum sapientia. Vt enim in vita sic in oratione nihil est difficilius quam quid deceat videre. Prepon appellant hoc Graeci, nos dicamus sane decorum; de quo praeclare et multa praecipiuntur et res est cognitione dignissima; huius ignoratione non modo in vita sed saepissime et in poematis et in oratione peccatur. [71] Est autem quid deceat oratori videndum non in sententiis solum sed etiam in verbis. Non enim omnis fortuna, non omnis honos, non omnis auctoritas, non omnis aetas nec vero locus aut tempus aut auditor omnis eodem aut verborum genere tractandus est aut sententiarum semperque in omni parte orationis ut vitae quid deceat est considerandum; quod et in re de qua agitur positum est et in personis et eorum qui dicunt et eorum qui audiunt.

tener el que modere y temple esta triple variedad. Sólo él juzgará lo que es oportuno en cada circunstancia, y podrá hablar del modo más acomodado a la causa. El fundamento de la elocuencia es la sabiduría. Así en la vida como en el discurso, nada es más difícil que atinar con lo que conviene. Llaman a esto los griegos *Prepon* nosotros podemos llamarlo *decoro*. Sobre él se han dado muchos preceptos, y es cosa muy digna de saberse. Por ignorarle, se peca a menudo, no sólo en la vida sino en los poemas y en el discurso, Así en las sentencias, como en las palabras, ha de guiarse el orador por el decoro. No toda fortuna, no todo honor y autoridad, no todo lugar, tiempo ú oyente, pueden ser tratados con el mismo género de palabras o de sentencias, y siempre, y en toda parte del discurso, ha de guardarse el decoro de la persona que habla y de las que oyen.

[72] Itaque hunc locum longe et late patentem philosophi solent in officiis tractare—non cum de recto ipso disputant, nam id quidem unum est—, grammatici in poetis, eloquentes in omni et genere et parte causarum. Quam enim indecorum est, de stillicidiis cum apud unum iudicem dicas, amplissimis verbis et locis uti communibus, de maiestate populi Romani summisse et subtiliter! XXII. Hic genere toto, at persona alii peccant aut sua aut iudicum aut etiam adversariorum, nec re solum sed saepe verbo; etsi sine re nulla vis verbi est, tamen eadem res saepe aut probatur aut reicitur alio atque alio elata verbo. [73] In omnibusque rebus videndum est quatenus; etsi enim suus cuique modus est, tamen magis offendit nimium quam parum; in quo Apelles pictores quoque eos peccare dicebat qui non sentirent quid esset satis. Magnus est locus hic, Brute, quod te non fugit, et magnum volumen aliud desiderat; sed ad id quod agitur illud satis. Cum hoc decere—quod semper usurpamus in omnibus dictis et factis, minimis et maximi—cum hoc, inquam, decere dicimus, illud non decere, et id usquequaque quantum sit appareat in alioque ponatur aliudque totum sit, utrum decere an oportere dicas; [74] oportere enim perfectionem declarat offici, quo et semper utendum est et omnibus, decere quasi aptum esse

Esta materia larga y variada suelen tratarla los filósofos en la moral (no cuando disputan de lo recto en sí, porque éste es uno solo); los gramáticos al tratar de la poesía; los oradores en todo género y parte de la causa. ¡Cuán extraño no sería usar de expresiones magníficas y lugares comunes al hablar de una causa de *Stillicidio*, y por el contrario, tratar en humilde y sencilla frase de la majestad del pueblo romano! Esto en general.

Algunos pecan por faltar a la consideración debida a su propia persona o a los jueces o a los adversarios; que no sólo se peca en las cosas, sino en las palabras, pues aunque sin las cosas no tengan fuerza alguna las palabras, sin embargo una misma cosa suena mejor o peor según que se diga con unas u otras expresiones. En todo importa mucho la moderación: todo tiene su medida; pero ofende más lo mucho que lo poco. Por eso Apeles censuraba a algunos pintores que no observaban el justo medio. Gran materia es esta y que exigiría un largo volumen, pero que tú conoces perfectamente, oh Bruto.

A nuestro propósito baste con decir que este decoro que aplicamos a todos los hechos y palabras grandes y pequeñas no ha de confundirse en modo alguno con la conveniencia. Esta es una perfección que ha de

consentaneumque tempori et personae; quod cum in factis saepissime tum in dictis valet, in vultu denique et gestu et incessu, contraque item dedecere; quod si poeta fugit ut maximum vitium, qui peccat etiam, cum probi orationem adfingit improbo stultove sapientis; si denique pictor ille vidit, cum in immolanda Iphigenia tristis Calchas esset, tristior Vlixes, maereret Menelaus, obvolvendum caput Agamemnonis esse, quoniam summum illum luctum penicillo non posset imitari; si denique histrio quid deceat quaerit, quid faciendum oratori putemus?—Sed cum hoc tantum sit, quid in causis earumque quasi membris faciat orator viderit: illud quidem perspicuum est, non modo partis orationis sed etiam causas totas alias alia forma dicendi esse tractandas.

buscarse siempre y en todo, al paso que el decoro es acomodado a tiempos y personas, y no sólo se advierte en las acciones, sino en las palabras, en el gesto, y ademán, y lo mismo la falta de decoro. Si el poeta huye, como del mayor defecto, de atribuir a un malvado el lenguaje de un hombre de bien, o a un necio el de un sabio; si aquel pintor que representó el sacrificio de Ifigenia, después de pintar triste a Cálcas, triste a Ulises, y más triste aun a Menelao, juzgó necesario ocultar la cabeza de Agamenon, por parecerle imposible imitar con el pincel tan gran duelo; y si el histrión atiende tanto al decoro, ¿qué ha de hacer el orador? Siendo esto de tanta importancia, al orador toca ver lo que hace no sólo en el total de la causa, sino en cada una de sus partes, pues cada una exige ser tratada de distinto modo.

XXIII. [75] Sequitur ut cuiusque generis nota quaeratur et formula: magnum opus et arduum, ut saepe iam diximus; sed ingredientibus considerandum fuit quid ageremus, nunc quidem iam quocumque feremur danda nimirum vela sunt. Ac primum informandus est ille nobis quem solum quidem vocant Atticum. [76] Summissus est et humilis, consuetudinem imitans, ab indisertis re plus quam opinione differens. Itaque eum qui audiunt, quamvis ipsi infantes sint, tamen illo modo confidunt se posse dicere. Nam orationis subtilitas imitabilis illa quidem videtur esse existimanti, sed nihil est experienti minus. Etsi enim non plurimi sanguinis est, habeat tamen sucum aliquem oportet, ut, etiam si illis maximis viribus careat, sit, ut ita dicam, integra valetudine. [77] Primum igitur eum tamquam e vinculis numerorum eximamus. Sunt enim quidam, ut scis, oratorii numeri, de quibus mox agemus, observandi ratione quadam, sed alio in genere orationis, in hoc omnino relinquendi. Solutum quiddam sit nec vagum tamen, ut ingredi libere, non ut licenter videatur errare. Verba etiam verbis quasi coagmentare neglegat. Habet enim ille tamquam hiatus et concursus vocalium molle quiddam et quod indicet non ingratam neglegentiam de re hominis magis quam de verbis laborantis. [78] Sed erit videndum de reliquis, cum haec duo ei liberiora fuerint, circuitus conglutinatioque verborum. Illa enim ipsa contracta et minuta non neglegenter

Resta señalar las notas y caracteres de cada estilo: obra a la verdad grande y difícil; pero su dificultad debimos considerarla al principio: ahora que nos hemos hecho a la mar, dejémonos llevar por el viento que hincha nuestras velas.

Ante todo, hablemos del estilo que vulgarmente y por excelencia llaman ático. El humilde y sencillo imita el tono de la conversación, y difiere más en realidad que en apariencia del lenguaje común. Por eso, los que le oyen, aunque sean niños, se imaginan que también ellos podrían hablar de aquella manera. Y, sin embargo, nada hay más difícil de imitar. Aunque no tenga este estilo mucha sangre, ni gran nervio, ha de tener algún jugo e íntegra salud. Ante todo, está libre de la esclavitud del ritmo.

En cualquier otro género de oratoria tiene mucha importancia el número; en ésta, ninguno: ha de ser suelto y libre, pero no vago y descuidado. Tampoco ha de ponerse grande esfuerzo en el encadena miento de las palabras. Admite el hiato y concurso de vocales, que indica una no desagradable negligencia, como de hombre que se cuida más de las cosas que de las palabras. Si tanta libertad hay en cuanto a la colocación de las palabras, veamos cómo se ha de proceder en lo restante. Cabe en las cosas pequeñas y menudas

tractanda sunt, sed quaedam etiam neglegentia est diligens. Nam ut mulieres esse dicuntur non nullae inornatae, quas id ipsum deceat, sic haec subtilis oratio etiam incompta delectat; fit enim quiddam in utroque, quo sit venustius, sed non ut appareat. Tum removebitur omnis insignis ornatus quasi margaritarum, ne calamistri quidem adhibebuntur; [79] fucati vero medicamenta candoris et ruboris omnia repellentur; elegantia modo et munditia remanebit. Sermo purus erit et Latinus, dilucide planeque dicetur, quid deceat circumspicietur; XXIV. unum aberit, quod quartum numerat Theophrastus in orationis laudibus: ornatum illud, suave et adfluens. Acutae crebraeque sententiae ponentur et nescio unde ex abdito erutae; ac—quod in hoc oratore dominabitur verecundus erit usus oratoriae quasi supellectilis.

cierta negligencia elegante. Así como a algunas mujeres les sienta bien la falta de adorno, así deleita a veces en este género de oraciones cierto aparente desaliño. El arte no debe faltar nunca, pero ha de estar oculto. Exclúyase todo aparato de joyas y piedras preciosas; exclúyase hasta el adorno del pelo y los afeites del rostro: siempre quedarán la elegancia y la limpieza.

Sea la lengua pura y latina, clara y llana: no se olvide jamás el decoro. Añádase a esto el que Teofrasto pone en cuarto lugar entre los méritos del discurso: el ornato suave y afluente: agudas y copiosas sentencias que esmalten inesperadamente el discurso.

[80] Supellex est enim quodam modo nostra, quae est in ornamentis, alia rerum alia verborum. Ornatus autem verborum duplex: unus simplicium alter conlocatorum. Simplex probatur in propriis usitatisque verbis, quod aut optime sonat aut rem maxime explanat; in alienis aut translatum et factum aliunde ut mutuo, aut factum ab ipso ac novum aut priscum et inusitatum; sed etiam inusitata ac prisca sunt in propriis, nisi quod raro utimur. [81] Conlocata autem verba habent ornatum, si aliquid concinnitatis efficiunt, quod verbis mutatis non maneat manente sententia; nam sententiarum ornamenta quae permanent, etiam si verba mutaveris, sunt illa quidem permulta, sed quae emineant pauciora. Ergo ille tenuis orator, modo sit elegans, nec in faciendis verbis erit audax et in transferendis verecundus et parcus et in priscis in reliquisque ornamentis et verborum et sententiarum demissior; ea translatione fortasse crebrior, qua frequentissime sermo omnis utitur non modo urbanorum, sed etiam rusticorum: si quidem est eorum gemmare vitis, sitire agros, laetas esse segetes, luxuriosa frumenta. [82] Nihil horum parum audacter, sed aut simile est illi unde transferas, aut si res suum nullum habet nomen, docendi causa sumptum, non ludendi videtur. Hoc ornamento liberius paulo quam ceteris utetur hic summissus, nec tam licenter tamen quam si genere dicendi uteretur amplissimo;

Ha de ser moderado el uso de las figuras, ya de pensamiento, ya de palabra. El ornato de las palabras es doble, según que se las considere separadas o en construcción. Han de preferirse siempre las palabras propias y más usadas, que mejor suenen y más bien declaren el concepto. También pueden usarse las trasladadas o tomadas de otra parte, o prestadas o forjadas de nuevo, o arcaicas y desusadas. Y de éstas las hay entre las propias, aunque rara vez las empleamos. La colocación de las palabras tiene por sí algún ornato, que desaparece en variando esas palabras, aunque la sentencia permanezca la misma. Las elegancias de sentencia son muchas, pero las que sobresalen pocas. Así, pues, el orador elegante y sencillo no será audaz en la composición de las palabras, y procederá con mucha moderación en las traslaciones, en el empleo de voces arcaicas y en los demás ornamentos de palabras y sentencias. De las traslaciones hará uso más frecuente, porque a menudo se emplean, no sólo en el lenguaje urbano, sino en el de los rústicos. Así oímos decir a éstos: *los campos tienen sed, las mieses están alegres, la vegetación es lujosa.* Todas estas figuras pueden usarse sin tacha ni atrevimiento, cuando sea gran- de la semejanza, de la cosa trasladada o cuando ésta no tenga nombre propio y la traslación parezca hecha por causa de utilidad, y no de placer. Aunque esta figura pueda emplearse en el estilo

XXV. itaque illud indecorum, quod quale sit ex decoro debet intellegi, hic quoque apparet, cum verbum aliquod altius transfertur idque in oratione humili ponitur quod idem in alia deceret.

sencillo con alguna más libertad que las restantes, nunca tanto como en otro estilo, modo de decir más amplio.
Por eso se nota una falta de decoro o de conveniencia cuando la metáfora es traída de muy lejos y se pone en una oración de género humilde lo que sólo convendría en otra de más elevado tono.

[83] Illam autem concinnitatem, quae verborum conlocationem inluminat eis luminibus quae Graeci quasi aliquos gestus orationis schemata appellant, quod idem verbum ab eis etiam in sententiarum ornamenta transfertur, adhibet hic quidem subtilis, quem nisi quod solum ceteroqui recte quidam vocant Atticum, sed paulo parcius; nam sic ut in epularum apparatu a magnificentia recedens non se parcum solum sed etiam elegantem videri volet, et eliget quibus utatur; [84] sunt enim pleraque apta huius ipsius oratoris de quo loquor parsimoniae. Nam illa de quibus ante dixi huic acuto fugienda sunt: paria paribus relata et similiter conclusa eodemque pacto cadentia et immutatione litterae quasi quaesitae venustates, ne elaborata concinnitas et quoddam aucupium delectationis manifesto deprehensum appareat; [85] itemque si quae verborum iterationes contentionem aliquam et clamorem requirent, erunt ab hac summissione orationis alienae; ceteris promiscue poterit uti, continuationem verborum modo relaxet et dividat utaturque verbis quam usitatissimis, translationibus quam mollissimis; etiam illa sententiarum lumina adsumet, quae non erunt vehementer inlustria. Non faciet rem publicam loquentem nec ab inferis mortuos excitabit nec acervatim multa frequentans una complexione devinciet. Valentiorum haec laterum sunt nec ab hoc, quem informamus, aut exspectanda aut postulanda; erit enim ut voce sic etiam oratione suppressior. [86] Sed pleraque ex illis convenient etiam huic tenuitati, quamquam isdem ornamentis utetur horridius; talem enim inducimus. Accedet actio non tragica nec scaenae, sed modica iactatione corporis, vultu tamen multa conficiens; non hoc quo dicuntur os ducere, sed illo quo significant ingenue quo sensu quidque pronuntient.

También aquella elegancia que ilumina la colocación de las palabras con las lumbres y matices llamados por los Griegos *schemas* (nombre que aplican también a las figuras de sentencia), cabe en el estilo sutil (que con propiedad llaman ático, aunque no es el solo estilo ático); pero cabe con moderación. Porque en un convite, aunque se huya de la magnificencia, ha de mostrarse la elegancia unida a la sobriedad. Figuras hay que caben en el estilo templado de que venimos hablando. Claro es que ha de huirse de las antítesis y de las conclusiones semejantes y de las similicadencias y de las alteraciones de letras, para que no se vea demasiado claro el artificio y la intención de hacer efecto. También las repeticiones de palabras, cuando llevan consigo demasiado aire de disputa y clamor, deben excluirse de este género templado: las demás figuras podrán usarse indistintamente, siempre que el encadenamiento de los periodos sea fácil y libre, y las palabras muy usadas, y las traslaciones no violentas, y las figuras de sentencia no demasiado brillantes. No hará hablar a la república, ni resucitará los muertos, ni juntará, ni acumulará los apóstrofes para hacer efecto. Todo esto ni ha de buscarse ni pedirse en el género de que vamos a hablar.
Nuestro orador ha de ser más humilde, así en la voz como en el discurso. Pero caben aun en medio de esta sencillez de estilo, muchas de las figuras y recursos oratorios, con tal que se usen moderadamente. Añádase a esto una acción no trágica ni histriónica, en que sea mayor la expresión del rostro que el movimiento del cuerpo.

XXVI. [87] Huic generi orationis aspergentur etiam sales, qui in dicendo nimium quantum valent; quorum duo genera sunt, unum

Admite también este género algunas sales, que son de admirable efecto en el decir. Las hay de dos géneros: *facecia* y *dicacidad*: una y otra

facetiarum, alterum dicacitatis. Vtetur utroque; sed altero in narrando aliquid venuste, altero in iaciendo mittendoque ridiculo, cuius genera plura sunt; sed nunc aliud agimus. [88] Illud admonemus tamen ridiculo sic usurum oratorem ut nec nimis frequenti ne scurrile sit, nec subobsceno ne mimicum, nec petulanti ne improbum, nec in calamitatem ne inhumanum, nec in facinus ne odii locum risus occupet, neque aut sua persona aut iudicum aut tempore alienum. haec enim ad illud indecorum referuntur. [89] Vitabit etiam quaesita nec ex tempore ficta, sed domo adlata, quae plerumque sunt frigida. Parcet et amicitiis et dignitatibus, vitabit insanabilis contumelias, tantum modo adversarios figet nec eos tamen semper nec omnis nec omni modo. Quibus exceptis sic utetur sale et facetiis, ut ego ex istis novis Atticis talem cognoverim neminem, cum id certe sit vel maxime Atticum. [90] Hanc ego iudico formam summissi oratoris, sed magni tamen et germani Attici; quoniam quicquid est salsum aut salubre in oratione, id proprium Atticorum est. E quibus tamen non omnes faceti: Lysias satis et Hyperides, Demades praeter ceteros fertur, Demosthenes minus habetur; quo quidem mihi nihil videtur urbanius, sed non tam dicax fuit quam facetus; est autem illud acrioris ingeni, hoc maioris artis.

puede usarse; la primera en las narraciones, la segunda para poner alguna cosa en ridículo. Los géneros son muchos, pero ahora no tratamos de eso. Sólo advierto que el ridículo no ha de ser demasiado frecuente, para que no caiga en truhanesco ni obsceno, para que no parezca mímico o petulante, para que no descubra mala intención; ni ha de recaer en calamidades, porque sería inhumano; ni en crímenes, para que la risa no ocupe el lugar del odio; ni ha de desdecir de la propia persona de la de los jueces, o de la ocasión, porque todo esto sería indecoroso. Han de evitarse asimismo las interrogaciones, que, cuando no son espontáneas, sino preparadas en casa, casi siempre parecen frías. Respetarásela amistad y la dignidad; se desterrará del discurso toda afrenta y oprobio; sólo se perseguirá a los adversarios, y no a todos siempre y de la misma manera. Fuera de esto, pueden derramarse a manos llenas las sales y los chistes, lo cual yo no he visto hacer a ninguno de estos nuevos áticos, por más que sea muy propio del estilo ático. Esta es, a mi entender, la forma que ha de elegir el orador de estilo sencillo, pero grande y legítimamente ático, porque todo lo que es agudo y gracioso en el discurso es propio de los áticos. Y no todos tienen la misma gracia: Lisias é Hipérides, bastante; Démades, más que los otros; Demóstenes pasa por inferior en esto; pero a mí nada me parece más gracioso que él, aunque tiene más de dicaz que de faceto. Lo primero requiere un ingenio más agudo; lo segundo, mayor arte.

[91] Vberius est aliud aliquantoque robustius quam hoc humile de quo dictum est, summissius autem quam illud de quo iam dicetur amplissimum. Hoc in genere nervorum vel minimum, suavitatis autem est vel plurimum. Est enim plenius quam hoc enucleatum, quam autem illud ornatum copiosumque summissius.

Hay otro estilo algo más rico y robusto que éste de que venimos hablando, pero menos espléndido que aquel de que hablaremos en seguida. Tiene éste segundo más elegancia que nervio, es más lleno que el primero, y menos adornado y copioso que el tercero.

XXVII. [92] Huic omnia dicendi ornamenta conveniunt plurimumque est in hac orationis forma suavitatis. In qua multi floruerunt apud Graecos, sed Phalereus Demetrius meo iudicio praestitit ceteris, cuius oratio cum sedate placideque liquitur, tum inlustrant eam quasi stellae quaedam translata verba atque immutata. Translata dico, ut saepe iam, quae per

A este género convienen todos los adornos de estilo, y no es poca la elegancia que en esta forma del discurso cabe. En ella florecieron muchos oradores griegos, pero, a juicio, Demetrio Falereo se aventajó a los restantes. Su modo de decir es plácido y tranquilo, y a trechos le esmaltan, como estrellas, metáforas, sinécdoques y metonimias. Llamo metáforas a

similitudinem ab alia re aut suavitatis aut inopiae causa transferuntur; immutata, in quibus pro verbo proprio subicitur aliud quod idem significet sumptum ex re aliqua consequenti. [93] Quod quamquam transferendo fit, tamen alio modo transtulit cum dixit Ennius arce et urbe orba sum, alio modo, [si pro patria arcem dixisset; et] horridam Africam terribili tremere tumultu [cum dicit pro Afris immutate Africam]: hanc hypallagen rhetores, quia quasi summutantur verba pro verbis, metonymian grammatici vocant, quod nomina transferuntur; [94] Aristoteles autem translationi et haec ipsa subiungit et abusionem nem, quam katachresin vocat, ut cum minutum dicimus animum pro parvo; et abutimur verbis propinquis, si opus est vel quod delectat vel quod decet. Iam cum fluxerunt continuo plures translationes, alia plane fit oratio; itaque genus hoc Graeci appellant allegorian: nomine recte, genere melius ille qui ista omnia translationes vocat. Haec frequentat Phalereus maxime suntque dulcissima; et quamquam translatio est apud eum multa, tamen immutationes nusquam crebriores. [95] In idem genus orationis—loquor enim de illa modica ac temperata—verborum cadunt lumina omnia, multa etiam sententiarum; latae eruditaeque disputationes ab eodem explicabuntur et loci communes sine contentione dicentur. Quid multa? E philosophorum scholis tales fere evadunt; et nisi coram erit comparatus ille fortior, per se hic quem dico probabitur. [96] Est enim quoddam etiam insigne et florens orationis pictum et expolitum genus, in quo omnes verborum, omnes sententiarum inligantur lepores. Hoc totum e sophistarum fontibus defluxit in forum, sed spretum a subtilibus, repulsum a gravibus in ea de qua loquor mediocritate consedit.

las traslaciones fundadas en la semejanza y nacidas ya de la necesidad, ya del agrado. En las sinécdoques y metonimias se usa, en vez de la palabra propia, otra que significa lo mismo, y que se toma de algo consiguiente. Lo cual, aunque sea traslación, es traslación de diverso género, vg., cuando dice Ennio: «dejas huérfana la ciudad y el alcázar,» donde el alcázar está tomado por la patria; o cuando escribe: «la horrible Africa se estremece con feroz tumulto:» aquí se toma el Africa por los Africanos.

A esta figura llaman los retóricos hypálage, porque en ella se sustituyen unas palabras a otras. Los gramáticos la apellidan metonimia, porque es una traslación de nombres.

Aristóteles incluye en la traslación la figura llamada catacrésis, que consiste en usar de palabras semejantes, vg., *menudo* por *pequeño*, ya por elegancia, ya por necesidad y conveniencia. Cuando hay muchas traslaciones seguidas, resulta lo que los Griegos llaman *alegoría*, aunque quizá fuera mejor llamarlas a todas *traslaciones*. Falereo hace grande uso de ellas, y son muy agradables.

En el mismo estilo severo y templado, aunque elegante, cabe mucho esplendor de palabras y de sentencias, largas y eruditas controversias, y lugares comunes, siempre que no degeneren en disputa. ¿Qué mucho que así suceda, si este modo de decir salió de las escuelas de los filósofos? Hay también un estilo brillante, florido y variado, en que se unen todos los primores de palabra y sentencia. Este género pasó de los sofistas al foro; pero rechazado igualmente por los escritores de estilo sencillo y por los de estilo grave, vino a quedar en esta medianía de que ahora hablarnos.

XXVIII. [97] Tertius est ille amplus copiosus, gravis ornatus, in quo profecto vis maxima est. Hic est enim, cuius ornatum dicendi et copiam admiratae gentes eloquentiam in civitatibus plurimum valere passae sunt, sed hanc eloquentiam, quae cursu magno sonituque ferretur, quam suspicerent omnes, quam admirarentur, quam se adsequi posse diffiderent. Huius eloquentiae est tractare animos, huius omni modo permovere. Haec modo perfringit, modo inrepit in sensus; inserit

El tercer estilo es amplio, copioso, grave, elegante y de poder extraordinario. Esta es la elocuencia que ha asombrado a las naciones y ha sido reina y señora de las ciudades; esta, la de grande, potente y arrebatado curso; esta, la que todos contemplan, la que todos admiran y desconfían de poder alcanzar, la que conmueve los ánimos, la que los templa, la que arranca las viejas opiniones y persuade las nuevas.

Hay mucha diferencia entre este género y los anteriores. El que ha trabajado en el estilo sutil

novas opiniones, evellit insitas. [98] Sed multum interest inter hoc dicendi genus et superiora. Qui in illo subtili et acuto elaboravit ut callide arguteque diceret, nec quicquam altius cogitavit, hoc uno perfecto magnus orator est, et si non maximus; minimeque in lubrico versabitur et, si semel constiterit, numquam cadet. Medius ille autem, quem modicum et temperatum voco, si modo suum illud satis instruxerit, non extimescet ancipites dicendi incertosque casus; etiam si quando minus succedit, ut saepe fit, magnum tamen periculum non adibit: alte enim cadere non potest. [99] At vero hic noster, quem principem ponimus, gravis acer ardens, si ad hoc unum est natus aut in hoc solo se exercuit aut huic generi studuit uni nec suam copiam cum illis duobus generibus temperavit, maxime est contemnendus. Ille enim summissus, quod acute et veteratorie dicit, sapiens iam, medius suavis, hic autem copiosissimus, si nihil aliud est, vix satis sanus videri solet. Qui enim nihil potest tranquille, nihil leniter, nihil partite definite distincte facete dicere, praesertim cum causae partim totae sint eo modo partim aliqua ex parte tractandae si is non praeparatis auribus inflammare rem coepit, furere apud sanos et quasi inter sobrios bacchari vinulentus videtur.

y agudo hasta conseguir la perfección, sin proponerse otra cosa, será en su línea grande orador, ya que no admirable, y no correrá peligro de resbalarse ni de caer. El orador de estilo medió y templado no temerá los peligros, escollos y dificultades de la oración, y si a veces (y esto con frecuencia sucede) no brilla tanto, por lo menos el peligro no es grande, ni puede caer de mucha altura. Pero este nuestro orador, grave, acre y ardiente, si para esto sólo ha nacido, si sólo en esto se ha ejercitado, sin templar la riqueza de su estilo con los otros dos géneros, será muy digno de desprecio. Al orador de estilo sencillo bástale para ser declarado bueno el decir con agudeza y tersura; al de estilo medio, bástale la elegancia; el de estilo copioso, si no tiene buen gusto, parecerá un loco o delirante. El que nada puede decir con tranquilidad y reposo, con claridad, distinción y orden, por más que la causa o algunas de sus partes lo exijan; el que se proponga inflamar a los oyentes cuando los oídos de éstos no se hallan preparados, ha de parecer necesariamente un loco entre sanos, o un beodo entre sobrios.

[100] Tenemus igitur, Brute, quem quaerimus, sed animo; nam manu si prehendissem, ne ipse quidem sua tanta eloquentia mihi persuasisset ut se dimitterem. XXIX. Sed inventus profecto est ille eloquens, quem numquam vidit Antonius. Quis est igitur is? Complectar brevi, disseram pluribus. Is est enim eloquens, qui et humilia subtiliter et alta graviter et mediocria temperate potest dicere. Nemo is, inquies, umquam fuit. Ne fuerit. [101] Ego enim quid desiderem, non quid viderim disputo redeoque ad illam Platonis de qua dixeram rei formam et speciem, quam etsi non cernimus, tamen animo tenere possumus. Non enim eloquentem quaero neque quicquam mortale et caducum, sed illud ipsum, cuius qui sit compos, sit eloquens; quod nihil est aliud nisi eloquentia ipsa, quam nullis nisi mentis oculis videre possumus. Is erit igitur eloquens, ut idem illud iteremus, qui poterit parva summisse, modica temperate, magna graviter dicere. [102] Tota mihi causa pro Caecina de verbis interdicti fuit: res involutas

Ya hemos alcanzado, Bruto, lo que buscábamos, pero sólo lo hemos alcanzado con el entendimiento. Porque si yo pudiera asir con la mano a este orador perfecto, ni él mismo con toda su elocuencia podría persuadirme a que le soltara. Digo que hemos encontrado al varón elocuente que nunca logró ver Antonio. ¿Y dónde está esa maravilla? Lo diré en pocas palabras, para declararlo luego más extensamente. Es elocuente el que puede decir con agudeza las cosas humildes, con riqueza y esplendidez las de más alta importancia, y en estilo templado las medianas.

Dirás que nunca ha existido semejante orador. Sea en hora buena, pero yo disputo, no da lo que he visto, sino de lo que deseo ver, y vuelvo a aquella idea y forma de Platón, que no se contempla con los ojos sino con el entendimiento. No busco nada mortal y caduco, sino aquello cuya posesión hace al hombre elocuente, es decir, la elocuencia misma, que sólo podemos ver con los ojos del alma.

definiendo explicavimus, mus, ius civile laudavimus, verba ambigua distinximus. Fuit ornandus in Manilia lege Pompeius: temperata oratione ornandi copiam persecuti sumus. Ius omne retinendae maiestatis Rabiri causa continebatur: ergo in ea omni genere amplificationis exarsimus. [103] At haec interdum temperanda et varianda sunt. Quod igitur in accusationis septem libris non reperitur gentis? Quod in Habiti? Quod in Corneli? Quod in plurimis nostris defensionibus? Quae exempla selegissem, nisi vel nota esse arbitrarer vel ipsi possent legere qui quaererent. Nulla est enim ullo in genere laus [oratoris] cuius in nostris orationibus non sit aliqua si non perfectio, at conatus tamen atque adumbratio. [104] Non adsequimur; at quid sequi deceat videmus. Nec enim nunc de nobis, sed de re dicimus; in quo tantum abest ut nostra miremur, et usque eo difficiles ac morosi sumus, ut nobis non satis faciat ipse Demosthenes; qui quamquam unus eminet inter omnis in omni genere dicendi, tamen non semper implet auris meas; ita sunt avidae et capaces et saepe aliquid immensum infinitumque desiderant.

Toda mi defensa de Cecina versó sobre las palabras del interdicto: tuve que explicar y definir las cosas embrolladas, hacer el elogio del derecho civil, distinguir las palabras ambiguas. En la ley Manilia, elogié a Pompeyo, y tuve que usar un estilo rico y elegante, aunque templado. En la causa de Rabirio iba envuelto el derecho de majestad; por eso recurrí a todo linaje de encendida amplificación.
Pero todo esto a las veces hay que templarlo y variarlo. ¿De qué estilo no se halla alguna muestra en mis siete libros de acusación contra Vérres, o en la defensa de Avito, o en la de Cornelio, o en muchas otras de las mías, de las cuales podría entresacar ejemplos, si no creyera que son bastante conocidos o que puede elegirlos el que quiera? No hay género, estilo o primor oratorio del cual en mis oraciones no se vea algún conato y sombra, ya que la perfección nunca. Pero aunque no la consigamos, bástanos tener la idea de ella, y tan lejos estoy de admirar las cosas mías, que soy tan difícil de contentar, que ni el mismo Demóstenes me satisface, y por más que en todo estilo lleve la palma a todos, no siempre llena mis oídos: tan ávidos y capaces son, que siempre desean algo inmenso e infinito.

XXX. [105] Sed tamen, quoniam et hunc tu oratorem cum eius studiosissimo Pammene, cum esses Athenis, totum diligentissime cognovisti nec eum dimittis e manibus et tamen nostra etiam lectitas, vides profecto illum multa perficere, nos multa conari, illum posse, nos velle quocumque modo causa postulet dicere. Nam ille magnus et successit ipse magnis et maximos oratores habuit aequalis; nos minus.

Pero ya que tú conoces perfectamente a este orador, y no le sueltas de la mano, desde que en Atenas, y bajo la enseñanza de Pammeno, tan apasionado tuyo, te dedicaste a su estudio, y como lees además con frecuencia nuestros escritos, has podido ver que él llevó a la perfección muchas cosas y que yo he intentado muchas; que él pudo, y yo he querido, hablar siempre del modo más acomodado a la causa.

Magnum fecissemus, si quidem potuissemus quo contendimus pervenire in ea urbe in qua, ut ait Antonius, auditus eloquens nemo erat. [106] Atqui si Antonio Crassus eloquens visus non est aut sibi ipse, numquam Cotta visus esset, numquam Sulpicius, numquam Hortensius; nihil enim ample Cotta, nihil leniter Sulpicius, non multa graviter Hortensius; superiores magis ad omne genus apti, Crassum dico et Antonium. Ieiunas igitur huius multiplicis et aequabiliter in omnia genera fusae orationis auris civitatis accepimus, easque nos primi, quicumque eramus et quantulumcumque dicebamus, ad huius generis [dicendi] audiendi incredibilia

El fue grande orador porque sucedió a oradores grandes, y lo fueron también sus contemporáneos. Yo no pude llegar a esa perfección por haber nacido en una ciudad donde, como escribe Antonio, nunca se había oído a ningún varón elocuente. Y si a Antonio no le pareció elocuente Craso, ni él mismo se tuvo por tal, verosímil cosa es que tampoco se lo hubieran parecido nunca Sulpicio, Cota y Hortensio. Nunca usó del estilo amplio Cota; nunca del templado Sulpicio; pocas veces del grave Hortensio. Los dos anteriores, es decir, Craso y Antonio, se acomodaron mejor a todo estilo. Encontré, pues, los oídos de esta ciudad,

studia convertimus. [107] Quantis illa clamoribus adulescentuli diximus [de supplicio parricidarum], quae nequaquam satis defervisse post aliquanto sentire coepimus: Quid enim tam commune quam spiritus vivis, terra mortuis, mare fluctuantibus, litus eiectis? Ita vivunt, dum possunt, ut ducere animam de caelo non queant; ita moriuntur ut eorum ossa terram non tangant; ita iactantur fluctibus ut numquam adluantur; ita postremo eiciuntur ut ne ad saxa quidem mortui conquiescant, et quae sequuntur; sunt enim omnia sic ut adulescentis non tam re et maturitate quam spe et exspectatione laudati. Ab hac etiam indole iam illa matura: "Vxor generi, noverca filii, filiae paelex." [108] Nec vero hic erat unus ardor in nobis ut hoc modo omnia diceremus. Ipsa enim illa [pro Roscio] iuvenilis redundantia multa habet attenuata, quaedam etiam paulo hilariora, ut pro Habito, pro Cornelio compluresque atiae. Nemo enim orator tam multa ne in Graeco quidem otio scripsit quam multa sunt nostra, eaque hanc ipsam habent quam probo varietatem.

no avezados a este modo de decir múltiple y variado, y yo fui el primero que, en cuanto estuvo en mi poder, desperté increíble afición a decir y a oír este linaje de discursos. ¡Qué clamores no excitó aquella mi declamación juvenil sobre el suplicio de los parricidas! Y, sin embargo, mirándola despacio, conocí luego que no tenía bastante calor. «¿Qué cosa hay tan común como el espíritu a los vivos, la tierra a los muertos, el mar a los náufragos, la costa a los que arroja la tormenta? Pero los parricidas de tal manera viven, que no pueden respirar; de tal manera mueren, que no cubre la tierra sus huesos; de tal modo son agitados por las olas, que nunca se ahogan, y, finalmente, cuando son arrojados a la costa y se estrellan en los peñascos, ni siquiera después de muertos encuentran reposo.» Todo esto es como de un joven, y si merece elogio, no es por la madurez, sino por la esperanza. Del mismo género es aquella frase, ya más madura: «Mujer de su yerno, madrastra de su hijo, corruptora de su hija.» No siempre tenía yo, el mismo ardor, ni decía de igual modo todas las cosas. La misma defensa de Roscio, con ser juvenil y redundante, tiene muchas cosas de estilo templado, y aun alegre, y lo mismo la de Avito, la de Cornelio y muchas otras, porque no ha habido ningún orador, aun entre los Griegos, tan ocioso que haya escrito más que yo ni con más variedad de estilos.

XXXI. [109] An ego Homero, Ennio, reliquis poetis et maxime tragicis concederem ut ne omnibus locis eadem contentione uterentur crebroque mutarent, non numquam etiam ad cotidianum genus sermonis accederent: ipse numquam ab illa acerrima contentione discederem? Sed quid poetas divino ingenio profero? Histriones eos vidimus quibus nihil posset in suo genere esse praestantius, qui non solum in dissimillimis personis satis faciebant, cum tamen in suis versarentur, sed et comoedum in tragoediis et tragoedum in comoediis admodum placere vidimus: ego non elaborem? [110] Cum dico me, te, Brute, dico; nam in me quidem iam pridem effectum est quod futurum fuit; tu autem eodem modo omnis causas ages? Aut aliquod causarum genus repudiabis? Aut in isdem causis perpetuum et eundem spiritum sine ulla commutatione

¿Había de conceder yo a Homero, a Ennio y a los demás poetas, sobre todo a los trágicos, el variar a cada paso de tono y acercarse a veces a la conversación familiar, y no había de apartarme yo alguna vez del tono acre de la disputa? ¿Pero a qué recurrir a los poetas de divino ingenio? Basta fijarnos en los más consumados histriones, que no sólo agradan en diversos papeles, sino a veces el cómico en la tragedia y el trágico en la comedia. ¿No he de trabajar yo en lo mismo? Y cuando digo yo, entiendo hablar así mismo de ti, Bruto, porque yo ya dí todo el fruto que podía esperarse. Pero tú ¿defenderás del mismo modo todas las causas, o rechazarás algún género de ellas, o conservarás sin intermisión el mismo aliento en todo el discurso? Demóstenes mismo, cuya estatua de bronce vi hace poco en tu casa del Tusculano al lado de las de tus mayores, prueba

obtinebis? Demosthenes quidem, cuius nuper inter imagines tuas ac tuorum, quod eum credo amares, cum ad te in Tusculanum venissem, imaginem ex aere vidi, nil Lysiae subtilitate cedit, nihil argutiis et acumine Hyperidi, nil levitate Aeschini et splendore verborum. [111] Multae sunt eius totae orationes subtiles, ut contra Leptinem; multae totae graves, ut quaedam Philippicae; multae variae, ut contra Aeschinem falsae legationis, ut contra eundem pro causa Ctesiphontis. Iam illud medium quotiens vult arripit et a gravissimo discedens eo potissimum delabitur. Clamores tamen tum movet et tum in dicendo plurimum efficit, cum gravitatis locis utitur. [112] Sed ab hoc parumper abeamus, quando quidem de genere, non de homine quaerimus: rei potius, id est eloquentiae vim et naturam explicemus. Illud tamen quod iam ante diximus meminerimus, nihil nos praecipiendi causa esse dicturos atque ita potius acturos ut existimatores videamur loqui, non magistri. In quo tamen longius saepe progredimur, quod videmus non te haec solum esse lecturum, qui ea multo quam nos qui quasi docere videmur habeas notiora, sed hunc librum etiam si minus nostra commendatione, tuo tamen nomine divulgari necesse est.

insigne de lo mucho que le admiras, nunca cedió en sutileza a Lisias, ni en lo agudo a Hipérides, ni en dulzura o en esplendor de palabras a Lisias. Hay muchos oraciones suyas de templada elegancia, vg., la que pronunció, contra Leptines; muchas de estilo grave, como las Filípicas, y otras de estilo vario, como la de la Falsa Legación o la de la Corona contra Esquines. Cuando quiere, pasa rápida y fácilmente al estilo medio desde el grave; pero con este solo arranca los aplausos y logra el triunfo más alto de la elocuencia.

Pero dejemos esto, ya que hablamos del género y no del hombre, y expliquemos la índole y poder de la elocuencia. Y no olvidemos nunca lo que antes dijimos, que no vamos a hablar como preceptores y maestros, sino como oyentes y críticos. Y en esto me extenderá más, porque conozco que no has de ser tú, que conoces estas cosas mejor que yo que pretendo enseñarlas, el único lector de este libro, sino que con la recomendación y patrocinio de tu nombre, es necesario que corra y se divulgue.

XXXII. [113] Esse igitur perfecte eloquentis puto non eam tantum facultatem habere quae sit eius propria, fuse lateque dicendi, sed etiam vicinam eius ac finitimam dialecticorum scientiam adsumere. Quamquam aliud videtur oratio esse aliud disputatio, nec idem loqui esse quod dicere, ac tamen utrumque in disserendo est: disputandi ratio et loquendi dialecticorum sit, oratorum autem dicendi et ornandi. Zeno quidem ille, a quo disciplina Stoicorum est, manu demonstrare solebat quid inter has artis interesset; nam cum compresserat digitos pugnumque fecerat, dialecticam aiebat eius modi esse; cum autem deduxerat et manum dilataverat, palmae illius similem eloquentiam esse dicebat. [114] Atque etiam ante hunc Aristoteles principio artis rhetoricae dicit illam artem quasi ex altera parte respondere dialecticae, ut hoc videlicet differant inter se quod haec ratio dicendi latior sit, illa loquendi contractior. Volo igitur huic summo omnem quae ad dicendum trahi possit loquendi rationem esse notam; quae quidem res, quod te

El ser perfecto orador consiste, no sólo en tener las facultades propias del bien decir, sino también la ciencia de los dialécticos, que es vecina y hermana del arte oratorio. Aunque una cosa parezca la oración y otra la disputa, y no sea lo mismo *hablar* que *decir*, sin embargo, una y otra cosa estriban en el razonamiento. Pertenezca en buen hora a los dialécticos el arte de la disputa; pertenezca a los oradores el de bien decir y adornar. Cenon, maestro de los estoicos, solía indicar con la mano la diferencia entre estas artes. Cuando apretaba los dedos y cerraba el puño, daba a entender la dialéctica. Y comparaba la elocuencia con la palma de la mano abierta y extendida. Y antes que él, Aristóteles, al principio de su Retórica, dice que esta arte corresponde en su mayor parte a la dialéctica, pero con esta diferencia: en la primera, es el arte de decir más extenso, y en la segunda, es el de hablar más recogido. Quiero, pues, que el orador perfecto conozca de la dialéctica todo lo que pueda adornarse con las galas del bien decir. A ti, que eres tan

his artibus eruditum minime fallit, duplicem habuit docendi viam. Nam et ipse Aristoteles tradidit praecepta plurima disserendi et postea qui dialectici dicuntur spinosiora multa pepererunt. [115] Ego eum censeo qui eloquentiae laude ducatur non esse earum rerum omnino rudem, sed vel illa antiqua vel hac Chrysippi disciplina institutum. Noverit primum vim, naturam, genera verborum et simplicium et copulatorum; deinde quot modis quidque dicatur; qua ratione verum falsumne sit iudicetur; quid efficiatur e quoque, quid cuique consequens sit quidve contrarium; cumque ambigue multa dicantur, quo modo quidque eorum dividi explanarique oporteat. Haec tenenda sunt oratori —saepe enim occurrunt—, sed quia sua sponte squalidiora sunt, adhibendus erit in his explicandis quidam orationis nitor.

erudito en estas disciplinas, no se te ocultará que para esto hay dos caminos. Porque el mismo Aristóteles dio muchos preceptos, y después los llamados dialécticos los dieron mucho más espinosos y difíciles. Creo que quien aspire al lauro de la elocuencia no debe ser enteramente rudo e ignorante de estas cosas, sino que educado en la antigua doctrina o en la nueva de Crisipo, ha de conocer primero el valor, naturaleza y género de las palabras, lo mismo simples que compuestas, y ha de saber de cuántas maneras puede decirse una cosa, y cómo se distingue lo verdadero de lo falso, cuáles son las relaciones de causa y efecto, de consecuencia y contrariedad, y cómo se ha de dividir y explanar cada una de las cosas ambiguas. Todo esto debe observarlo el orador, porque a cada paso ocurre; pero él tiene que añadir, además, el esplendor y brillantez del estilo.

XXXIII. [116] Et quoniam in omnibus quae ratione docentur et via primum constituendum est quid quidque sit—nisi enim inter eos qui disceptant convenit quid sit illud quod ambigitur, nec recte disseri umquam nec ad exitum perveniri potest—, explicanda est saepe verbis mens nostra de quaque re atque involuta rei notitia definiendo aperienda est, si quidem est definitio oratio, quae quid sit id de quo agitur ostendit quam brevissime; tum, ut scis, explicato genere cuiusque rei videndum est quae sint eius generis sive formae sive partes, ut in eas tribuatur omnis oratio. [117] Erit igitur haec facultas in eo quem volumus esse eloquentem, ut definire rem possit nec id faciat tam presse et anguste quam in illis eruditissimis disputationibus fieri solet, sed cum explanatius tum etiam uberius et ad commune iudicium popularemque intellegentiam accommodatius; idemque etiam, cum res postulabit, genus universum in species certas, ut nulla neque praetermittatur neque redundet, partietur ac dividet. Quando autem id faciat aut quo modo, nihil ad hoc tempus, quoniam, ut supra dixi, iudicem esse me, non doctorem volo. [118] Nec vero a dialecticis modo sit instructus et habeat omnis philosophiae notos ac tractatos locos. Nihil enim de religione, nihil de morte, nihil de pietate, nihil de caritate patriae, nihil de bonis rebus aut malis, nihil de virtutibus aut vitiis,

Y como en todo lo que depende del razonamiento debe empezarse por definir la materia de que se trata, porque si no están de acuerdo los que disputan sobre el valor de la cosa controvertida, nunca puede llegarse a un resultado; es necesario las más de las veces explicar y definir la cosa tal como la entendemos, porque la definición es un modo de decir que muestra brevísimamente lo que es aquello de que se trata. Explicado el género, hay que ver sus especies o partes y dividir en ellas el discurso.
El elocuente orador, cuya idea vamos trazando, sabrá definir, y no seca y brevemente, como suele hacerse en las disputas filosóficas, sino con más amplitud y riqueza y de un modo más acomodado al juicio común y la inteligencia popular. Cuando el asunto lo pida, dividirá el género en especies, de tal modo que no sobre ni falte ninguna: cuándo y cómo ha de hacerlo, no me corresponde enseñarlo; ya dije que quiero ser juez y no maestro.

Y no solo quiero que esté instruido en la dialéctica, sino que conozca todas las partes de la filosofía. Porque sin esta ciencia, nada de lo que pertenece a la religión, a la muerte, a la sociedad, al amor de la patria, a las virtudes o a los vicios, a las obligaciones, al dolor, al

nihil de officio, nihil de dolore, nihil de voluptate, nihil de perturbationibus animi et erroribus, quae saepe cadunt in causas et ieiunius aguntur, nihil, inquam, sine ea scientia quam dixi graviter ample copiose dici et explicari potest.

deleite, a las pasiones y afectos del alma, puede tratarse con majestad, amplitud y riqueza.

XXXIV. [119] De materia loquor orationis etiam nunc, non de ipso genere dicendi. Volo enim prius habeat orator rem de qua dicat, dignam auribus eruditis, quam cogitet quibus verbis quidque dicat [aut quo modo]—quem etiam, quo grandior sit et quodam modo excelsior, ut de Pericle dixi supra, ne physicorum quidem esse ignarum volo. Omnia profecto, cum se a caelestibus rebus referet ad humanas, excelsius magnificentiusque et dicet et sentiet. [120] Cum illa divina cognoverit, nolo ignoret ne haec quidem humana. Ius civile teneat, quo egent causae forenses cotidie. Quid est enim turpius quam legitimarum et civilium controversiarum patrocinia suscipere, cum sis legum et civilis iuris ignarus? Cognoscat etiam rerum gestarum et memoriae veteris ordinem, maxime scilicet nostrae civitatis, sed etiam imperiosorum populorum et regum inlustrium; quem laborem nobis Attici nostri levavit labor, qui conservatis notatisque temporibus, nihil cum inlustre praetermitteret, annorum septingentorum memoriam uno libro conligavit. Nescire autem quid ante quam natus sis acciderit, id est semper esse puerum. Quid enim est aetas hominis, nisi ea memoria rerum veterum cum superiorum aetate contexitur? Commemoratio autem antiquitatis exemplorumque prolatio summa cum delectatione et auctoritatem orationi adfert et fidem. [121] Sic igitur instructus veniet ad causas, quarum habebit genera primum ipsa cognita. Erit enim ei perspectum nihil ambigi posse in quo non aut res controversiam faciat aut verba: res aut de vero aut de recto aut de nomine, verba aut de ambiguo aut de contrario. Nam si quando aliud in sententia videtur esse aliud in verbis, genus est quoddam ambigui quod ex praeterito verbo fieri solet, in quo quod est ambiguorum proprium res duas significari videmus.

De la materia del discurso hablo ahora, no del estilo y modo de decir. Quiero que el orador tenga un asunto digno de los oídos eruditos, antes que piense qué palabras ha de usar y cómo. Cuanto más grande sea el orador y más se acerque a la perfección (como antes dije de Pericles), más le exigiré que no ignore nada, ni siquiera la ciencia de los físicos. Así, cuando descienda de las cosas celestiales a las humanas, lo dirá y sentirá todo con más grandeza y magnificencia. Y si conociere lo divino, tampoco debe ignorar lo humano. Aprenda el derecho civil, que cada día se necesita en las causas forenses. ¿Pues qué cosa hay más torpe que encargarse de controversias legales y civiles, cuando se ignoran las leyes y el derecho civil? Conozca además la historia, sobre todo la de nuestra ciudad y la de los imperios más poderosos y reyes más ilustres, cuyo trabajo nos facilitó nuestro Ático, recogiendo en un libro las Memorias de setecientos años, con indicación precisa de los tiempos, sin omitir nada señalado. El ignorar lo que sucedió antes de nacer nosotros, es como ser siempre niños. ¿Qué es la edad humana si por memoria de las cosas antiguas no se enlaza con las edades anteriores? El recuerdo de los hechos de la antigüedad añade, a la vez que sumo deleite, mucho crédito y autoridad al discurso. Venga, pues, el orador armado y dispuesto para la causa, y ante todo conozca los géneros de ella.
Toda controversia estriba, o en el hecho o en las palabras. Las controversias de hecho pueden ser acerca de lo verdadero, lo recto, o el nombre. Las de palabras pueden ser de ambigüedad o de contrariedad. Porque cuando una cosa quieren decir las palabras y otra suenan, resulta un género de ambigüedad en que se significan dos cosas con una misma palabra.

XXXV. [122] Cum tam pauca sint genera causarum, etiam argumentorum praecepta pauca sunt. Traditi sunt e quibus ea ducantur duplices

Siendo tan pocos los géneros de las causas, tampoco son muchas las reglas que se dan sobre los argumentos. Señálanse dos clases de fuentes

loci: uni e rebus ipsis, alteri adsumpti. Tractatio igitur rerum efficit admirabilem orationem; nam ipsae quidem res in perfacili cognitione versantur. Quid enim iam sequitur, quod quidem artis sit, nisi ordiri orationem, in quo aut concilietur auditor aut erigatur aut paret se ad discendum; rem breviter exponere et probabiliter et aperte, ut quid agatur intellegi possit; sua confirmare, adversaria evertere, eaque efficere non perturbate, sed singulis argumentationibus ita concludendis, ut efficiatur quod sit consequens eis quae sumentur ad quamque rem confirmandam; post omnia peroratione inflammantem restinguentemve concludere? Has partis quem ad modum tractet singulas difficile dictu est hoc loco; nec enim semper tractantur uno modo. [123] Quoniam autem non quem doceam quaero, sed quem probem, probabo primum eum qui quid deceat viderit. Haec enim sapientia maxime adhibenda eloquenti est, ut sit temporum personarumque moderator. Nam nec semper nec apud omnis nec contra omnis nec pro omnibus nec cum omnibus eodem modo dicendum arbitror. XXXVI. Is erit ergo eloquens qui ad id quodcumque decebit poterit accommodare orationem. Quod cum statuerit, tum ut quidque erit dicendum ita dicet, nec satura ieiune nec grandia minute nec item contra, sed erit rebus ipsis par et aequalis oratio.

de donde tomarlos: o nacen de las cosas mismas, o son extrínsecos. El modo de tratar las cosas es lo que hace admirable el discurso, porque el conocimiento de las cosas es muy fácil. ¿Qué resta ya, ni qué puede exigir el arte sino que se haga el exordio tratando de conciliar el ánimo de los oyentes o de prepararlos a oír: que se exponga el asunto con brevedad y llaneza y en términos probables; que se confirmen los argumentos propios y se destruyan los del adversario, y que todo esto se haga no confusamente, sino cerrando de tal manera cada una de las argumentaciones, que la consecuencia se deduzca lógicamente de las premisas, y que se corone todo con una peroración ardiente é impetuosa? Cómo ha de tratarse cada una de estas partes, difícil es declararlo aquí, porque no siempre se tratan del mismo modo. Pero como no busco a quién enseñar sino a quién aplaudir, alabaré sobre todo a quien guarde el decoro y conveniencia de tiempos y personas. Porque no siempre ni ante todos, ni contra todos, ni en defensa, de todos, creo que se puede hablar de la misma manera. Será elocuente el orador que acomode a la conveniencia su discurso, de suerte que las palabras correspondan bien a las cosas, y ni se diga áridamente lo que debe ser ameno y agradable, ni con menudencias y por menores lo que de suyo es grande.

[124] Principia verecunda, nondum elatis incensa verbis, sed acuta sententiis vel ad offensionem adversarii vel ad commendationem sui. Narrationes credibiles nec historico sed prope cotidiano sermone explicatae dilucide. Dein si tenuis causa est, tum etiam argumentandi tenue filum et in docendo et in refellendo, idque ita tenebitur, ut quanta ad rem tanta ad orationem fiat accessio. [125] Cum vero causa ea inciderit in qua vis eloquentiae possit exprimi, tum se latius fundet orator, tum reget et flectet animos et sic adficiet ut volet, id est ut causae natura et ratio temporis postulabit. Sed erit duplex eius omnis ornatus ille admirabilis, propter quem ascendit in tantum honorem eloquentia. Nam cum omnis pars orationis esse debet laudabilis, sic ut verbum nullum nisi aut grave aut elegans excidat, tum sunt maxime luminosae et quasi actuosae partes duae: quarum alteram in universi generis

Los exordios serán modestos, no tejidos de palabras altisonantes sino de agudas sentencias, ya en ofensa del adversario, ya en recomendación de la propia persona. Las narraciones serán creíbles, y no se harán en estilo histórico sino familiar y corriente. Si la causa es de poca importancia, también será leve el hilo de los argumentos, así en la confirmación como en la refutación, procurándose siempre que las palabras sean fiel espejo de la idea. Cuando la causa sea tal, que en ella pueda desplegarse todo el poder de la elocuencia, hará el orador vistoso alarde de sus recursos, rendirá y doblegará los ánimos, consiguiendo todo lo que quiera, es decir, lo que la naturaleza de la causa y el tiempo pidan. Este ornato y gala de la elocuencia será doble, pues, además de la perfección que exige cada parte del discurso, de tal modo que no baya palabra alguna que no sea grave o elegante, ha

quaestione pono, quam, ut supra dixi, Graeci appellant thesin, alteram in augendis amplificandisque rebus, quae ab isdem auxesis est nominata. [126] Quae etsi aequabiliter toto corpore orationis fusa esse debet, tamen in communibus locis maxime excellet; qui communes sunt appellati eo quod videntur multarum idem esse causarum, sed proprii singularum esse debebunt. At vero illa pars orationis, quae est de genere universo, totas causas saepe continet. Quicquid est enim illud in quo quasi certamen est controversiae, quod Graece krinomenon dicitur, id ita dici placet, ut traducatur ad perpetuam quaestionem atque uti de universo genere dicatur, nisi cum de vero ambigitur, quod quaeri coniectura solet. [127] Dicetur autem non Peripateticorum more—est enim illorum exercitatio elegans iam inde ab Aristotele constituta—, sed aliquanto nervosius et ita de re communia dicentur, ut et pro reis multa leniter dicantur et in adversarios aspere. Augendis vero rebus et contra abiciendis nihil est quod non perficere possit oratio; quod [et] inter media argumenta faciendum est quotiescumque dabitur vel amplificandi vel minuendi locus, et paene infinite in perorando.

de haber dos partes más luminosas y más de resalto que todo lo demás: una, en las cuestiones de género universal, que los Griegos llaman tesis; otra, en la amplificación, que ellos mismos nombran *auxesis*. Y aunque una y otra deben estar igualmente derramadas en todo el cuerpo del discurso, brillan más en los lugares comunes, llamados así porque son los mismos en muchas causas, por más que deben de ser propios de cada una. Aquella parte del discurso que versa sobre el género universal, contiene muchas veces toda la causa. Sea cual fuere el asunto sujeto a controversia, que los Griegos llaman *chrinomenon*, conviene siempre enlazarle con una cuestión perpetua y universal, a no ser que se dispute sobre la verdad, porque entonces hay que acudir a las conjeturas. Se hablará, pues, no al modo de los peripatéticos, cuya elegante manera de discusión ordenó Aristóteles, sino con mal nervio, y de tal manera se aplicarán los argumentos, comunes, que se trate siempre con blandura al reo y con aspereza al adversario. En la amplificación o disminución por hipérbole, nada hay que no pueda conseguir el orador, y deberá hacerlo aun en medio de los argumentos, siempre que se presente ocasión de ensalzar o deprimir un objeto.

XXXVII. [128] Duo restant enim, quae bene tractata ab oratore admirabilem eloquentiam faciunt. Quorum alterum est, quod Graeci ethikon vocant, ad naturas et ad mores et ad omnem vitae consuetudinem accommodatum; alterum, quod idem pathetikon nominant, quo perturbantur animi et concitantur, in quo uno regnat oratio. Illud superius come iucundum, ad benevolentiam conciliandam paratum; hoc vehemens incensum incitatum, quo causae eripiuntur: quod cum rapide fertur, sustineri nullo pacto potest. [129] Quo genere nos mediocres aut multo etiam minus, sed magno semper usi impetu saepe adversarios de statu omni deiecimus. Nobis pro familiari reo summus orator non respondit Hortensius; a nobis homo audacissimus Catilina in senatu accusatus obmutuit; nobis privata in causa magna et gravi cum coepisset Curio pater respondere, subito adsedit, cum sibi venenis ereptam memoriam diceret. [130] Quid ego de miserationibus loquar? Quibus eo sum usus

Pero sobre todo, puede hacerlo ampliamente en la peroración: dos cosas son las que bien tratadas por el orador hacen más admirable el discurso; una lo que los Griegos llaman ética, es decir, el estudio de la naturaleza humana, de las costumbres y de la vida: otra lo que llaman patético, es decir, el arte de mover los afectos. El primer género es elegante, agradable, propio para conciliar la benevolencia; el segundo, vehemente, encendido, arrebatado e irresistible.
Tal recurso me valió a mí, orador mediano, y quizá ni aun esto, para confundir en más de una ocasión a mis adversarios. Yo en la defensa de un reo hice enmudecer al grande Hortensio. Yo en el Senado reduje al silencio al audacísimo Catilina; y en una causa privada pero de grande importancia, en que había empezado a responderme Curion el padre, tuvo que sentarse e interrumpió su discurso, diciendo que algún filtro le había quitado la memoria.
¿Y qué diré del modo de excitar la compasión de que yo he hecho tanto uso, que hasta cuando

pluribus quod, etiam si plures dicebamus, perorationem mihi tamen omnes relinquebant; in quo ut viderer excellere non ingenio sed dolore adsequebar. Quae qualiacumque in me sunt—me [enim] ipsum paenitet quanta sint—, sed apparent in orationibus, etsi carent libri spiritu illo, propter quem maiora eadem illa cum aguntur quam cum leguntur videri solent.

hablábamos varios dejaban siempre a mi cargo la peroración? Triunfos que debí no al ingenio sino a la pasión.
Todas estas cualidades, valgan lo que valieren (y del resultado no me arrepiento) aparecen en mis oraciones, aunque carezcan éstas de aquella vida que hace parecer mayores las cosas cuando se oyen que cuando se leen.

XXXVIII. [131] Nec vero miseratione solum mens iudicum permovenda est—qua nos ita dolenter uti solemus ut puerum infantem in manibus perorantes tenuerimus, ut alia in causa excitato reo nobili, sublato etiam filio parvo, plangore et lamentatione complerimus forum—, sed est faciendum etiam ut irascatur iudex mitigetur, invideat faveat, contemnat admiretur, oderit diligat, cupiat fastidiat, speret metuat, laetetur doleat; qua in varietate duriorum accusatio suppeditabit exempla, mitiorum defensiones meae. [132] Nullo enim modo animus audientis aut incitari aut leniri potest, qui modus a me non temptatus sit,—dicerem perfectum, si ita iudicarem, nec in veritate crimen arrogantiae extimescerem; sed, ut supra dixi, nulla me ingeni sed magna vis animi inflammat, ut me ipse non teneam; nec umquam is qui audiret incenderetur, nisi ardens ad eum perveniret oratio. Vterer exemplis domesticis, nisi ea legisses, uterer alienis vel Latinis, si ulla reperirem, vel Graecis, si deceret. Sed Crassi perpauca sunt nec ea iudiciorum, nihil Antoni, nihil Cottae, nihil Sulpici; dicebat melius quam scripsit, Hortensius. [133] Verum haec vis, quam quaerimus, quanta sit suspicemur, quoniam exemplum non habemus, aut si exempla sequimur, a Demosthene sumamus et quidem perpetuae dictionis ex eo loco unde in Ctesiphontis iudicio de suis factis, consiliis, meritis in rem publicam adgressus est dicere. Ea profecto oratio in eam formam quae est insita in mentibus nostris includi sic potest, ut maior eloquentia ne requiratur quidem.

Y no sólo ha de moverse a compasión el ánimo de los jueces, como hice yo en una ocasión levantando en mis brazos a un niño en otra causa llenando de lamentaciones el foro, sino que además hemos de hacer que el juez, se enoje, se calme, admire, desprecie, ame, aborrezca, se hastíe, tema, espere, se alegre, se entristezca. De todo esto se hallarán ejemplos en mis acusaciones o en mis defensas, porque ningún medio de cuantos pueden sosegar o conmover los ánimos he dejado de poner en práctica. Diría que en este género había yo alcanzado la perfección, si así lo creyera, y no temiese incurrir en el vicio de arrogancia. Pero, como antes dije, no la fuerza de mi ingenio, sino la de mi alma, es la que me arrastra y domina, y nunca podría inflamarse el ánimo del que oye si no llegase a él encendida y vehemente la palabra. Citaría ejemplos propios si tú no los hubieras leído: los citaría extranjeros o latinos si los encontrase, o griegos si conviniera. Pero de Craso hay muy pocos discursos, y éstos no judiciales. Nada de Antonio, nada de Cota, nada de Sulpicio. Hortensio hablaba mejor que escribía.
Sospechemos y vislumbremos tan sólo el poder extraordinario de la elocuencia que buscamos, y caso de citar ejemplos, tomemos los de Demóstenes en el juicio de Ctesifon, cuando empieza a hablar de sus hechos, consejos y méritos para con la república. Esta oración entra de tal modo en la idea que yo tengo en el entendimiento, que apenas puedo concebir mayor elocuencia.

XXXIX. [134] Sed iam forma [ipsa] restat et charakter ille qui dicitur; qui qualis esse debeat ex his quae supra dicta sunt intellegi potest. Nam et singulorum verborum et conlocatorum lumina attigimus; quibus sic abundabit, ex ore nullum nisi aut elegans aut grave exeat, ex omnique genere frequentissimae translationes erunt, quod eae propter similitudinem

Resta sólo la forma y el carácter. Por lo que llevamos dicho se habrá comprendido cómo ha de ser. Hemos hablado del esplendor y elegancia de las palabras, ya separadas, ya unidas, el cual ha de ser tal que no salga de la boca del orador ninguna frase que no sea elegante o majestuosa; y se hará frecuente uso de traslaciones de todos géneros que por la

transferunt animos et referunt ac movent huc et illuc, qui motus cogitationis celeriter agitatus per se ipse delectat. Et reliqua ex conlocatione verborum quae sumuntur quasi lumina magnum adferunt ornatum orationi; sunt enim similia illis quae in amplo ornatu scaenae aut fori appellantur insignia, non quia sola ornent, sed quod excellant. [135] Eadem ratio est horum quae sunt orationis lumina et quodam modo insignia: cum aut duplicantur iteranturque verba aut leviter commutata ponuntur, aut ab eodem verbo ducitur saepius oratio aut in idem conicitur aut utrumque, aut adiungitur idem iteratum aut idem ad extremum refertur aut continenter unum verbum non in eadem sententia ponitur; aut cum similiter vel cadunt verba vel desinunt; aut cum sunt contrariis relata contraria; aut cum gradatim sursum versus reditur; aut cum demptis coniunctionibus dissolute plura dicuntur; aut cum aliquid praetereuntes cur id faciamus ostendimus; aut cum corrigimus nosmet ipsos quasi reprehendentes; aut si est aliqua exclamatio vel admirationis vel questionis; aut cum eiusdem nominis casus saepius commutantur.

semejanza hacen volar el pensamiento de una parte a otra: movimiento y agitación del ánimo que por sí mismo deleita.

Grande ornato comunican al discurso las figuras que estriban en la colocación de las palabras. Aseméjanse a ciertos ornatos de la escena o del foro que no sólo embellecen, sino que por sí mismos son bellos. Lo mismo sucede con éstos matices y lumbres del discurso, vg.: el duplicar las palabras, o el repetirlas con pequeña variación, o el colocar el mismo vocablo al principio y al fin, o cualquier otro género de repetición, o el uso de una misma voz en dos distintas acepciones, o la semejanza de cadencias o desinencias, o las antítesis, o la gradación, o la disolución y el suprimir las conjunciones, o la *pretericion*, que consiste en omitir algo diciendo por qué, o la corrección de lo que nosotros mismos hemos dicho, o las exclamaciones de admiración y queja, o el declinar un nombre por varios casos.

[136] Sed sententiarum ornamenta maiora sunt; quibus quia frequentissime Demosthenes utitur, sunt qui putent idcirco eius eloquentiam maxime esse laudabilem. Et vero nullus fere ab eo locus sine quadam conformatione sententiae dicitur; nec quicquam est aliud dicere nisi omnis aut certe plerasque aliqua specie inluminare sententias: quas cum tu optime, Brute, teneas, quid attinet nominibus uti aut exemplis? Tantum modo notetur locus.

Las figuras de palabra son mucho más importantes, y como las usa tanto Demóstenes, piensan algunos que este es el principal mérito de su elocuencia. Y en realidad nunca deja de dar alguna forma al pensamiento, ni es otra cosa el arte del bien decir sino iluminar con algún esplendor de forma todas o casi todas las sentencias. Si tú, Bruto, comprendes bien esto, ¿para qué es añadir nombres o ejemplos? Basta con apuntarlo de pasada.

XL. [137] Sic igitur dicet ille, quem expetimus, ut verset saepe multis modis eadem et una in re haereat in eademque commoretur sententia; saepe etiam ut extenuet aliquid, saepe ut inrideat; ut declinet a proposito deflectatque sententiam; ut proponat quid dicturus sit; ut, cum transegerit iam aliquid, definiat; ut se ipse revocet; ut quod dixit iteret; ut argumentum ratione concludat; ut interrogando urgeat; ut rursus quasi ad interrogata sibi ipse respondeat; ut contra ac dicat accipi et sentiri velit; ut addubitet ecquid potius aut quo modo dicat; ut dividat in partis; ut aliquid relinquat ac neglegat; ut ante praemuniat; ut in eo ipso in quo reprehendatur culpam in adversarium

El orador, cuya imagen trazamos, ha de tratar de muchos modos una misma cosa, detenerse a veces en una misma sentencia, a veces atenuarla, otras burlarse, o alejarse algo del asunto, o proponer lo que va a decir, o hacer una definición, o rectificar, o insistir en lo que dijo, o cerrar los argumentos, o interrogar y responderse a sí mismo, o querer que se entiendan sus palabras de un modo contrario de como suenan, o manifestar dudas sobre lo que ha de decir y cómo, o dividir en partes, o pasar en silencio algo, o prevenirse con tiempo, o echar al adversario la culpa de lo que a él mismo se le acusa, o deliberar muchas veces con los que oyen y alguna vez con el

conferat; [138] ut saepe cum eis qui audiunt, non numquam etiam cum adversario quasi deliberet; ut hominum sermones moresque describat; ut muta quaedam loquentia inducat; ut ab eo quod agitur avertat animos; ut saepe in hilaritatem risumve convertat; ut ante occupet quod videatur opponi; ut comparet similitudines; ut utatur exemplis; ut aliud alii tribuens dispertiat; ut interpellatorem coerceat; ut aliquid reticere se dicat; ut denuntiet quid caveant; ut liberius quid audeat; ut irascatur etiam, ut obiurget aliquando; ut deprecetur, ut supplicet, ut medeatur; ut a proposito declinet aliquantum; ut optet, ut exsecretur; ut fiat eis apud quos dicet familiaris. [139] Atque alias etiam dicendi quasi virtutes sequetur: brevitatem, si res petet; saepe etiam rem dicendo subiciet oculis; saepe supra feret quam fieri possit; significatio saepe erit maior quam oratio: saepe hilaritas, saepe vitae naturarumque imitatio. XLI. Hoc in genere—nam quasi silvam vides—omnis eluceat oportet eloquentiae magnitudo.

adversario, o describir las costumbres y remedar las palabras de los hombres, o introducir hablando a seres mudos e inanimados, o apartar los ánimos del objeto que se trata, convirtiéndolo todo en hilaridad y risa, o anticiparse a las objeciones que se le puedan hacer, o usar ejemplos, símiles y comparaciones, o acudir a la distribución, o contestar a una interpelación, o valerse de reticencias, o apelar al temor de un peligro próximo, o fingir algún atrevimiento, o enojarse, o reprender, o rogar, o suplicar, o jurar, o abandonar el propósito comenzado, o usar de la optación o de la exageración, o hacerse familiar a los oyentes. Y aun ha de hacerse estudio de otras cualidades de estilo: la brevedad, si el asunto lo pide: muchas veces el poner, digámoslo así, las cosas delante de los ojos: otras veces encarecerlas en cuanto es posible. A veces se dará a entender más de lo que se dice; otras convendrá excitar la risa; otras imitar la vida y costumbres humanas. En este género, donde hay una verdadera selva de figuras, es donde ha de brillar todo el poder de la elocuencia;

[140] Sed haec nisi conlocata et quasi structa et nexa verbis ad eam laudem quam volumus aspirare non possunt. De quo cum mihi deinceps viderem esse dicendum, etsi movebant iam me illa quae supra dixeram tamen eis quae sequuntur perturbabar magis. Occurrebat enim posse reperiri non invidos solum, quibus referta sunt omnia, sed fautores etiam laudum mearum, qui non censerent eius viri esse, de cuius meritis senatus tanta iudicia fecisset comprobante populo Romano quanta de nullo, de artificio dicendi litteris tam multa mandare. Quibus si nihil aliud responderem nisi me M. Bruto negare roganti noluisse, iusta esset excusatio, cum et amicissimo et praestantissimo viro et recta et honesta petenti satis facere voluissem. [141] Sed si profiterer—quod utinam possem!—Me studiosis dicendi praecepta et quasi vias quae ad eloquentiam ferrent traditurum, quis tandem id iustus rerum existimator reprehenderet? Nam quis umquam dubitavit quin in re publica nostra primas eloquentia tenuerit semper urbanis pacatisque rebus, secundas iuris scientia? Cum in altera gratiae, gloriae, praesidi plurimum esset, in

pero si no están oportunamente colocadas y no se entretejen bien con las palabras, en vano aspirarán a la gloria que pretendemos. Al ir a tratar yo de esta materia, convidábame por una parte, pero por otra me detenía, una consideración que voy a exponer. Ocurríaseme que podrían encontrarse no sólo envidiosos, de los cuales está lleno todo, sino también admiradores míos, que no creyesen propio de un varón de cuyos méritos habían hecho tanta estimación el Senado y pueblo romano cuanta de ningún otro, escribir tanto sobre el arte de bien decir. Y aunque no respondiera otra cosa sino que había yo querido satisfacer a Marco Bruto, que con ahinco lo solicitaba, bastante excusa sería el haber querido complacer a un tan grande y excelente amigo mío y que pedía cosa tan recta y justa.

Pero si prometo (ojalá pudiera cumplirlo) enseñar a los estudiosos los preceptos y el camino que lleva a la elocuencia, ¿qué justo estimador de las cosas podrá reprenderme? ¿Quién dudó nunca de que en nuestra república, en tiempos pacíficos y tranquilos, tuvo siempre la elocuencia el primer lugar, y sólo el segundo

altera praescriptionum cautionumque praeceptio, quae quidem ipsa auxilium ab eloquentia saepe peteret, ea vero repugnante vix suas regiones finisque defenderet. [142] Cur igitur ius civile docere semper pulchrum fuit hominumque clarissimorum discipulis floruerunt domus: ad dicendum si quis acuat aut adiuvet in eo iuventutem, vituperetur? Nam si vitiosum est dicere ornate, pellatur omnino e civitate eloquentia; sin ea non modo eos ornat penes quos est, sed etiam iuvat universam rem publicam, cur aut discere turpe est quod scire honestum est aut quod posse pulcherrimum est id non gloriosum est docere?

la ciencia del derecho civil? Porque en la una estriba la gloria, la salvación y la defensa, y la otra da reglas para perseguir y defenderse, para lo cual muchas veces tiene que pedir auxilio a la elocuencia, y tolera sin escrúpulo que ella invada sus términos y fines. Y si la enseñanza del derecho civil, fue siempre honrosa, y las casas de los hombres más ilustres se vieron llenas de discípulos, ¿por qué hemos de vituperar al que ayuda a la juventud y aguza su ingenio en la elocuencia? Si es vicioso el hablar con ornato, destiérrese de la ciudad toda oratoria. Pero si no sólo honra a los que la poseen, sino a toda la república, ¿por qué ha de ser vergüenza aprender lo que es honroso saber o por qué, no ha de ser glorioso enseñarlo, siéndolo tanto el conocerlo?

XLII. [143] "At alterum factitatum est, alterum novum." Fateor; sed utriusque rei causa est. Alteros enim respondentes audire sat erat, ut ei qui docerent nullum sibi ad eam rem tempus ipsi seponerent, sed eodem tempore et discentibus satis facerent et consulentibus; alteri, cum domesticum tempus in cognoscendis componendisque causis, forense in agendis, reliquum in sese ipsis reficiendis omne consumerent, quem habebant instituendi aut docendi locum? Atque haud scio an plerique nostrorum oratorum [contra atque nos] ingenio plus valuerint quam doctrina; itaque illi dicere melius quam praecipere, nos contra fortasse possumus. [144] "At dignitatem docere non habet." Certe, si quasi in ludo; sed si monendo, si cohortando, si percontando, si communicando, si interdum etiam una legendo, audiendo, nescio [cur] cum docendo etiam aliquid aliquando [si] possis meliores facere, cur nolis? An quibus verbis sacrorum alienatio fiat docere honestum est, [ut est]: quibus ipsa sacra retineri defendique possint non honestum est? [145] "At ius profitentur etiam qui nesciunt; eloquentiam autem illi ipsi qui consecuti sunt tamen ea se valere dissimulant." Propterea quod prudentia hominibus grata est, lingua suspecta. Num igitur aut latere eloquentia potest aut id quod dissimulat effugit aut est periculum ne quis putet in magna arte et gloriosa turpe esse docere alios id quod ipsi fuerit honestissimum discere? [146] Ac fortasse ceteri tectiores; ego semper me didicisse prae me tuli. Qui enim

Se dirá que lo uno está autorizado por la costumbre y que lo otro es nuevo. Lo confieso, pero la razón es clara. Ocupados nuestros oradores en sus negocios domésticos o en los forenses y en responder a las consultas de sus clientes, consagraban al descanso el resto de su tiempo, ¿cómo les había de quedar espacio para la enseñanza? Y aun creo que la mayor parte de ellos valían más por el ingenio que por la doctrina, y podían hablar mejor que dar preceptos: a nosotros, quizá nos suceda lo contrario.

Dirán que no tiene dignidad el enseñar. Ciertamente, si se hace como por juego; pero si se hace amonestando, exhortando, preguntando, y a veces leyendo y oyendo juntos el que aprende y el que enseña, ¿por qué no has de querer mejorar el gusto de alguno, cuando esto sea posible? Si no se tiene por desdoro el enseñar las fórmulas de la enajenación de las cosas sagradas, ¿por qué ha de serlo o explicar el modo de conservar y defender las cosas mismas?

Enseñan el derecho los mismos que lo ignoran: la elocuencia sólo pueden enseñarla los que la han conseguido y aun éstos disimulan su valer en ella, porque la prudencia es grata a los hombres: la palabra es sospechosa. ¿Es posible que la elocuencia pueda ocultarse, o ha de tener nadie por deshonra el enseñar los preceptos de un arte tan excelente y glorioso, que a él mismo le estuviera muy bien entender? Otros serán quizá más disimulados: yo siempre me precié

possem, cum [et] afuissem domo adulescens et horum studiorum causa maria transissem et doctissimis hominibus referta domus esset et aliquae fortasse inessent in sermone nostro doctrinarum notae cumque vulgo scripta nostra legerentur, dissimulare me didicisse? Quid [erat cur] probarem nisi quod parum fortasse profeceram?

de lo que había aprendido. ¿Y cómo no, si en mi juventud viajé tanto, y pasé el mar por causa de estos estudios, y tuve siempre llena mi casa de hombres doctísimos, y presentan mis escritos indudables señales de haber estudiado, y estos escritos los lee todo el mundo? ¿Qué había de probar con mi disimulo, sino que quizá no había aprendido bastante?

XLIII. Quod cum ita sit, tamen ea quae supra dicta sunt plus in disputando quam ea de quibus dicendum est dignitatis habuerunt. [147] De verbis enim componendis et de syllabis prope modum dinumerandis et dimetiendis loquemur; quae etiam si sunt, sicuti mihi videntur, necessaria, tamen fiunt magnificentius quam docentur. Est id omnino verum, at proprie in hoc dicitur. Nam omnium magnarum artium sicut arborum altitudo nos delectat, radices stirpesque non item; sed esse illa sine his non potest. Me autem sive pervulgatissimus ille versus, qui vetat artem pudere proloqui quam factites, dissimulare non sinit qui delecter, sive tuum studium a me hoc volumen expressit, tamen eis quos aliquid reprehensuros suspicabar respondendum fuit. [148] Quod si ea quae dixi non ita essent, quis tamen se tam durum agrestemque praeberet qui hanc mihi non daret veniam, ut cum meae forenses artes et actiones publicae concidissent, non me aut desidiae, quod facere non possum, aut maestitiae, cui resisto, potius quam litteris dederem? Quae quidem me antea in iudicia atque in curiam deducebant, nunc oblectant domi; nec vero talibus modo rebus qualis hic liber continet, sed multo etiam gravioribus et maioribus; quae si erunt perfectae, profecto maximis rebus forensibus nostris [et externis] inclusae [et domesticae] litterae respondebunt. Sed ad institutam disputationem revertamur.

Y siendo esto así, puede decirse, no obstante, que lo que hasta ahora venimos tratando es materia de más noble enseñanza que lo que vamos a decir ahora. Hablaremos de la composición de las palabras y del modo de contar y medir las sílabas, lo cual, aunque sea, como a mí me lo parece, necesario, parece, con todo eso, más grande y espléndido, ejecutado que explicado. Verdad es esto; pero en las artes sucede lo que en los árboles: su altura nos deleita, las raíces y los tallos no tanto; pero lo uno no puede existir sin lo otro. Yo, persuadido por aquel verso que todos conocen y que prohíbe «avergonzarse del arte que se profesa,» y obligado, además, por tu empeño en recibir este volumen, juzgué conveniente, sin embargo, defenderme de los que en algo pudieran acusarme.
Y si esto no fuera así, ¿quién habría de ánimo tan duro y agreste que no me concediera esta recreación y entretenimiento, ahora que no puedo dedicarme al foro ni a los negocios públicos? Yo no puedo entregarme al ocio, y temo más la tristeza que las letras. Lo que antes me aprovechaba para los juicios y la curia, ahora me deleita en casa. Y no sólo me ocupo en cosas tales como las que este libro contiene, sino en otras mucho más graves y mayores, y si logro verlas terminadas, pienso que mis ocios domésticos igualarán a mis defensas judiciales. Pero volvamos al propósito comenzado.

XLIV. [149] Conlocabuntur igitur verba, aut ut inter se quam aptissime cohaereant extrema cum primis eaque sint quam suavissimis vocibus, aut ut forma ipsa concinnitasque verborum conficiat orbem suum, aut ut comprehensio numerose et apte cadat. Atque illud primum videamus quale sit, quod vel maxime desiderat diligentiam, ut fiat quasi structura quaedam nec tamen fiat operose; nam esset cum infinitus tum puerilis labor; quod apud Lucilium scite exagitat in Albucio Scaevola:

Se colocarán, las palabras de suerte que tengan entre sí estrecha relación las últimas con las primeras, siendo elegantísimos los vocablos, o de modo que la misma forma y elegante disposición de las palabras haga el período armonioso y rotundo. Ante todo, exige mucha diligencia la estructura del período, aunque no ha de ser excesiva y puerilmente laboriosa; lo cual en una sátira de Lucilio censura Scévola en Albucio:

quam lepide lexis compostae ut tesserulae omnes
arte pavimento atque emblemate vermiculato!

¿Qué hermosamente dispuesta la lexis (los giros) de su discurso,
como pequeñas teselas en un pavimento delicado! *

[150] Nolo haec tam minuta constructio appareat; sed tamen stilus exercitatus efficiet facile formulam componendi. Nam ut in legendo oculus sic animus in dicendo prospiciet quid sequatur, ne extremorum verborum cum insequentibus primis concursus aut hiulcas voces efficiat aut asperas. Quamvis enim suaves gravesque sententiae tamen, si in condite positis verbis efferuntur, offendent auris, quarum est iudicium superbissimum. Quod quidem Latina lingua sic observat, nemo ut tam rusticus sit qui vocalis nolit coniungere. [151] In quo quidam etiam Theopompum reprehendunt, quod eas litteras tanto opere fugerit, etsi idem magister eius Isocrates fecerat; at non Thucydides, ne ille quidem haud paulo maior scriptor Plato nec solum in eis sermonibus qui dialogoi dicuntur, ubi etiam de industria id faciendum fuit sed in populari oratione, qua mos est Athenis laudari in contione eos qui sint in proeliis interfecti; quae sic probata est, ut eam quotannis, ut scis, illo die recitari necesse sit. In ea est crebra ista vocalium concursio, quam magna ex parte ut vitiosam fugit Demosthenes.

No quiero que parezca esta construcción demasiado menuda, aunque la pluma ejercitada fácilmente hallará el modo de componer. Pues así como en la lectura los ojos, así el entendimiento en el discurso verá lo que sigue, para evitar que el encuentro de las últimas palabras con las primeras produzca hiatos y asperezas. Aunque las sentencias sean elegantes y graves, si las palabras son desaliñadas, ofenderán los oídos, cuyo juicio es inapelable, y esto se observa tanto en la lengua latina, que nadie hay tan rústico que no sepa unir bien las vocales. Y en esto es digno de reprensión Teopompo, por haber huido tanto de estas letras, aunque lo mismo hizo su maestro Isócrates. Pero no Tucídides, y Platón, que todavía fue más admirable escritor que él, y no sólo en sus diálogos, donde hubo de hacerlo de intento, sino en la oración popular con que es costumbre en Atenas alabar a los que mueren en el combate, la cual fue tan alabada, que se estableció, como sabes, la costumbre de recitarla todos los años en el mismo día. En ella es frecuente el concurso de vocales, que Demóstenes evitó en gran parte como viciosa.

XLV. [152] Sed Graeci viderint; nobis ne si cupiamus quidem distrahere voces conceditur. Indicant orationes illae ipsae horridulae Catonis, indicant omnes poetae praeter eos qui, ut versum facerent, saepe hiabant, ut Naevius:

vos, qui accolitis Histrum
fluvium atque algidam
et ibidem:
quam numquam vobis Grai atque barbari.
At Ennius saepe
Scipio invicte,
et semel quidem nos:
hoc motu radiantis etesiae in vada ponti.

Pero hagan los Griegos lo que quieran: nosotros forzosamente hemos de contraer las vocales. Lo indican las mismas desaliñadas oraciones en Caton; lo muestran todos los poetas, fuera de los que para completar un verso hacían el hiato, vg., Nevio:

Vos qui accolitis Histrum
fluvium atque Algidum.
Y en otra parte:
Quam nunquam vobis Graii atque Barbari.
Ennio dice una vez:
Scipio invicte.
Y yo he escrito:
Hou motu radiantis Etesiae in vada ponti.

* Son los versos 84-85 de la sátira II de C. Lucilio (según la numeración de F. Marx: *C. Lucilii carminum reliquiae. Recensuit, enarrauit Fridericus Marx, Leipzig, I vol. Prolegomena, testimonia, Fasti Luciliani, Carminum reliquiae, Indices, 1904; II vol. Comentarius, 1905),* que sigue siendo la edición fundamental para este autor. [NOTA DEL ESCANEADOR]

[153] Hoc idem nostri saepius non tulissent, quod Graeci laudare etiam solent. Sed quid ego vocalis? Sine vocalibus saepe brevitatis causa contrahebant, ut ita dicerent: multi' modis, in vas' argenteis, palmi' crinibus, tecti' fractis. Quid vero licentius quam quod hominum etiam nomina contrahebant, quo essent aptiora? Nam ut duellum bellum, [et] duis bis, sic Duellium cum qui Poenos classe devicit Bellium nominaverunt, cum superiores appellati essent semper Duellii. Quin etiam verba saepe contrahuntur non usus causa sed aurium. Quo modo enim vester Axilla Ala factus est nisi fuga litterae vastioris? Quam litteram etiam e maxillis et taxillis et paxillo et vexillo consuetudo elegans Latini sermonis evellit. [154] Libenter etiam copulando verba iungebant, ut sodes pro si audes, sis pro si vis. Iam in uno capsis tria verba sunt. Ain pro aisne, nequire pro non quire, malle pro magis velle, nolle pro non velle, dein etiam saepe et exin pro deinde et pro exinde dicimus. Quid, illud non olet unde sit, quod dicitur cum illis, cum autem nobis non dicitur, sed nobiscum? Quia si ita diceretur, obscaenius concurrerent litterae, ut etiam modo, nisi autem interposuissem, concurrissent. Ex eo est mecum et tecum, non cum me et cum te, ut esset simile illis nobiscum atque vobiscum.

Nunca hubieran tolerado los nuestros lo que en los Griegos es tan frecuente y les parece tan bien. ¿Qué digo las vocales? Aun sin vocales hacían muchas veces los Latinos la contracción por causa de brevedad, diciendo, vg.: *Multimodis, vas'argenteis, palm'et crinibus, tecti'fractis.* ¿Y qué mayor licencia que la de contraer los nombres de personas para que sonasen mejor?, pues así como se dice *Duellum* (guerra) y *Duis* (dos), así a *Duellio,* el que ganó la batalla naval contra los Cartagineses, le llamaron *Bellio,* siendo así que todos sus antepasados se habían llamado siempre *Duellios.* A veces se contraen las palabras no por abreviar, sino por el agrado del oído. ¿Cómo *Axilla* ha venido a convertirse en *Alla,* sino por la pérdida de una letra áspera, que también ha desterrado la lengua latina de *Maxillis, Taxillis, Vexillo y Paxillo?* También gustaban de juntar las palabras, diciendo, *vg.: Sodes,* por *si audes; sis* en vez de *si vis.* En la palabra *Capsis* hay otras tres, y se dice *ain*' en vez de *aisne: nequire* por *non quire; manlle* por *magis belle; nolle* por *non belle; dein* por *deinde; exin* por *exinde.* ¿Y por qué se dice *cum illis* y no se dice *cum nobis, sino nobiscum?* Porque si así se dijese, resultaría una frase obscena del concurso de las letras. Por lo mismo se dice *mecum y tecum,* no *cum me* ni *cum te,* para guardar la analogía de *vobiscum, y nobiscum.*

XLVI. [155] Atque etiam a quibusdam sero iam emendatur antiquitas, qui haec reprehendunt. Nam pro deum atque hominum fidem deorum aiunt. Ita credo hoc illi nesciebant: an dabat hanc consuetudo licentiam? Itaque idem poeta qui inusitatius contraxerat:

Algunos quieren enmendar a los antiguos, y no les siguen en esto. Y así, en vez de decir: *pro deum atque hominum fidem,* dicen *deorum.* ¿Pero ignoraban esto los antiguos, o era que la costumbre les daba licencia? Y así el mismo poeta que con menos frecuencia hizo contracciones, dice

> patris mei meum factum pudet
> pro meorum factorum, et
> texitur, exitium examen rapit

: *patris mei meun factum pudet,*
en vez de *meorum factorum,*
y *exitium examen rapit*

pro exitiorum, non dicit liberum, ut plerique loquimur, cum cupidos liberum aut in liberum loco dicimus, sed ut isti volunt:

, en vez de *exitiorum:* no dice *liberum,* como casi todos decimos, sino como quieren estos:

> neque tuom umquam in gremium extollas liberorum ex te genus,

Neque tuum unquam in gremium extollas liberorum ex te genus.

et idem:

Y él mismo escribe:

namque Aesculapi liberorum.

namque aesculapi liberorum.

At ille alter in Chryse non solum:

Y aquel otro poeta en la tragedia *Chryse,* no sólo dice:

cives, antiqui amici maiorum meum,

Cives, antiqui, amici maiorum meum,

quod erat usitatum, sed durius etiam:

que era lo más usado, sino que añade todavía con mayor dureza:

consilium socii, augurium atque extum interpretes;

Consitium augurium atque exturm interpretes.

idemque pergit:

Y el mismo prosigue:

postquam prodigium horriferum, portentum pavos;

Postquam prodiqium orriferum, portentum pavos,

quae non sane sunt in omnibus neutris usitata. Nec enim dixerim tam libenter armum iudicium,—etsi est apud eundem:

lo cual no es muy usado en los neutros. Y no me atrevería yo a escribir: *armum judicium,*

nihilne ad te de iudicio armum accidit?

en vez de *armorum,* por más que lo diga el mismo poeta.

[156] quam centuriam fabrum et procum, ut censoriae tabulae loquuntur, audeo dicere, non fabrorum aut procorum; planeque duorum virorum iudicium aut trium virorum capitalium aut decem virorum stlitibus iudicandis dico numquam. Et quid dixit Accius?

Pero me atrevo a decir, como está en las tablas censorias, *fabrum, y procum,* en vez de *fabrorum y procorum.* Nunca digo *duorum virorum judicium,* o *trium virorum cavitalium,* o *decem virorum litibus judicandis.* Y eso que dijo Accio:

video sepulcra duo duorum corporum;

video sepulcra dua duorum corporum.

idemque

Y también:

mulier una duum virum.

mulier una duum virum.

Quid verum sit intellego; sed alias ita loquor ut concessum est, ut hoc [vel] pro deum dico vel pro deorum, alias ut necesse est, cum trium virum, non virorum, et sestertium nummum, non sestertiorum nummorum, quod in his consuetudo varia non est.

Sé cuál es la verdadera palabra, pero unas veces me valgo de la licencia, vg., al decir *proh deum,* en vez de *pro deorum*; otras veces me someto a la necesidad, vg., al decir *trium virum* y no *virorum; sextertium nummum,* y no *nummorum,* porque en esto no varía el uso.

XLVII. [157] Quid quod sic loqui, nosse, iudicasse vetant, novisse iubent et iudicavisse? Quasi vero nesciamus in hoc genere et plenum verbum recte dici et imminutum usitate. Itaque utrumque Terentius:

¿Por qué prohíben que se diga *nosse y judicasse* en vez de *novisse y judicavisse,* como si no supiéramos que está bien usada la palabra entera y también la contracción, y que las dos se encuentran en Terencio?

eho tu, cognatum tuom non noras? Post idem Stilponem inquam noveras. Sient plenum est, sint imminutum; licet utare utroque. Ergo ibidem: quae quam sint cara post carendo intellegunt, quamque attinendi magni dominatus sient. Nec vero reprehenderim scripsere alii rem

eho tu, cognatum tuom non noras? Y más adelante *Stilponem inquam noveras. Sient* es la palabra entera, *sint* la abreviada, y de las dos se puede usar indistintamente. Y no reprenderé a los que dicen *scripsere,* aunque me agrada más *scripserunt;* pero creo que algo debe concederse

et scripserunt esse verius sentio, sed consuetudini auribus indulgenti libenter obsequor. isdem campus habet

al deleite de los oidos.
El mismo campo tiene…[*]

inquit Ennius; et in templis: EIDEM PROBAVIT; at isdem erat verius, nec tamen eisdem ut opimius; male sonabat isdem: impetratum est a consuetudine ut peccare suavitatis causa liceret. Et posmeridianas quadrigas quam postmeridianas quadriiugas libentius dixerim et me hercule quam me hercules. Non scire quidem barbarum iam videtur, nescire dulcius. Ipsum meridiem cur non medidiem? Credo, quod erat insuavius. [158] Vna praepositio est abs, quae nunc tantum in accepti tabulis manet ac ne his quidem omnium, in reliquo sermone mutata est; nam amovit dicimus et abegit et abstulit, ut iam nescias a'ne verum sit an ab an abs. Quid si etiam abfugit turpe visum est et abfer noluerunt, aufugit et aufer maluerunt? Quae praepositio praeter haec duo verba nullo alio in verbo reperietur. Noti erant et navi et nari, quibus cum IN praeponi oporteret, dulcius visum est ignotos, ignavos, ignaros dicere quam ut veritas postulabat. Ex usu dicunt et e re publica, quod in altero vocalis excipiebat, in altero esset asperitas, nisi litteram sustulisses, ut exegit, edixit; refecit, rettulit, reddidit: adiuncti verbi prima littera praepositionem commutavit, ut subegit, summovit, sustulit.

así dijo Ennio, como: *in templis isdem,* en vez de *eisdem* o de *iisdem,* que hubiera sonado mal. La costumbre ha permitido incurrir en algún defecto gramatical por causa de elegancia. Yo diría mejor *pomeridianas quadrigas* que *postmeridianas,* y *mehercule* en lugar de *mehercules. Non scive,* parece palabra bárbara; *nescive* es más dulce. ¿Por qué se dice *meridiem* y no *medidiem?* Sin duda porque esto último era más duro. La preposibión *abs* sólo se conserva en ciertos documentos jurídicos, y se ha perdido en el resto del lenguaje.
Así decimos *amovit, abegit, abstulit,* sin que pueda determinarse muchas veces si es compuesto de *ab o* de *aps.* ¿Y por qué les pareció mal *abfugit y abfer,* y prefirieron decir *aubfugit y abfer,* la cual preposición sólo se encuentra en estas dos palabras? De la misma manera, en vez de anteponer la preposición *in* a las palabras *noti, navi y nari,* les pareció más dulce decir *ignoti, ignavi, ignari.* Se dice *ex uso* por evitar el encuentro de vocales, y se dice por el contrario *e republica* porque resultaría áspera la frase sino se suprimiese una letra. En *exegit, edixit, offecit, extulit, edidit,* se alteró la primera letra al añadirse una preposición, y resultó *subegit, summovit, sustulit.*

XLVIII. [159] Quid in verbis iunctis? Quam scite insipientem non insapientem, iniquum non inaequum, tricipitem non tricapitem, concisum non concaesum! Ex quo quidam pertisum etiam volunt, quod eadem consuetudo non probavit. Quid vero hoc elegantius, quod non fit natura, sed quodam instituto? Indoctus dicimus brevi prima littera, insatius producta, inhumanus brevi, infelix longa. Et, ne multis, quibus in verbis eae primae litterae sunt quae in sapiente atque felice, producte dicitur, in ceteris omnibus breviter; itemque composuit, consuevit, concrepuit, confecit. Consule veritatem: reprehendet; refer ad auris: probabunt. Quaere cur ita sit: dicent iuvare. Voluptati autem aurium morigerari debet oratio. [160] Quin ego ipse, cum scirem ita maiores locutos esse, ut nusquam nisi in vocali aspiratione uterentur,

¿Y qué diremos de las palabras juntas? ¿Por qué se dice *insipientem* y no *insapientem, iniquum* y no *inaequum, tricipitem* y no *tricapitem, concisum* y no *concaesum?* Algunos quieren que se diga también *pertisum,* pero el uso no lo aprueba. ¿Y qué cosa hay más elegante que lo que no se hace por casualidad, sino con cierto artificio, diciendo (vg.) *inclytus* e *inhumanus* con la primera sílaba breve, e *insanus,* e *infeliz* con la primera larga? En suma: se alarga la primera sílaba en aquellas palabras donde las primeras letras son las mismas que en *sapiente* y en *felice.* En todas las demás se pronuncia breve. Cuando se dice *composuit, consuevit, concrepuit, confecit,* aunque esto en realidad sea reprensible, el juicio de los oídos lo aprueba. ¿Por qué? preguntarás. Porque así les agrada, y porque al deleite de los oídos debe

[*] Annales 77 (Remains I, p. 52)

loquebar sic, ut pulcros, Cetegos, triumpos, Cartaginem dicerem; aliquando, idque sero, convicio aurium cum extorta mihi veritas esset, usum loquendi populo concessi, scientiam mihi reservavi. Orcivios tamen et Matones, Otones, Caepiones, sepulcra, coronas, lacrimas dicimus, quia per aurium iudicium licet. Burrum semper Ennius, numquam Pyrrhum; vi patefecerunt Bruges, non Phryges, ipsius antiqui declarant libri. Nec enim Graecam litteram adhibebant, nunc autem etiam duas, et cum Phrygum et Phrygibus dicendum esset, absurdum erat aut etiam in barbaris casibus Graecam litteram adhibere aut recto casu solum Graece loqui; tamen et Phryges, et Pyrrhum aurium causa dicimus. [161] Quin etiam, quod iam subrusticum videtur, olim autem politius, eorum verborum, quorum eaedem erant postremae duae litterae, quae sunt in optimus, postremam litteram detrahebant, nisi vocalis insequebatur. Ita non erat ea offensio in versibus quam nunc fugiunt poetae novi. Sic enim loquebamur: qui est omnibu' princeps non omnibus princeps, et: vita illa dignu' locoque non dignus. Quod si indocta consuetudo tam est artifex suavitatis, quid ab ipsa tandem arte et doctrina postulari putamus? [162] Haec dixi brevius quam si haec de re una disputarem—est enim locus hic late patens de natura usuque verborum—longius autem quam instituta ratio postulabat.

ajustarse el discurso.

Yo mismo, sabiendo que los antiguos apenas usaban de la aspiración, sino en las vocales, decía siempre *pulcros, Cetegos, Triunpos, Cartaginem*, y sólo más tarde, y por no ofender los oídos, consentí en hablar como el pueblo, reservándome yo la ciencia del bien hablar. Digo, no obstante, *Orcivios* y *Matones, Otones, Cepiones, Sepulcra, Coronas, Lacrymas*, porque los oídos lo consienten. Ennio y otros antiguos escriben siempre *Burro* y no *Pirro, Bruges* y no *Phryges.* Entonces no usaban ninguna letra griega; ahora usamos dos, aunque es absurdo el aplicar una letra griega a los casos de una lengua bárbara, o el introducir entera la palabra, tal como la usan los Griegos.

Ahora se tiene por rusticidad lo que en otra tiempo pasaba por elegancia, es decir, quitar la última letra no seguida de vocal en las palabras cuyas dos últimas letras son las mismas que en *Optumus.* Así se, evitaba en los versos un tropiezo, que no evitan los poetas modernos. Así decíamos: *qui est omnibu princeps,* en vez de *omnibus princeps. Vita illa dignu, locoque,* en vez de *dignus.* Si la *cosmtumbre* indocta produce tales elegancias, ¿qué no podrá esperarse del arte y de la doctrina?

Dije esto con más brevedad que si de esto sólo tratará (porque es materia larga la de la naturaleza y uso de las palabras): así y todo me he dilatado más de lo que a mi propósito convenía.

XLIX. Sed quia rerum verborumque iudicium in prudentia est, vocum autem et numerorum aures sunt iudices, et quod illa ad intellegentiam referuntur, haec ad voluptatem, in illis ratio invenit, in his sensus artem. Aut enim neglegenda fuit nobis voluntas aurium, quibus probari nitebamur, aut ars eius conciliandae reperienda. [163] Duae sunt igitur res quae permulceant auris, sonus et numerus. De numero mox, nunc de sono quaerimus. Verba, ut supra diximus, legenda sunt potissimum bene sonantia, sed ea non ut poetae exquisita ad sonum, sed sumpta de medio.

Pero así como el juicio de las palabras y de las cosas corresponde a la prudencia, así de las voces y de los números es el único juez el oído. Si lo uno ser refiere a la inteligencia, lo otro al deleite: de lo uno es árbitro la razón, de lo otro el sentido. Investiguemos, pues, el modo de producir este deleite.

Dos son las cosas que halagan los oídos: el sonido y el número. Del número hablaremos después; ahora del sonido. Han de elegirse palabras bien sonantes, pero no buscadas con exquisito esmero como los poetas, sino tomadas del habla común.

Qua pontus Helles, [supera Tmolum ac Tauricos: locorum splendidis nominibus inluminatus est versus, sed proximus inquinatus insuavissima littera: finis frugifera et efferta arva Asiae tenet.

Qua pontus Helles, supera Tmolum ac Taurinos es un verso brillante por sus espléndidos nombres de lugar, pero el verso que viene a continuación es un verso manchado por una desagradable letra: *finis frugifera et efferta arva*

[164] Qua re bonitate potius nostrorum verborum utamur quam splendore Graecorum, nisi forte sic loqui paenitet: qua tempestate Helenam Paris et quae sequuntur. Immo vero ista sequamur asperitatemque fugiamus: habeo istanc ego perterricrepam itemque: versutiloquas malitias.

Asiae tenet. Utilicemos, pues, nuestro buen vocabulario latino antes que las brillantes palabras griegas, si es que no nos da vergüenza decir: *qua tempestate Helenam Paris* y lo que sigue. ¡Que no nos dé vergüenza! Sigamos este modelo y evitemos la rudeza de *habeo istanc ego perterricrepam…*

Nec solum componentur verba ratione, sed etiam finientur, quoniam id iudicium esse alterum aurium diximus. Et finiuntur aut ipsa compositione et quasi sua sponte, aut quodam genere verborum, in quibus ipsis concinnitas inest; quae sive casus habent in exitu similis sive paribus paria redduntur sive opponuntur contraria, suapte natura numerosa sunt, etiam si nihil est factum de industria. [165] In huius concinnitatis consectatione Gorgiam fuisse principem accepimus; quo de genere illa nostra sunt in Miloniana: Est enim, iudices, haec non scripta, sed nata lex, quam non didicimus, accepimus, legimus, verum ex natura ipsa arripuimus, hausimus, expressimus, ad quam non docti, sed facti, non instituti, sed imbuti sumus. Haec enim talia sunt, ut, quia referuntur eo quo debent referri, intellegamus non quaesitum esse numerum, sed secutum. [166] Quod fit item in contrariis referendis, ut illa sunt quibus non modo numerosa oratio sed etiam versus efficitur: eam quam nihil accusas damnas condemnas dixisset qui versum effugere vellet—, bene quam meritam esse autumas [dicis] male merere? Id quod scis prodest nihil; id quod nescis obest? Versum efficit ipsa relatio contrariorum. Idem esset in oratione numerosum: Quod scis nihil prodest; quod nescis multum obest.

Y no sólo ha de atenderse a la composición de las palabras, sino también al modo de terminar los períodos, ya por la composición misma y como espontáneamente, ya por casos semejantes, ya por corresponderse palabras iguales o contrarias, todo lo cual produce una cláusula numerosa, aunque la armonía no se busque de propósito. En este género de elegancia dicen que fue el primero Gorgias. Al mismo género pertenece aquel pasaje de nuestra *Miloniana:* «Hay, oh jueces, una ley no escrita sino innata, que no hemos aprendido ni leído, sino tomado de la misma naturaleza, y en la cual no hemos sido educados, sino imbuidos.» Aquí parece que el número no se ha buscado, sino que se ha seguido. Lo mismo acontece con las antítesis, que no sólo hacen numerosa la oración, sino que a veces convierten la frase en verso, vg.: *eam, quam nihil accusas, damnas.* Para evitar el verso sería preciso decir *condemnas,* quien intentara no hacer un verso — *bene quam meritam esse autumas [dicis] male merere? Id quod scis prodest nihil; id quod nescis obest?* La propia colocación simétrica de los contrarios hace el verso. Eso mismo, en prosa, produciría ritmo: *Quod scis nihil prodest; quod nescis multum obest.*

L. Semper haec, quae Graeci antitheta nominant, cum contrariis opponuntur contraria, numerum oratorium necessitate ipsa efficiunt etiam sine industria. [167] Hoc genere antiqui iam ante Isocratem delectabantur et maxime Gorgias, cuius in oratione plerumque efficit numerum ipsa concinnitas. Nos etiam in hoc genere frequentes, ut illa sunt in quarto accusationis: Conferte hanc pacem cum illo bello, huius praetoris adventum cum illius imperatoris victoria, huius cohortem impuram cum illius exercitu invicto, huius libidines cum illius continentia: ab illo qui cepit conditas, ab hoc qui constitutas accepit captas dicetis

Ya antes de Isócrates se deleitaban mucho los Griegos en las antítesis, y especialmente Gorgias. Yo también las he usado con frecuencia, vg. en este pasaje de la cuarta acusación contra Verres: «Comparad esta paz con aquella guerra; la llegada de este pretor con la victoria de aquel general; la cohorte impura de éste con el ejército invicto de aquél; las liviandades del uno con la continencia del otro, y diréis, sin duda, que Siracusa fue fundada por el que la conquistó, y entrada a saco por el que la recibió ya conquistada!

Syracusas.

[168] Ergo et hi numeri sint cogniti et genus illud tertium explicetur quale sit, numerosae et aptae orationis. Quod qui non sentiunt, quas auris habeant aut quid in his hominis simile sit nescio. Meae quidem et perfecto completoque verborum ambitu gaudent et curta sentiunt nec amant redundantia. Quid dico meas? Contiones saepe exclamare vidi, cum apte verba cecidissent. Id enim exspectant aures, ut verbis conligetur sententia. "Non erat hoc apud antiquos." Et quidem nihil aliud fere non erat; nam et verba eligebant et sententias gravis et suavis reperiebant, sed eas aut vinciebant aut explebant parum. [169] "Hoc me ipsum delectat" inquiunt. Quid si antiquissima illa pictura paucorum colorum magis quam haec iam perfecta delectet, illa nobis sit credo repetenda, haec scilicet repudianda! Nominibus veterum gloriantur. Habet autem ut in aetatibus auctoritatem senectus, sic in exemplis antiquitas, quae quidem apud me ipsum valet plurimum. Nec ego id quod deest antiquitati flagito potius quam laudo quod est; praesertim cum [ea] maiora iudicem quae sunt quam illa quae desunt. Plus est enim in verbis et in sententiis boni, quibus illi excellunt, quam in conclusione sententiarum, quam non habent.

Tiempo es ya de explicar el tercer género de estilo armonioso; y en verdad que los que no le sienten no sé qué oídos tienen o qué hay en ellos de humano. Mis oídos se deleitan con la caída suave y redondeada de las palabras, y ni gustan de períodos cortos, ni de los demasiado redundantes. ¿Y qué digo de mí? Hasta el pueblo prorrumpe en gritos de entusiasmo cuando acaban rotundamente los períodos. No era así entre los antiguos, y quizá era esto sólo lo que les faltaba, porque sabían elegir palabras y sentencias graves y elegantes, pero no acertaban a enlazarlas ni a dar a la oración un corte armonioso.
Dirán algunos que esto mismo les deleita. ¿Y porque nos deleite aquella antiquísima pintura de pocos colores más que esta ya perfecta, hemos de volver a la antigua y rechazar la nueva? Así como los viejos tienen siempre autoridad, así hace fuerza en todo el ejemplo de los antiguos, y no dejo yo de estimarlo en mucho. Más bien que lamentarlo que les falta, alabo lo que tienen, sobre todo porque es de mayor importancia que aquello de que carecen. Más valor doy a las palabras y a las sentencias en que sobresalen, que a la conclusión de los períodos en que ellos no pararon mientes.

LI. Post inventa conclusio est, qua credo usuros veteres illos fuisse, si iam nota atque usurpata res esset; qua inventa omnis usos magnos oratores videmus. [170] Sed habet nomen invidiam, cum in oratione iudiciali et forensi numerus [Latine, Graece rhythmos] inesse dicitur. Nimis enim insidiarum ad capiendas auris adhiberi videtur, si etiam in dicendo numeri ab oratore quaeruntur. Hoc freti isti et ipsi infracta et amputata loquuntur et eos vituperant qui apta et finita pronuntiant; si inanibus verbis levibusque sententiis, iure; sin probae res, lecta verba, quid est cur claudere aut insistere orationem malint quam cum sententia pariter excurrere? Hic enim invidiosus numerus nihil adfert aliud nisi ut sit apte verbis comprehensa sententia; quod fit etiam ab antiquis, sed plerumque casu saepe natura; et quae valde laudantur apud illos, ea fere quia sunt conclusa laudantur. [171] Et apud Graecos quidem iam anni prope quadringenti sunt cum

Si entonces se hubiera conocido ese arte, no hubieran dejado de usarle aquellos antiguos, así como vemos que después lo han empleado todos los grandes oradores. Algunos tienen por sospechoso el buscar en una oración judicial y forense lo que los Latinos llaman número y los Griegos ritmo. Paréceles una añagaza para sorprender los oídos. Y llevados de esta idea, hablan de una manera cortada y seca, y reprenden a los que son cuidadosos de la armonía. Si ésta recae sobre vanas palabras y frívolas sentencias, tienen razón. Pero si los pensamientos son felices y las palabras están bien escogidas, ¿por qué prefieren ir cojeando o tropezando, más bien que deslizarse majestuosamente siguiendo el curso de las ideas? Ese ritmo que tanto censuran, sirve para amoldar bien el pensamiento a la palabra, lo cual hacían también los antiguos, pero casi siempre por casualidad o por disposición natural, y lo que en ellos se alaba más, es

hoc probatur; nos nuper agnovimus. Ergo Ennio licuit vetera contemnenti dicere:
versibus, quos olim Fauni vatesque canebant,
mihi de antiquis eodem modo non licebit? Praesertim cum dicturus non sim ante hunc, ut ille, nec quae sequuntur: Nos ausi reserare;— legi enim audivique non nullos, quorum prope modum absolute concluderetur oratio. Quod qui non possunt, non est eis satis non contemni, laudari etiam volunt. Ego autem illos ipsos laudo idque merito, quorum se isti imitatores esse dicunt, etsi in eis aliquid desidero, hos vero minime, qui nihil illorum nisi vitium sequuntur, cum a bonis absint longissime.

precisamente por estar bien concluido. Entre los Griegos tiene este arte cerca de cuatrocientos años de antigüedad: entre nosotros es muy moderno. Y si Ennio osó despreciar *los versos que antiguamente cantaban los faunos y profetas*, ¿por qué no nos ha de ser lícito hacer lo mismo con los antiguos oradores, aunque sin la arrogancia de exclamar como él: nos *ausi reservare?* He leído y oído, que son perfectos en este linaje de armonía. En cuanto a los que no consiguen tanto, básteles no ser despreciados, pero no pretendan alabanza. Yo alabo a los maestros de quienes ellos se dicen imitadores, por más que en los maestros mismos echo de menos algo. De los discípulos no hago ninguna cuenta, porque imitan sólo los vicios de sus modelos.

[172] Quod si auris tam inhumanas tamque agrestis habent, ne doctissimorum quidem virorum eos movebit auctoritas? Omitto Isocratem discipulosque eius Ephorum et Naucratem, quamquam orationis faciendae et ornandae auctores locupletissimi summi ipsi oratores esse debebant. Sed quis omnium doctior, quis acutior, quis in rebus vel inveniendis vel iudicandis acrior Aristotele fuit? Quis porro Isocrati est adversatus infensius? Is igitur versum in oratione vetat esse, numerum iubet. Eius auditor Theodectes in primis, ut Aristoteles saepe significat, politus scriptor atque artifex hoc idem et sentit et praecipit; Theophrastus vero eisdem de rebus etiam accuratius. Quis ergo istos ferat, qui hos auctores non probent? Nisi omnino haec esse ab eis praecepta nesciunt. [173] Quod si ita est— nec vero aliter existimo—quid, ipsi suis sensibus non moventur? Nihilne eis inane videtur, nihil inconditum, nihil curtum, nihil claudicans, nihil redundans? In versu quidem theatra tota exclamant, si fuit una syllaba aut brevior aut longior; nec vero multitudo pedes novit nec ullos numeros tenet nec illud quod offendit aut curat aut in quo offendit intellegit; et tamen omnium longitudinum et brevitatum in sonis sicut acutarum graviumque vocum iudicium ipsa natura in auribus nostris conlocavit.

Y ya que sus oídos son tan ásperos y rudos, ¿no les convence a lo menos la autoridad de tantos varones doctos? Omito a Isócrates y a sus discípulos Eforo y Naucrates, aunque deben ser tenidos por grandes oradores y por artífices consumados en la construcción y ornato del discurso. ¿Pero quién fue más docto que Aristóteles? ¿quién más agudo en la invención y en el juicio, ni quién más enemigo de Isócrates? Y sin embargo, prohibe que haya versos en la oración, pero manda que haya número. Lo mismo preceptúa su discípulo Teodectes, a quien el mismo Aristóteles cita muchas veces como escritor cultísimo. Esta misma es la opinión de Teofrasto. ¿Qué hemos de decir a los que desprecian a estos autores o ignoran que dieron tales preceptos? Y dado caso que sea así, ¿tan torpes son sus oídos que no distinguen lo malsonante, lo desaliñado, lo redundante o lo que claudica? Una sílaba larga o breve en un verso hace que los espectadores prorrumpan en gritos y exclamaciones, y eso que la muchedumbre no conoce los pies métricos, ni tiene idea del número, ni sabe por qué lo ofende lo que realmente le desagrada. Pero la naturaleza ha colocado en nuestros oídos el juez infalible de los sonidos largos y breves, de las voces agudas y graves.

LII. [174] Visne igitur, Brute, totum hunc locum accuratius etiam explicemus quam illi ipsi, qui et haec et alia nobis tradiderunt, an his contenti

¿Quieres que te explique, Bruto, esta materia con más extensión que me la enseñaron mis maestros? ¿Crees que podemos contentarnos

esse quae ab illis dicta sunt possumus? Sed quid quaero velisne, cum litteris tuis eruditissime scriptis te id vel maxime velle perspexerim? Primum ergo origo, deinde causa, post natura, tum ad extremum usus ipse explicetur orationis aptae atque numerosae.

Nam qui Isocratem maxime mirantur, hoc in eius summis laudibus ferunt, quod verbis solutis numeros primum adiunxerit. Cum enim videret oratores cum severitate audiri, poetas autem cum voluptate, tum dicitur numeros secutus, quibus etiam in oratione uteretur, cum iucunditatis causa tum ut varietas occurreret satietati. [175] Quod ab eis vere quadam ex parte, non totum dicitur. Nam neminem in eo genere scientius versatum Isocrate confitendum est, sed princeps inveniendi fuit Thrasymachus, cuius omnia nimis etiam exstant scripta numerose. Nam, ut paulo ante dixi, paria paribus adiuncta et similiter definita itemque contrariis relata contraria, quae sua sponte, etiam si id non agas, cadunt plerumque numerose, Gorgias primum invenit, sed eis est usus intemperatius. Id autem est genus, ut ante dictum est, ex tribus partibus conlocationis alterum. [176] Horum uterque Isocratem aetate praecurrit, ut eos ille moderatione, non inventione vicerit. Est enim, ut in transferendis faciendisque verbis tranquillior sic in ipsis numeris sedatior. Gorgias autem avidior est generis eius et his festivitatibus sic enim ipse censet—insolentius abutitur; quas Isocrates tamen, cum audivisset adulescens in Thessalia senem iam Gorgiam, moderatius temperavit. Quin etiam se ipse tantum quantum aetate procedebat—prope enim centum confecit annos—relaxabat a nimia necessitate numerorum, quod declarat in eo libro quem ad Philippum Macedonem scripsit, cum iam admodum esset senex; in quo dicit sese minus iam servire numeris quam solitus esset. Ita non modo superiores sed etiam se ipse correxerat.

LIII. [177] Quoniam igitur habemus aptae orationis eos principes auctoresque quos diximus et origo inventa est, causa quaeratur. Quae sic aperta est, ut mirer veteres non esse commotos, praesertim cum, ut fit, fortuito saepe aliquid concluse apteque dicerent. Quod cum animos hominum aurisque pepulisset, ut intellegi posset id quod casus effudisset

con lo que ellos dijeron? Inútil es preguntarte si quieres, cuando por tus eruditísimas cartas veo que lo deseas ardientemente. Explicaré primero el origen, después la causa, luego la naturaleza, y, finalmente, el uso del estilo elegante y numeroso.

Los que tanto alaban a Isócrates, cuentan por su principal mérito haber sido el primero en dar armonía a la prosa. Pues viendo que a los oradores se les escuchaba con severidad, y a los poetas con agrado, buscó cierto número oratorio para que la variedad reparase el cansancio. Tienen razón los que esto dicen, pero sólo hasta cierto punto, porque si hemos de confesar que nadie venció a Isócrates en este género, cierto es también que el primero en inventarle fue Trasímaco, como lo muestran sus obras armoniosamente escritas. Cierto que Gorgias había hecho ya grande uso de las similicadencias y de las antítesis, que por sí mismas suelen resultar numerosas aunque la armonía no se busque de propósito, pero también, lo es que Gorgias hizo uso inmoderado de ellas.
Uno y otro fueron anteriores a Isócrates, que los venció en la moderación, no en la invención. Así como tiene mejor gusto que ellos en las traslaciones y en la formación de palabras nuevas, así también en la armonía y en el número. Templó la intemperancia de Gorgias, aunque había recibido sus lecciones en Thesalia siendo todavía muy joven. Conforme fue entrando en años (llegó casi a los ciento) hízose menos supersticioso de la armonía, como él mismo declara en el libro que dirigió a Filipo de Macedonia. Así es que no sólo corrigió a los anteriores, sino que se corrigió a sí mismo.

Ya que sabemos cuáles fueron los inventores de este arte, y hemos averiguado su origen, resta indagar sus causas. Las cuales son tan claras, que me admiro de que los antiguos no reparasen en ellas, sobre todo cuando fortuitamente cerraban bien un período y podían juzgar, de la impresión que hacían en los oídos y en el ánimo de los hombres.

cecidisse iucunde, notandum certe genus atque ipsi sibi imitandi fuerunt. Ipsae enim aures vel animus aurium nuntio naturalem quandam in se continet vocum omnium mensionem. [178] Itaque et longiora et breviora iudicat et perfecta ac moderata semper exspectat; mutila sentit quaedam et quasi decurtata, quibus tamquam debito fraudetur offenditur, productiora alia et quasi immoderatius excurrentia, quae magis etiam aspernantur aures; quod cum in plerisque tum in hoc genere nimium quod est offendit vehementius quam id quod videtur parum. Vt igitur poeticae versus inventus est terminatione aurium, observatione prudentium, sic in oratione animadversum est, multo illud quidem serius, sed eadem natura admonente, esse quosdam certos cursus conclusionesque verborum.

Porque los oídos, o el alma por medio de los oídos, contiene en sí cierta medida natural de todas las voces, y juzga de lo que es demasiado largo o demasiado breve, y se complace en lo perfecto y moderado, y tropieza en las frases cortas y mutiladas, como si se le defraudase de lo que se le debe, y reprueba así mismo, los períodos demasiado largos y de inmoderada extensión, pues en este género ofende más lo redundante que lo escaso, y así como la poética y los versos se inventaron siguiendo el juicio del oído y la observación de los varones prudentes, así mostró también la experiencia que hay en la prosa cierto ritmo, aunque más libre y vago.

[179] Quoniam igitur causam quoque ostendimus, naturam nunc—id enim erat tertium—si placet explicemus; quae disputatio non huius instituti sermonis est, sed artis intimae. Quaeri enim potest, qui sit orationis numerus et ubi sit positus et natus ex quo, et is unusne sit an duo an plures quaque ratione componatur et ad quam rem et quando et quo loco et quem ad modum adhibitus aliquid voluptatis adferat. [180] Sed ut in plerisque rebus sic in hac duplex est considerandi via quarum altera est longior, brevior altera, eadem etiam planior.

Ya que hemos explicado la causa del número, mostremos ahora su naturaleza, aunque esta cuestión no pertenece a nuestro objeto, sino a lo más íntimo del arte. Puede preguntarse cuál es el número de la oración, y en qué consiste, y de qué nace, y si es uno o dos o más, y cuándo se adquiere, y cómo ha de aplicarse, y en qué se funda el deleite que produce. Pero en esta materia, como en casi todas, pueden seguirse dos caminos: uno más largo, otro más breve y claro.

LIV. Est autem longioris prima illa quaestio sitne omnino ulla numerosa oratio; quibusdam enim non videtur, quia nihil insit in ea certi ut in versibus, et quod ipsi, qui adfirment esse eos numeros, rationem cur sint non queant reddere. Deinde, si sit numerus in oratione, qualis sit aut quales, et e poeticisne numeris an ex alio genere quodam et, si e poeticis, quis eorum sit aut qui; namque aliis unus modo aliis plures aliis omnes idem videntur. Deinde, quicumque sunt sive unus sive plures, communesne sint omni generi orationis—quoniam aliud genus est narrandi aliud persuadendi aliud docendi an dispares numeri cuique orationis generi accommodentur; si communes, qui sint; si dispares, quid intersit, et cur non aeque in oratione atque in versu numerus appareat. [181] Deinde, quod dicitur in oratione numerosum, id utrum numero solum efficiatur, an etiam vel compositione quadam

La primera cuestión que se presenta es si realmente hay armonía en el discurso. A algunos les parece que no, porque no tiene una ley fija como en los versos, y eso que los que tal afirman no saben dar la razón íntima del número poético. Admitido que le haya también en la prosa, resta saber si es uno o muchos, y si es del mismo género que los poéticos y a cuál de ellos se parece. Hay quien sostiene que el número ora- torio es uno solo, otros dicen que son muchos, algunos defienden que todas las armonías poéticas caben en la prosa. Luego falta averiguar si son comunes a todo el discurso o si los hay diversos para la narración, para la persuasión y para la enseñanza, y dado que sean diversos, en qué se diferencian, y por qué la armonía no se siente tanto en la prosa como en el verso, y si esta armonía depende sólo del número o también de la composición y

vel genere verborum; an sit suum cuiusque, ut numerus intervallis, compositio vocibus, genus ipsum verborum quasi quadam forma et lumine orationis appareat, sitque omnium fons compositio ex eaque et numerus efficiatur et ea quae dicuntur orationis quasi formae et lumina, quae, ut dixi, Graeci vocant schemata. [182] At non est unum nec idem quod voce iucundum est et quod moderatione absolutum et quod inluminatum genere verborum; quamquam id quidem finitimum est numero, quia per se plerumque perfectum est; compositio autem ab utroque differt, quae tota servit gravitati vocum aut suavitati. Haec igitur fere sunt in quibus rei natura quaerenda sit.

elección de las palabras, o si son cosas distintas, de suerte que el número consista en intervalos, y la elección de las palabras sea como la forma y luz del discurso, y la composición como la fuente de la cual procede el número y todos los priores y excelencias oratorias, que los Griegos llaman *schemas.* Todas estas cosas tienen relación con el número, pero este existe por sí, y la composición difiere de él en que atiende sólo a la gravedad y elegancia de las palabras. Esto es lo que puede preguntarse sobre la naturaleza de la cosa.

LV. [183] Esse ergo in oratione numerum quendam non est difficile cognoscere. Iudicat enim sensus; in quo est iniquum quod accidit non agnoscere, si cur id accidat reperire nequeamus. Neque enim ipse versus ratione est cognitus, sed natura atque sensu, quem dimensa ratio docuit quid accideret. Ita notatio naturae et animadversio peperit artem. Sed in versibus res est apertior, quamquam etiam a modis quibusdam cantu remoto soluta esse videtur oratio maximeque id in optimo quoque eorum poetarum qui lyricoi a Graecis nominantur, quos cum cantu spoliaveris, nuda paene remanet oratio. [184] Quorum similia sunt quaedam etiam apud nostros, velut illa in Thyeste: quemnam te esse dicam? Qui tarda in senecta
et quae sequuntur; quae, nisi cum tibicen accessit, orationis sunt solutae simillima. At comicorum senarii propter similitudinem sermonis sic saepe sunt abiecti, ut non numquam vix in eis numerus et versus intellegi possit. Quo est ad inveniendum difficilior in oratione numerus quam in versibus. [185] Omnino duo sunt quae condiant orationem, verborum numerorumque iucunditas. In verbis inest quasi materia quaedam, in numero autem expolitio. Sed ut ceteris in rebus necessitatis inventa antiquiora sunt quam voluptatis. [186] [Itaque et Herodotus et eadem superiorque aetas numero caruit nisi quando temere ac fortuito, et scriptores perveteres de numero nihil omnino, de oratione praecepta multa nobis reliquerunt.] —Nam quod et facilius est et magis necessarium, id semper ante cognoscitur

Que hay en la prosa cierta armonía, no es difícil conocerlo. Lo mismo acontece en los versos, los cuales tienen cierta natural armonía, de cuya observación procedió el arte. Esta armonía es más clara que en la prosa, aunque a veces depende del canto, sobre todo en el mejor de los poetas líricos griegos, cuyos versos, separados de la música, parecen pura prosa. Lo mismo acontece con algunos de los nuestros, vg., este verso del *Tyestes*. *Quemnam te esse dicam? qui tarda in senectute,*lo cual, si prescindimos del acompañamiento de la flauta, es prosa pura. También los versos senarios de los poetas cómicos, por su semejanza con el lenguaje de su conversación, son tan rastreros que a veces no es fácil distinguir en ellos la medida ni el ritmo.
De dos partes se compone el discurso. Las palabras son como la materia, el número como la forma. En todas las cosas la necesidad fue antes que el deleite: por eso, muchos siglos antes que se pensara en la armonía ni en el deleite de los sentidos, existió una oratoria ruda y seca, pero bastante para expresar los afectos y las ideas. Todavía Herodoto y su tiempo carecieron de esta armonía, o no la alcanzaron sino por casualidad, y los escritores más antiguos nada dijeron del número, entre tantos preceptos como nos dejaron sobre el discurso. Porque lo más fácil y lo más necesario es siempre lo que se conoce primero.

LVI. ita translata aut facta aut coniuncta verba

Las traslaciones, la formación y la composición

facile sunt cognita, quia sumebantur e consuetudine cotidianoque sermone. Numerus autem non domo depromebatur neque habebat aliquam necessitudinem aut cognationem cum oratione. Itaque serius aliquanto notatus et cognitus quasi quandam palaestram et extrema liniamenta orationi attulit. [187] Quod si et angusta quaedam atque concisa et alia est dilatata et fusa oratio, necesse est id non litterarum accidere natura, sed intervallorum longorum et brevium varietate; quibus implicata atque permixta oratio quoniam tum stabilis est tum volubilis, necesse est eius modi vi naturam numeri contineri. Nam circuitus ille, quem saepe iam diximus, incitatior numero ipso fertur et labitur, quoad perveniat ad finem et insistat. Perspicuum est igitur numeris astrictam orationem esse debere, carere versibus.

de palabras fueron conocidas y estudiadas pronto, porque se tomaban del lenguaje familiar y cotidiano. No así el número, y por ese fue conocido más tarde, y vino a dar la última perfección y las últimas líneas al discurso. Si hay frases estrechas y concisas y otras amplias y difusas, depende esto, no de la naturaleza de las letras, sino de la variedad de pausas largas y breves que tejen la trama del discurso. La armonía misma hace correr, y deslizarse el período hasta llegar al fin y reposar en él. Es claro, por tanto, que la prosa ha de estar sujeta a cierto número, pero no ha de tener versos.

[188] Sed hi numeri poeticine sint an ex alio genere quodam deinceps est videndum. Nullus est igitur numerus extra poeticos, propterea quod definita sunt genera numerorum. Nam omnis talis est, ut unus sit e tribus. Pes enim, qui adhibetur ad numeros, partitur in tria, ut necesse sit partem pedis aut aequalem esse alteri parti aut altero tanto aut sesqui esse maiorem. Ita fit aequalis dactylus, duplex iambus, sesquiplex paean; qui pedes in orationem non cadere qui possunt? Quibus ordine locatis quod efficitur numerosum sit necesse est. [189] Sed quaeritur quo numero aut quibus potissimum sit utendum. Incidere vero omnis in orationem etiam ex hoc intellegi potest, quod versus saepe in oratione per imprudentiam dicimus. Est id vehementer vitiosum, sed non attendimus neque exaudimus nosmet ipsos; senarios vero et Hipponacteos effugere vix possumus; magnam enim partem ex iambis nostra constat oratio. Sed tamen eos versus facile agnoscit auditor; sunt enim usitatissimi; inculcamus autem per imprudentiam saepe etiam minus usitatos, sed tamen versus: vitiosum genus et longa animi provisione fugiendum. [190] Elegit ex multis Isocrati libris triginta fortasse versus Hieronymus Peripateticus in primis nobilis, plerosque senarios, sed etiam anapaestos; quo quid potest esse turpius? Etsi in legendo fecit malitiose; prima enim syllaba dempta ex primo verbo sententiae postremum ad verbum primam rursus syllabam adiunxit insequentis sententiae;

Se pregunta si estos números son del mismo género que los poéticos, o si son distintos. No hay más números que los poéticos y no pueden pasar de tres. Porque es necesario que una parte del pié sea igual a la otra, o doble que la otra, o vez y media mayor que la otra. *Igual* es el dáctilo, *doble el* yambo, *vez y media* mayor el peon. Estos pies han de entrar forzosamente en el discurso, y oportunamente colocados tienen que hacerle armonioso. Se pregunta cuál de estos pies ha de usarse con preferencia. La prueba de que todos ellos pueden entrar es que a veces por descuido hacemos versos en la prosa, lo cual es grave defecto, nacido de no atendernos ni oírnos nosotros mismos. Debemos evitar los versos *senarios* y los *hiponacteos.* En gran parte el discurso consta de yambos, pero estos versos los conoce fácilmente el auditorio, porque son de los más usados. A veces por imprudencia tropezamos en otros menos conocidos, pero que al fin son versos: grave defecto que debemos evitar con todo cuidado. En todos los libros de Isócrates sólo pudo encontrar el ilustre peripatético Jerónimo treinta versos, casi todos senarios y algunos anapestos (lo cual suena pésimamente), aunque es cierto que en la elección procedió con malicia, porque quitando la primera sílaba de la primera palabra de la sentencia, unió a la última palabra la primera sílaba de la siguiente. Así resultó el anapesto que llaman aristofánico, el cual ni es fácil ni tampoco

ita factus est anapaestus is qui Aristophaneus nominatur; quod ne accidat observari nec potest nec necesse est. Sed tamen hic corrector in eo ipso loco quo reprehendit, ut a me animum adversum est studiose inquirente in eum, immittit imprudens ipse senarium. Sit igitur hoc cognitum in solutis etiam verbis inesse numeros eosdemque esse oratorios qui sint poetici.

necesario evitar. Por cierto que al mismo corrector, en el mismo lugar en que reprende a Isócrates, se le escapa un verso senario. Quede, pues, establecido que en la prosa hay número, y que los ritmos oratorios son los mismos que los poéticos.

LVII. [191] Sequitur ergo ut qui maxime cadant in orationem aptam numeri videndum sit. Sunt enim qui iambicum putent, quod sit orationis simillimus, qua de causa fieri ut is potissimum propter similitudinem veritatis adhibeatur in fabulis, quod ille dactylicus numerus hexametrorum magniloquentiae sit accommodatior. Ephorus autem, levis ipse orator et profectus ex optima disciplina, paeana sequitur aut dactylum, fugit autem spondeum et trochaeum. Quod enim paean habebat tris brevis, dactylus autem duas, brevitate et celeritate syllabarum labi putat verba proclivius contraque accidere in spondeo et trochaeo; quorum quod alter e longis constet alter e brevibus, fieri alteram nimis incitatam alteram nimis tardam orationem, neutram temperatam. [192] Sed et illi priores errant et Ephorus in culpa est. Nam et qui paeana praetereunt, non vident mollissimum a sese numerum eundemque amplissimum praeteriri. Quod longe Aristoteli videtur secus, qui iudicat heroum numerum grandiorem quam desideret soluta oratio, iambum autem nimis e vulgari esse sermone. Ita neque humilem et abiectam orationem nec nimis altam et exaggeratam probat, plenam tamen eam vult esse gravitatis, ut eos qui audient ad maiorem admirationem possit traducere. [193] Trochaeum autem, qui est eodem spatio quo choreus, cordacem appellat, quia contractio et brevitas dignitatem non habeat. Ita paeana probat eoque ait uti omnis, sed ipsos non sentire cum utantur; esse autem tertium ac medium inter illos, et ita factos eos pedes esse, ut in eis singulis modus insit aut sesquiplex aut duplex aut par. Itaque illi de quibus ante dixi tantum modo commoditatis habuerunt rationem, nullam dignitatis. [194] Iambus enim et dactylus in versum cadunt maxime; itaque ut versum fugimus in oratione, sic hi sunt evitandi continuati pedes; aliud enim quiddam est oratio nec quicquam inimicius

Resta averiguar qué ritmo es el que conviene mejor al discurso. Algunos creen que el yámbico, que es el más semejante a la prosa, por lo cual se le usa en las comedias para mejor imitación de la verdad, al paso que el ritmo dactílico se acomoda mejor a la grande elocuencia de los exámetros. Eforo, orador mediano pero de muy buena escuela, prefiere el peon o el dáctilo, huye del espondeo y del troqueo. Porque como el peon tiene tres sílabas breves y el dáctilo dos, parece que las palabras se deslizan más suave y libremente, al revés de lo que sucede en el espondeo y en el troqueo, pues constando el uno de largas y el otro de breves, hace el primero demasiado tardo el discurso, y el segundo excesivamente acelerado. A mi juicio, los que sostienen la primera opinión se equivocan, y tampoco Eforo acierta. Porque los que prescinden del peon no ven que renuncian a una armonía dulce y llena. Muy de otra manera le parece a Aristóteles, que juzga el ritmo heroico demasiado altisonante para la prosa, y el yambo demasiado vulgar. En su concepto, el discurso ni ha de ser humilde y rastrero ni demasiado alto y pomposo, sino lleno de gravedad, de suerte que mueva a admiración el ánimo de los que oyen. Parece que el coreo o troqueo carece de dignidad por lo muy breve y acelerado. Por eso aprueba el peon y dice que de él usan todos sin conocerlo. Los primeros de quienes hablé, atendieron sólo a la comodidad y no a la dignidad del estilo. Por lo mismo que el yambo y el dáctilo son tan frecuentes en verso, deben evitarse en la prosa: nada hay más enemigo de la prosa que los versos. El peón es poco a propósito para los versos, y por eso entra bien en la prosa.

quam illa versibus; paean autem minime est aptus ad versum, quo libentius eum recepit oratio. Ephorus vero ne spondeum quidem, quem fugit, intellegit esse aequalem dactylo, quem probat. Syllabis enim metiendos pedes, non intervallis existimat; quod idem facit in trochaeo, qui temporibus et intervallis est par iambo, sed eo vitiosus in oratione, si ponatur extremus, quod verba melius in syllabas longiores cadunt. Atque haec, quae sunt apud Aristotelem, eadem a Theophrasto Theodecteque de paeane dicuntur. [195] Ego autem sentio omnis in oratione esse quasi permixtos et confusos pedes, nec enim effugere possemus animadversionem, si semper isdem uteremur, quia nec numerosa esse, ut poema, neque extra numerum, ut sermo vulgi, esse debet oratio—alterum nimis est vinctum, ut de industria factum appareat, alterum nimis dissolutum, ut pervagatum ac vulgare videatur; ut ab altero non delectere, alterum oderis—; [196] sit igitur, ut supra dixi, permixta et temperata numeris nec dissoluta nec tota numerosa, paeane maxime, quoniam optimus auctor ita censet, sed reliquis etiam numeris, quos ille praeterit, temperata.

Eforo ni aun llegó a entender que el espondeo, del que huye, es igual al dáctilo, que tanto le agrada. Creyó que los pies se medían por sílabas y no por intervalos, y lo mismo hace con el troqueo, que en tiempos y en pausas es igual al yambo, pero más vicioso que él si se pone al fin del período, porque los períodos acaban mejor en sílabas largas. Esto que Aristóteles dice del peon lo repiten Teofrasto y Teodectes.

Por mi parte, creo que en la prosa están confundidos y mezclados todos los pies, y que es censurable el usar siempre los mismos, pues el discurso no debe ser numeroso como un poema, ni carecer tampoco de número como el lenguaje del vulgo. Lo uno parecería hecho de intento, lo otro desaliñado y trivial; lo primero no agradaría, y lo segundo causaría tedio. Guárdese, pues, un justo medio, sin excluir ningún ritmo, ni menos el peón, ya que tanto le recomienda el mejor autor de estas cosas.

LVIII. Quos autem numeros cum quibus tamquam purpuram misceri oporteat nunc dicendum est atque etiam quibus orationis generibus sint quique accommodatissimi. Iambus enim frequentissimus est in eis quae demisso atque humili sermone dicuntur; [197] paean autem in amplioribus, in utroque dactylus. Itaque in varia et perpetua oratione hi sunt inter se miscendi et temperandi. Sic minime animadvertetur delectationis aucupium et quadrandae orationis industria; quae latebit eo magis, si et verborum et sententiarum ponderibus utemur. Nam qui audiunt haec duo animadvertunt et iucunda sibi censent, verba dico, et sententias, eaque dum animis attentis admirantes excipiunt, fugit eos et praetervolat numerus; qui tamen si abesset, illa ipsa delectarent minus. [198] Nec vero is cursus est numerorum—orationis dico, nam est longe aliter in versibus—, nihil ut fiat extra modum; nam id quidem esset poema; sed omnis nec claudicans nec quasi fluctuans sed aequabiliter constanterque ingrediens numerosa habetur oratio. Atque id in dicendo numerosum putatur,

Ahora debo explicar cómo han de unirse entre sí estos ritmos, para que resulte como un tejido de púrpura el discurso, y qué género de oraciones es más acomodado a cada uno de ellos. El yambo es muy frecuente en los oradores de estilo humilde y trivial, y el peon en los más elevados. Unos y otros usan con frecuencia el dáctilo. Conviene interpolarlos y mezclarlos todos en la oración, para que no aparezca demasiado claro el nimio estudio en buscar el placer de los oídos, con detrimento de las palabras y de las sentencias. En éstas se fijan principalmente los que oyen, y ocupada su atención en ellas, pasa inadvertido el número y armonía. No ha de pecarse de exceso en cuanto a la armonía de la prosa. Al fin y al cabo no es un poema. Basta para que un discurso sea armonioso que no claudique en parte alguna, ni ande como fluctuando, sino que proceda con igualdad y constancia. La armonía de la prosa no estriba en que toda se componga de números. En los versos hay una ley fija e invariable, que necesariamente ha de seguirse. En la prosa basta que no sea redundante, ni

non quod totum constat e numeris, sed quod ad numeros proxime accedit; quo etiam difficilius est oratione uti quam versibus, quod in illis certa quaedam et definita lex est, quam sequi sit necesse; in dicendo autem nihil est propositum, nisi ut ne immoderata aut angusta aut dissoluta aut fluens sit oratio. Itaque non sunt in ea tamquam tibicini percussionum modi, sed universa comprehensio et species orationis clausa et terminata est, quod voluptate aurium iudicatur.

desaliñadamente suelta, ni pobre y encogida. No son los golpes fuertes de la música los que rigen esta armonía, sino el placer del oído que aprecia sólo la disposición general y el modo de cerrar y redondear las cláusulas.

LIX. [199] Solet autem quaeri totone in ambitu verborum numeri tenendi sint an in primis partibus atque in extremis; plerique enim censent cadere tantum numerose oportere terminarique sententiam. Est autem, ut id maxime deceat? non ut solum; ponendus est enim ille ambitus, non abiciendus. Qua re cum aures extremum semper exspectent in eoque acquiescant, id vacare numero non oportet, sed ad hunc exitum iam a principio ferri debet verborum illa comprehensio et tota a capite ita fluere, ut ad extremum veniens ipsa consistat.

Suele preguntarse si en toda la cláusula caben los pies métricos, o sólo en la primera parte y en la última. Muchos opinan que hasta que el período termine rotundamente. Bueno es esto, pero no basta. Los oídos esperan siempre el final, y en él descansan; pero desde el principio debe reinar la armonía, difundiéndose desde la cabeza hasta las extremidades.

[200] Id autem bona disciplina exercitatis, qui et multa scripserint et quaecumque etiam sine scripto dicent similia scriptorum effecerint, non erit difficillimum. Ante enim circumscribitur mente sententia confestimque verba concurrunt, quae mens eadem, qua nihil est celerius, statim dimittit, ut suo quodque loco respondeant; quorum discriptus ordo alias alia terminatione concluditur. Atque omnia illa et prima et media verba spectare debent ad ultimum. [201] Interdum enim cursus est in oratione incitatior, interdum moderata ingressio, ut iam a principio videndum sit quem ad modum velis venire ad extremum. Nec in numeris magis quam in reliquis ornamentis orationis, eadem cum faciamus quae poetae, effugimus tamen in oratione poematis similitudinem. Est enim in utroque et materia et tractatio: materia in verbis, tractatio in conlocatione verborum.

A los que hayan hecho buenos estudios, ejercitándose mucho en escribir, o hablando con el mismo esmero que si escribieran, no les será esto muy difícil. Medítese bien lo que se ya a decir, y pronto se ocurrirán las palabras: el sentimiento, cuya rapidez es portentosa, pondrá cada una en su lugar, y hallará un final armonioso, haciendo que desde la primera palabra hasta la última concurran todas a esta general armonía. Unas veces es más rápido, otras más sosegado el curso de la oración, pero desde el comienzo de la cláusula ha de pensarse en el fin. En esto como en los demás primores de estilo, es grande la semejanza de la oratoria y de la poesía. Una y otra tienen materia y forma: materia que son las palabras; forma que es el modo de colocarlas.

LX. Ternae autem sunt utriusque partes: verborum translatum, novum, priscum .- nam de propriis nihil hoc loco dicimus—; conlocationis autem eae quas diximus, compositio, concinnitas, numerus. [202] Sed in utroque frequentiores sunt et liberiores poetae; nam et transferunt verba cum crebrius tum etiam audacius et priscis libentius utuntur et liberius

Y tanto la materia como el tratamiento de la misma tienen, cada uno de ellos, tres considerandos: las palabras (prescindo ahora de las propias) pueden ser traslaticias, nuevas o anticuadas. De todas ellas usan con más frecuencia y libertad los poetas; efectivamente recurren a las metáforas con más frecuencia y más audacia, y utilizan los arcaísmos con más

novis. Quod idem fit in numeris, in quibus quasi necessitati parere coguntur. Sed tamen haec nec nimis esse diversa eque nullo modo coniuncta intellegi licet. Ita fit ut non item in oratione ut in versu numerus exstet idque quod numerosum in oratione dicitur non semper numero fiat, sed non numquam aut concinnitate aut constructione verborum. [203] Ita si numerus orationis quaeritur qui sit, omnis est, sed alius alio melior atque aptior; si locus, in omni parte verborum; si unde ortus sit, ex aurium voluptate; si componendorum ratio, dicetur alio loco, quia pertinet ad usum, quae pars quarta et extrema nobis in dividendo fuit; si ad quam rem adhibeatur, ad delectationem; si quando, semper; si quo loco, in tota continuatione verborum; si quae res efficiat voluptatem, eadem quae in versibus, quorum modum notat ars, sed aures ipsae tacito eum sensu sine arte definiunt.

gusto, y los neologismos con más libertad.
Lo mismo sucede con el ritmo, si bien puede decirse que en él les obliga la necesidad. La armonía de la prosa no es la misma, aunque tampoco enteramente distinta. A veces no depende del número, sino de la construcción de las palabras. Si se pregunta cuál es el número que conviene a la prosa, debe responderse que todos, aunque unos son más a propósito que otros. ¿Cuál es su lugar? en cualquiera parte del discurso. ¿Cuál es su razón? el placer de los oídos. ¿Cuándo ha de usarse? siempre. ¿Cuál es la causa del agrado que producen? la misma que en los versos: el oído sólo puede, aun sin arte, discernirlos y gustar de ellos.

LXI. [204] Satis multa de natura; sequitur usus, de quo est accuratius disputandum. In quo quaesitum est in totone circuitu illo orationis, quem Graeci periodon, nos tum ambitum, tum circuitum, tum comprehensionem aut continuationem aut circumscriptionem dicimus, an in principiis solum an in extremis an in utraque parte numerus tenendus sit; deinde cum aliud videatur esse numerus aliud numerosum, quid intersit. [205] Tum autem in omnibusne numeris aequaliter particulas deceat incidere an facere alias breviores alias longiores, idque quando aut cur; quibusque partibus, pluribusne an singulis, imparibus an aequalibus, et quando aut istis aut illis sit utendum; quaeque inter se aptissime conlocentur et quo modo, an omnino nulla sit in eo genere distinctio; quodque ad rem maxime pertinet, qua ratione numerosa fiat oratio. [206] Explicandum etiam est unde orta sit forma verborum dicendumque quantos circuitus facere deceat deque eorum particulis et tamquam incisionibus disserendum est quaerendumque utrum una species et longitudo sit earum anne plures et, si plures, quo loco aut quando quoque genere uti oporteat. Postremo totius generis utilitas explicanda est, quae quidem patet latius; non ad unam enim rem aliquam, sed ad pluris accommodatur.

Esto baste acerca de su naturaleza: tratemos ahora del uso. Se pregunta si pueden usarse en todo el curso de la oración que los Griegos llaman *período*, y nosotros *circuito, comprension, continuacion* o *circuncripcion*, o si han de ponerse sólo al principio, o al fin, o en una y otra parte. Se pregunta después qué diferencia hay entre la esencia del número, y el ser alguna cláusula numerosa. Luego resta averiguar si en todos los ritmos han de ser las partes de igual extensión, o unas más largas, otras más breves, y cuándo y por qué, y si estas partes han de ser iguales o desiguales, y cómo han de colocarse entre sí. Y se ha de disputar de las partes y divisiones de la cláusula.
También hay que explicar de dónde surge la disposición formal de las palabras, y decir qué longitud deben tener los períodos, y hablar de sus partes o casi cortes, e investigar si esos cortes son de una sola clase y longitud o si son de muchas y, si son de muchas, en qué lugar y cuándo se debe recurrir a cada tipo. Finalmente se debe explicar la utilidad de todo el procedimiento, explicación que va muy lejos, ya que el procedimiento no tiene un solo objeto sino muchos.

[207] Ac licet non ad singula respondentem de universo genere sic dicere, ut etiam singulis

Contestaré en general, pero de modo que fácilmente pueda deducirse cada respuesta

satis responsum esse videatur. Remotis igitur reliquis generibus unum selegimus hoc, quod in causis foroque versatur, de quo diceremus. Ergo in aliis, id est in historia et in eo quod appellamus epideiktikon placet omnia dici Isocrateo Theopompeoque more illa circumscriptione ambituque, ut tamquam in orbe inclusa currat oratio, quoad insistat in singulis perfectis absolutisque sententiis. [208] Itaque postea quam est nata haec vel circumscriptio vel comprehensio vel continuatio vel ambitus, si ita licet dicere, nemo, qui aliquo esset in numero, scripsit orationem generis eius quod esset ad delectationem comparatum remotumque a iudiciis forensique certamine, quin redigeret omnis fere in quadrum numerumque sententias. Nam cum is est auditor qui non vereatur ne compositae orationis insidiis sua fides attemptetur, gratiam quoque habet oratori voluptati aurium servienti.

particular. Prescindiendo de los demás géneros, me fijaré sólo en el judicial y forense. En los demás, es decir, en la historia, y en lo que llamara género *epidíctico,* puede hablarse o escribirse siempre a la manera de Iócrates y Teopompo, en períodos largos semejantes a un círculo completo, y reservando para lo último las más notables sentencias. Desde que prevaleció esta manera de formar las cláusulas, nadie de los que escribieron oraciones amenas y destinadas a la lectura, y no a la controversia forense, dejó de reducir a número y cuadro sus sentencias. Como el lector de este género de discursos no recela engaño, perdona de buen grado al orador el que halague, aun con exceso, sus oídos.

LXII. [209] Genus autem hoc orationis neque totum adsumendum est ad causas forensis neque omnino repudiandum, si enim semper utare, cum satietatem adfert tum quale sit etiam ab imperitis agnoscitur; detrahit praeterea actionis dolorem, aufert humanum sensum auditoris, tollit funditus veritatem et fidem. Sed quoniam adhibenda non numquam est, primum videndum est quo loco, deinde quam diu retinenda sit, tum quot modis commutanda. [210] Adhibenda est igitur numerosa oratio, si aut laudandum est aliquid ornatius, ut nos in accusationis secundo de Siciliae laude diximus, ut in senatu de consulatu meo, aut exponenda narratio, quae plus dignitatis desiderat quam doloris, ut in quarto accusationis de Hennensi Cerere, de Segestana Diana, de Syracusarum situ diximus. Saepe etiam in amplificanda re concessu omnium funditur numerose et volubiliter oratio. Id nos fortasse non perfecimus, conati quidem saepissime sumus; quod plurimis locis perorationes nostrae voluisse nos atque animo contendisse declarant. Id autem tum valet cum is qui audit ab oratore iam obsessus est ac tenetur. Non enim id agit ut insidietur et observet, sed iam favet processumque vult dicendique vim admirans non anquirit quid reprehendat. [211] Haec autem forma retinenda non diu est, nec dico in peroratione, quam ipsam includit, sed in orationis reliquis partibus. Nam

Semejante estilo, ni es el mejor para las causas forenses, ni tampoco debe excluirse del todo. Si se usa a menudo, no sólo engendra hastío, sino que hasta el más ignorante conoce el artificio. Quitan tales afectaciones verdad humana a la expresión de los afectos. Pero como alguna vez, aunque rara, pueden emplearse, conviene examinar cuándo y de qué manera, y en cuántos modos. Cabe el estilo numeroso en los elogios, gr.: en el que yo hice de Sicilia en la segunda acusación contra Verres, o cuando hablé de mi consulado ante los senadores. Cabe también en las narraciones, cuando éstas han de tener más dignidad que dolor: por ejemplo, lo que en la oración cuarta contra Verres dije de la Céres de Enna, de la Diana de Segesto, y de la situación de Siracusa. Es tolerable asimismo en la amplificación, y todo el mundo lo concede. Yo quizá no lo he conseguido nunca, pero a lo menos lo he intentado muchísimas veces, como lo probarán infinitos lugares de mis defensas. Puede amplificarse cuando ya el auditorio está dominado y vencido por el orador, y no recela ni quiere permanecer a la defensiva, sino que se deja arrastrar en la corriente, y, admirando la forma de la palabra, no encuentra nada que reprender. Esta forma no puede prolongarse mucho, ni en la peroración ni en las demás partes del discurso. Empleados ya los recursos de que antes hablé, todo el esmero ha de

cum sis eis locis usus quibus ostendi licere, transferenda tota dictio est ad illa quae nescio cur, cum Graeci kommata et kola nominent, nos non recte incisa et membra dicamus. Neque enim esse possunt rebus ignotis nota nomina, sed cum verba aut suavitatis aut inopiae causa transferre soleamus, in omnibus hoc fit artibus, ut, cum id appellandum sit quod propter rerum ignorationem ipsarum nullum habuerit ante nomen, necessitas cogat aut novum facere verbum aut a simili mutuari.

ponerse en los que llaman los Griegos *kommata* y *kola* y nosotros, no sé por qué, *incisos* y *miembros.* Cuando las cosas son desconocidas, no pueden ser conocidos los nombres, y en todas las artes obliga la necesidad a inventar nuevos nombres para ideas nuevas, o a usar de traslaciones.

LXIII. [212] Quo autem pacto deceat incise membratimve dici iam videbimus; nunc quot modis mutentur comprehensiones conclusionesque dicendum est. Fluit omnino numerus a primo tum incitatius brevitate pedum, tum proceritate tardius. Cursum contentiones magis requirunt, eitiones rerum tarditatem. Insistit autem ambitus modis pluribus, e quibus unum est secuta Asia maxime, qui dichoreus vocatur, cum duo extremi chorei sunt, id est e singulis longis et brevibus. Explanandum est enim, quod ab aliis eidem pedes aliis vocabulis nominantur. [213] Dichoreus non est ille quidem sua sponte vitiosus in clausulis, sed in orationis numero nihil est tam vitiosum quam si semper est idem. Cadit autem per se ille ipse praeclare, quo etiam satietas formidanda est magis. Me stante C. Carbo C. F. tribunus plebis in contione dixit his verbis: O Marce Druse, patrem appello—haec quidem duo binis pedibus incisim; dein membratim: Tu dicere solebas sacram esse rem publicam;—haec item membra ternis; [214] post ambitus: "Quicumque eam violavissent, ab omnibus esse ei poenas persolutas"—dichoreus; nihil enim ad rem, extrema illa longa sit an brevis; deinde: Patris dictum sapiens temeritas fili comprobavit—hoc dichoreo tantus clamor contionis excitatus est, ut admirabile esset. Quaero nonne id numerus effecerit? Verborum ordinem immuta, fac sic: "Comprobavit fili temeritas, iam nihil erit, etsi temeritas ex tribus brevibus et longa est, quem Aristoteles ut optimum probat, a quo dissentio." [215] "At eadem verba, eadem sententia." Animo istuc satis est, auribus non satis. Sed id crebrius fieri non oportet; primum enim numerus agnoscitur, deinde satiat, postea cognita facilitate contemnitur.

En su momento veremos de qué formma conviene hablar con incisos y miembros; ahora debemos hablar de qué forma variar los períodos y cláusulas. El ritmo es ya acelerado y rápido, ya lento. Está bien el primero en las contiendas forenses; el segundo en las exposiciones. Las cláusulas se cierran de muchos modos: en Asia ha prevalecido la forma del *dicoreo,* llamada así por ser *coreos* los dos pies últimos. Y ahora debemos explicar por qué los mismos pies reciben en diversos autores nombres distintos. El *dicoreo* no es, por sí mismo, vicioso en las cláusulas, pero nada más vicioso que su perpetua repetición, nada que engendre más fastidio. Me acuerdo que Cayo Carbon, tribuno de la plebe, decía un día en el foro (estando yo sentado en el tribunal): *O Marce Druse, patrem appello.* He aquí un inciso con dos pies métricos. Y prosiguió: *Tu dicere solebas, sacram esse rempublicam.* Son tres pies. Y continuó la cláusula: *quicumque eam violavissent, ab omnibus ei esse poenas persolutas.* Es un *dicoreo,* sin que importe que la última sea larga o breve. Y acabó: Patris *dictum sapiens temeritas filii comprobavit.* Al oír este segundo *dicoreo,* prorrumpieron todos en aplausos, como si hubiera dicho una cosa admirable. Pregunto: ¿no es esto obra del ritmo? Muda tú el orden de las palabras, di: *comprobavit fiii temeritas,* y todo el efecto desaparece, aunque *temeritas* conste de tres sílabas breves y una larga: lo cual a Aristóteles le sonaría muy bien, y a mi en este caso no. La idea y las palabras son las mismas, pero al oído no le basta. No conviene, sin embargo, abusar de este linaje de ritmo: empieza por conocerse, pronto fastidia, y a la larga, entendida su facilidad, se le desprecia.

LXIV. Sed sunt clausulae plures, quae numerose et iucunde cadant. Nam et creticus, qui est e longa et brevi et longa, et eius aequalis paean, qui spatio par est, syllaba longior, quam commodissime putatur in solutam orationem inligari, cum sit duplex. Nam aut e longa est et tribus brevibus, qui numerus in primo viget, iacet in extremo, aut e totidem brevibus et longa, [in] quem optime cadere censent veteres; ego non plane reicio, sed alios antepono. [216] Ne spondeus quidem funditus est repudiandus, etsi, quod est e longis duabus, hebetior videtur et tardior; habet tamen stabilem quendam et non expertem dignitatis gradum, in incisionibus vero multo magis et in membris; paucitatem enim pedum gravitate sua et tarditate compensat. Sed hos cum in clausulis pedes nomino, non loquor de uno pede extremo: adiungo, quod minimum sit, proximum superiorem, saepe etiam tertium. [217] Ne iambus quidem, qui est e brevi et longa, aut par choreo qui habet tris brevis trochaeus, sed spatio par, non syllabis, aut etiam dactylus, qui est e longa et duabus brevibus, si est proximus a postremo, parum volubiliter pervenit ad extremum, si est extremus choreus aut spondeus; numquam enim interest uter sit eorum in pede extremo. Sed idem hi tres pedes male concludunt, si quis eorum in extremo locatus est, nisi cum pro cretico postremus est dactylus; nihil enim interest dactylus sit extremus an creticus, quia postrema syllaba brevis an longa sit ne in versu quidem refert. [218] Qua re etiam paeana qui dixit aptiorem, in quo esset longa postrema, vidit parum, quoniam nihil ad rem est, postrema quam longa sit. Iam paean, quod pluris habeat syllabas quam tris, numerus a quibusdam, non pes habetur. Est quidem, ut inter omnis constat antiquos, Aristotelem, Theophrastum, Theodectem, Ephorum, unus aptissimus orationi vel orienti vel mediae; putant illi etiam cadenti, quo loco mihi videtur aptior creticus. Dochmius autem e quinque syllabis, brevi, duabus longis, brevi, longa, ut est hoc: amicos tenes, quovis loco aptus est, dum semel ponatur: iteratus aut continuatus numerum apertum et nimis insignem facit.

Hay otros muchos géneros de cláusulas que terminan agradable y numerosamente. El *crético,* que consta de larga, breve y larga, y el *peon* su igual en tiempo, aunque tenga una sílaba más, caben muy bien en la prosa. El terminar los períodos con una larga y tres breves, o con tres breves y una larga, como suelen hacer los antiguos, no lo rechazo del todo, aunque prefiero otros ritmos.

Ni siquiera puede rechazarse en absoluto el espondeo; aunque pesado y tardo por constar de dos largas, tiene cierta dignidad y reposo, sobre todo en los incisos y paréntesis, y compensa el ser pocos sus pies con el ser largos.

El yambo, que consta de breve y larga, y es igual en tiempo, no en sílabas, al coreo, que tiene tres breves; y el dáctilo, que tiene una larga y dos breves, caen bien antes del último pié, cuando este es coreo o espondeo, cosa del todo indiferente. Pero estos mismos tres pies cierran mal la cláusula, a no ser que el último, en vez de un crético, sea un dáctilo. Puede ser uno u otro, porque hasta en el verso es indiferente la cuantidad de la última sílaba.

Los que tuvieron por mejor el *peón*, fundados en que tiene la última sílaba larga, no repararon en lo poco que esto importaba. Y aun algunos al peón no lo llaman *pié*, sino *ritmo*, porque tiene más de tres sílabas. Según el unánime parecer de los antiguos (Aristóteles, Teofrasto, Teodectes, Ephoro), es el más acomodado al principio, al medio o al fin de dicción. Al fin yo preferiría el crético. El *dochmio*, que tiene cinco sílabas: breve, dos largas, breve y larga, vg.: *amicos tenes*, está bien en cualquiera parte, pero una vez sola. Repetido o continuado, resulta demasiado a la vista el artificio armónico.

LXV. [219] His igitur tot commutationibus tamque variis si utemur, nec deprehendetur

Sólo le evitaremos alternando oportunamente todos estos pies métricos, y como no sólo del

manifesto quid a nobis de industria fiat et occurretur satietati. Et quia non numero solum numerosa oratio sed et compositione fit et genere, quod ante dictum est, concinnitatis— compositione potest intellegi, cum ita structa verba sunt, ut numerus non quaesitus sed ipse secutus esse videatur, ut apud Crassum: Nam ubi libido dominatur, innocentiae leve praesidium est; ordo enim verborum efficit numerum sine ulla aperta oratoris industria—; itaque si quae veteres illi, Herodotum dico et Thucydidem totamque eam aetatem, apte numeroseque dixerunt, ea non numero quaesito, sed verborum conlocatione ceciderunt. [220] Formae vero quaedam sunt orationis, in quibus ea concinnitas est ut sequatur numerus necessario. Nam cum aut par pari refertur aut contrarium contrario opponitur aut quae similiter cadunt verba verbis comparantur, quidquid ita concluditur, plerumque fit ut numerose cadat, quo de genere cum exemplis supra diximus; ut haec quoque copia facultatem adferat non semper eodem modo desinendi. Nec tamen haec ita sunt arta et astricta, ut ea, cum velimus, laxare nequeamus. Multum interest utrum numerosa sit, id est similis numerorum, an plane e numeris constet oratio; alterum si fit, intolerabile vitium est, alterum nisi fit, dissipata et inculta et fluens est oratio.

ritmo, sino también de la composición depende la armonía de la cláusula, ha de ser la composición de tal suerte, que no parezca el número buscado, sino nacido, como en este pasaje de Craso: *Nam ubi libido dominatur, innocentiae leve praesidium est.* El orden de las palabras produce ya la armonía, sin que se vea el esfuerzo del orador. Por eso, si alguna vez los antiguos (quiero decir, Herodoto y Tucídides y todos los de su tiempo) alcanzaron la armonía, fue sólo por la colocación de los vocablos, y no por el ritmo.

Hay ciertas formas de estilo que inevitablemente traen el ritmo consigo. Así las comparaciones y las antítesis. Todo esto ofrece variedad de recursos, para no terminar siempre del mismo modo. Ni son estas leyes tan estrictas, que alguna vez no podamos quebrantarlas. Hay gran diferencia entre ser numeroso el discurso, y constar todo de números. Lo segundo es intolerable vicio, pero sin lo primero será inculta, desaliñada y floja la oración.

LXVI. [221] Sed quoniam non modo non frequenter verum etiam raro in veris causis aut forensibus circumscripte numeroseque dicendum est, sequi videtur, ut videamus quae sint illa quae supra dixi incisa, quae membra. Haec enim in veris causis maximam partem orationis obtinent. Constat enim ille ambitus et plena comprehensio e quattuor fere partibus, quae membra dicimus, ut et auris impleat et neque brevior sit quam satis sit neque longior. Quamquam utrumque non numquam vel potius saepe accidit, ut aut citius insistendum sit aut longius procedendum, ne brevitas defrudasse auris videatur neve longitudo obtudisse. Sed habeo mediocritatis rationem; nec enim loquor de versu et est liberior aliquanto oratio. [222] [E quattuor igitur quasi hexametrorum instar versuum quod sit constat fere plena comprehensio.] His igitur singulis versibus quasi nodi apparent continuationis, quos in ambitu coniungimus. Sin membratim volumus

Pero como el estilo resonante y numeroso no el frecuente en las verdaderas causas, es decir, en las forenses, necesario es que veamos lo que son *incisos* y *miembros*, porque esta es la forma que más abunda en este género de discursos. La cláusula, para ser perfecta, y henchir los oídos, y no ser más larga ni más breve que lo justo, debe constar de cuatro partes o miembros. A veces conviene, sin embargo, acortarla o extenderla. En esto la prosa tiene mucha más libertad que la poesía, y yo sólo me fijo en un término medio.

De estos cuatro miembros, que pueden compararse con cuatro versos exámetros, unidos y trabados entre sí con cierta manera de nudos, consta la cláusula perfecta. A veces las interrumpimos y cortamos para intercalar algún miembro. Entonces debe ponerse mayor

dicere, insistimus atque, cum opus est, ab isto cursu invidioso facile nos et saepe diiungimus. Sed nihil tam debet esse numerosum quam hoc, quod minime apparet et valet plurimum. Ex hoc genere illud est Crassi: "Missos faciant patronos; ipsi prodeant";—nisi intervallo dixisset "ipsi prodeant", sensisset profecto se fudisse senarium; omnino melius caderet prodeant ipsi; sed de genere nunc disputo; [223]—"cur clandestinis consiliis nos oppugnant? Cur de perfugis nostris copias comparant contra nos?" Prima sunt illa duo, quae kommata Graeci vocant, nos incisa dicimus; deinde tertium kolon illi, nos membrum; sequitur non longa—ex duobus enim versibus, id est membris, perfecta comprehensio est et in spondeos cadit; et Crassus quidem sic plerumque dicebat, idque ipse genus dicendi maxime probo.

cuidado en el número, por lo misino que entonces aparece menos y vale más. De este género son aquellas palabras de Craso: *Missos faciant patronos: ipsi prodeant*[*]. Si hubiera dicho *prodeant ipsi* (aun siendo esto más armonioso), se hubiera visto a las claras el empeño en buscar el senario.
¿Cur clandestinis consiliis nos oppugnant? ¿cur de perfugis nostris copias comparant contra nos?
Aquí tenemos dos incisos, que los Griegos llaman *kommata*, y un miembro, que ellos apellidan *kolon*. Resulta una cláusula no larga, pues consta de dos versos o miembros, y acaba en espondeos. Tal solía ser el estilo de Craso, y el que yo más apruebo.

LXVII. Sed quae incisim aut membratim efferuntur, ea vel aptissime cadere debent, ut est apud me: "Domus tibi deerat? At habebas. Pecunia superabat? At egebas"; haec incise dicta sunt quattuor; [224] at membratim quae sequuntur duo: "Incurristi amens in columnas, in alienos insanus insanisti". Deinde omnia tamquam crepidine quadam comprehensione longiore sustinentur: "Depressam, caecam, iacentem domum pluris quam te et quam fortunas tuas aestimasti". Dichoreo finitur. At spondeis proximum illud. Nam in his, quibus ut pugiunculis uti oportet, brevitas faciet ipsa liberiores pedes; saepe enim singulis utendum est, plerumque binis, et utrisque addi pedis potest, non fere ternis amplius. [225] Incisim autem et membratim tractata oratio in veris causis plurimum valet, maximeque eis locis, cum aut arguas aut refellas, ut nos in Corneliana secunda: "O callidos homines, o rem excogitatam, o ingenia metuenda!" Membratim adhuc; deinde caesim: Diximus, rursus membratim: "Testis dare volumus". Extrema sequitur comprehensio, sed ex duobus membris, qua non potest esse brevior: "Quem, quaeso, nostrum fefellit ita vos esse facturos?" [226] Nec ullum genus est dicendi aut melius aut fortius quam binis aut ternis ferire verbis, non

Lo que incidentalmente se dice, ha de tener mucha armonía y número, vg.: *¿Domus tibi deerat? at habebas. ¿Pecunia superabat? at egebas.*[*] A estos cuatro incisos, siguen estos miembros: *Incurristi amens in columnas: in alienos insanus insanisti.* Y luego, a modo de trueno, viene la cláusula larga: *Depressam, coecam, iacentem domum pluris quam te, et quam fortunas tuas, aestimasti.* Acaba con un dicoreo, próximo a un dispondeo. El proceder por incisos y miembros es de gran efecto en las verdaderas causas, sobre todo en las acusaciones y defensas.

Así dijo yo en la oración segunda contra Cornelio: *¡Oh callidos homines! ¡oh ingenia metuenda!* Y proseguí en el mismo estilo cortado: *testes dare volumus.* Sigue una cláusula de dos miembros, la más breve de todas: *Quem, quaeso, mostrum fefellit, ita vos esse facturos.*

Y no hay modo de decir que sea mejor ni más enérgico que el herir con dos o tres palabras, a

[*] «Dejen a un lado a sus abogados: preséntense ellos mismos». Posiblemente se trate de un pa´rrafo de la ley Servilia, que transfería al Senado el enjuiciamineto de las conjuraciones.
[*] Pro Scauro 45. «Te faltará casa, pero la tenías. ¿Te sobraba dinero? Pero lo necesitabas.»

numquam singulis, paulo alias pluribus, inter quae variis clausulis interponit se raro numerosa comprehensio; quam perverse fugiens Hegesias, dum ille quoque imitari Lysiam vult alterum paene Demosthenem, saltat incidens particulas. Et is quidem non minus sententiis peccat quam verbis, ut non quaerat quem appellet ineptum qui illum cognoverit. Sed ego illa Crassi et nostra posui, ut qui vellet auribus ipsis quid numerosum etiam in minimis particulis orationis esset iudicaret. Et quoniam plura de numerosa oratione diximus quam quisquam ante nos, nunc de eius generis utilitate dicemus.

veces con una sola, interponiendo de vez en cuando, entre las cláusulas cortas; alguna larga y numerosa. Queriendo huir de esto Hegésias e imitar malamente a Lisias, que es casi otro Demóstenes, procede como por saltos, cortando siempre la frase, y errando no menos en los pensamientos que en las palabras, hasta el extremo de no poder hallarse nada más inepto que él.

Ya que he discurrido acerca de la armonía del discurso más que otro alguno antes que yo, he de tratar ahora de su utilidad.

LXVIII. [227] Nihil enim est aliud, Brute, quod quidem tu minime omnium ignoras, pulchre et oratorie dicere nisi optimis sententiis verbisque lectissimis dicere. Et nec sententia ulla est quae fructum oratori ferat, nisi apte eita atque absolute, nec verborum lumen apparet nisi diligenter conlocatorum, et horum utrumque numerus inlustrat; numerus autem—saepe enim hoc testandum est—non modo non poetice vinctus verum etiam fugiens illum eique omnium dissimillimus; non quin idem sint numeri non modo oratorum et poetarum verum omnino loquentium, denique etiam sonantium omnium quae metiri auribus possumus, sed ordo pedum facit, ut id quod pronuntiatur aut orationis aut poematis simile videatur. [228] Hanc igitur, sive compositionem sive perfectionem sive numerum vocari placet, [et] adhibere necesse est, si ornate velis dicere, non solum, quod ait Aristoteles et Theophrastus, ne infinite feratur ut flumen oratio, quae non aut spiritu pronuntiantis aut interductu librari, sed numero coacta debet insistere, verum etiam quod multo maiorem habent apta vim quam soluta. Vt enim athletas nec multo secus gladiatores videmus nihil nec vitando facere caute nec petendo vehementer, in quo non motus hic habeat palaestram quandam, ut quicquid in his rebus fiat utiliter ad pugnam idem ad aspectum etiam sit venustum, sic orator nec plagam gravem facit, nisi petitio fuit apta, nec satis tecte declinat impetum, nisi etiam in cedendo quid deceat intellegit. [229] Itaque qualis eorum motus quos apalaistrous Graeci vocant, talis horum mihi videtur oratio qui non claudunt numeris sententias, tantumque abest ut quod ei qui hoc aut magistrorum inopia aut

No ignoras, Bruto, que el bien decir no es otra cosa que usar pensamientos y palabras escogidas. Y no hay idea alguna que en la oración dé fruto si no está bien expuesta y desarrollada; ni brillan las palabras si no están bien colocadas, y no las realza el número. Este número, conviene repetirlo, no es el poético, y difiere mucho de él, aunque no en su esencia, porque al cabo uno mismo es el ritmo del orador y el del poeta, y aun el de todo el que habla, y el de todo sonido que podemos medir. Pero el orden de los pies hace que lo que se pronuncia sea oración o poema.

Está composición, perfección o número es absolutamente necesaria al que quiere hablar con elegancia, no sólo, como dicen Aristóteles y Teofrasto, para que el discurso vaya sujeto a una ley y no se extienda indefinidamente, sin más traba que las exigencias de la respiración o los puntos y comas de la escritura, sino porque el discurso armonioso tiene mucha más fuerza que el suelto y descolorido. Y así como vemos a los atletas y gladiadores proceder siempre con arte en el huir y en el acometer, juntando la utilidad de la pelea con la gallardía y elegancia; así el orador nunca hace herida grave, ni resiste victoriosamente el ímpetu del centrario, si no atiende al decoro en la resistencia misma.

A los movimientos torpes y sin gracia del atleta se parece el discurso en que se presentan sin armonía las ideas y tan lejos está de ser verdad lo que afirman los que, o por falta de maestros, o por torpeza de ingenio, o por huir del trabajo,

ingeni tarditate aut laboris fuga non sunt adsecuti solent dicere—enervetur oratio compositione verborum, ut aliter in ea nec impetus ullus nec vis esse possit.

no han llegado a esta perfección, es decir, que enerva a la prosa el mismo esmero en la composición de las palabras, que antes al contrario, sin esta armonía y número no cabe fuerza, vigor ni ímpetu.

LXIX. Sed magnam exercitationem res flagitat, ne quid eorum qui genus hoc secuti non tenuerunt simile faciamus, ne aut verba traiciamus aperte, quo melius aut cadat aut volvatur oratio; [230] quod se L. Caelius Antipater in prooemio belli Punici nisi necessario facturum negat. O virum simplicem qui nos nihil celet, sapientem qui serviendum necessitati putet! Sed hic omnino rudis; nobis autem in scribendo atque in dicendo necessitatis excusatio non probatur; nihil est enim necesse et, si quid esset, id necesse tamen non erat confiteri. Et hic quidem, qui hanc a Laelio, ad quem scripsit, cui se purgat, veniam petit, et utitur ea traiectione verborum et nihilo tamen aptius explet concluditque sententias. Apud alios autem et Asiaticos maxime numero servientes inculcata reperias inania quaedam verba quasi complementa numerorum. Sunt etiam qui illo vitio, quod ab Hegesia maxime fluxit, infringendis concidendisque numeris in quoddam genus abiectum incidant versiculorum simillimum. [231] Tertium est, in quo fuerunt fratres illi Asiaticorum rhetorum principes Hierocles et Menecles minime mea sententia contemnendi. Etsi enim a forma veritatis et ab Atticorum regula absunt, tamen hoc vitium compensant vel facultate vel copia. Sed apud eos varietas non erat, quod omnia fere concludebantur uno modo. Quae vitia qui fugerit, ut neque verbum ita traiciat ut id de industria factum intellegatur, neque inferciens verba quasi rimas expleat, nec minutos numeros sequens concidat delumbetque sententias, nec sine ulla commutatione in eodem semper versetur genere numerorum, is omnia fere vitia vitaverit. Nam de laudibus multa diximus, quibus sunt illa perspicue vitia contraria.

Pero todo esto requiere largo ejercicio, ni hemos de trasponer las palabras de modo que se vea claramente que lo hacemos sólo por buscar una armoniosa cadencia. Ahí está Lucio Celio Antipatro, que en el proemio a su *Guerra Púnica*, dice que nunca lo hará sino en caso necesario. ¡Oh varón sencillo, que no nos oculta nada! ¡Hombre sapientísimo, que juzga que debemos ceder a la necesidad! Pero éste es un escritor enteramente rudo. Yo ni en el escribir ni en el hablar admito esta excusa de la necesidad. Nada os necesario, y aunque lo fuese, no debería confesarse. El mismo Antipatro, que se disculpa con Lelio, a quien escribe, y lo pido perdón, usa con frecuencia de traslaciones, y no por eso acaba mejor sus cláusulas.
Entre los oradores asiáticos, tan supersticiosos del número, hallarás ciertas repeticiones, sólo para llenar los períodos. Otros, como Hegésias, cayeron en el vicio del estilo cortado y rastrero, muy semejante al de los Sículos.
Hay otro tercer estilo en que sobresalieron los dos hermanos Hierocles y Menecles, príncipes de los retóricos asiáticos, y a mi juicio nada despreciables. Es verdad que se apartan del severo modo de decir de los áticos; pero compensa este defecto con la facilidad y abundancia, aunque carecen de variedad y cierran siempre sus frases del mismo modo.
El que quiera evitar estos defectos, y no trasponga con artificio demasiado evidente las palabras, ni se empeñe en rellenar todos los huecos, ni buscando pueriles armonías mutile y enerve las sentencias, ni use siempre del mismo ritmo, éste habrá llegado al colmo de la perfección. No es preciso decir las excelencias del estilo: basta con enumerar los vicios contrarios.

LXX. [232] Quantum autem sit apte dicere, experiri licet, si aut compositi oratoris bene structam conlocationem dissolvas permutatione verborum;—corrumpatur enim tota res, ut [et] haec nostra in Corneliana et deinceps omnia: "Neque me divitiae movent, quibus omnis

¡Cuánto vale y significa la armonía! Puede conocerse con sólo deshacerla, variando algunas palabras. Tomemos por ejemplo un trozo mío en la segunda Corneliana: *Neque me divitiae movent, quibus omnes Africanos et Laelios multi venalitii mercatoresque*

Africanos et Laelios multi venalicii mercatoresque superarunt": immuta paululum, ut sit multi superarunt mercatores venaliciique, perierit tota res; et quae sequuntur: "Neque vestis aut caelatum aurum et argentum, quo nostros veteres Marcellos Maximosque multi eunuchi e Syria Aegyptoque vicerunt"; verba permuta sic, ut sit "vicerunt eunuchi e Syria Aegyptoque": adde tertium: "Neque vero ornamenta ista villarum, quibus L. Paullum et L. Mummium, qui rebus his urbem Italiamque omnem referserunt, ab aliquo video perfacile Deliaco aut Syro potuisse superari"; fac ita: "potuisse superari ab aliquo Syro aut Deliaco"; [233] videsne, ut ordine verborum paululum commutato, isdem tamen verbis stante sententia, ad nihilum omnia recidant, cum sint ex aptis dissoluta? Aut si alicuius inconditi arripias dissipatam aliquam sententiam eamque ordine verborum paululum commutato in quadrum redigas, efficiatur aptum illud, quod fuerit antea diffluens ac solutum. Age sume de Gracchi apud censores illud: "Abesse non potest quin eiusdem hominis sit probos improbare qui improbos probet"; quanto aptius, si ita dixisset: "Quin eiusdem hominis sit qui improbos probet probos improbare!" [234] Hoc modo dicere nemo umquam noluit nemoque potuit quin dixerit; qui autem aliter dixerunt, hoc adsequi non potuerunt. Ita facti sunt repente Attici; quasi vero Trallianus fuerit Demosthenes! Cuius non tam vibrarent fulmina illa, nisi numeris contorta ferrentur.

superarunt. Si decimos: *Multi superarunt mercatores venalitiique,* toda la armonía desaparece. *Neque vestis aut coelatum aurum et argentum, quo nostros veteres Marcellos, Maximosque multi eunuchie Syria AEgiptoque vic runt.* No puedes decir: *Vicerunt eunuhie Syria AEgiptoque.* A continuación digo: *Neque vero ornamenta ista villaritm, quibus L. Paulum et L. Mummiun, qui rebus his urbem Italiamque omnem referserunt, ab aliquo video perfacile Deliaco aut Syro potuisse superari.* No se puede decir: *potuisse superari ab aliquo Syro aut Deliaco.* ¿Ves cómo en alterando un poco el orden de las palabras, aunque que sean las mismas y no varíe el pensamiento, desaparece toda armonía? De la misma suerte, tomando una frase desaliñada de cualquiera, y mudando un poco el orden de las palabras, resulta elegante y numerosa. Por ejemplo, esta frase de Graco ante los Censores: *Abesse non potest, quin ejusdem hominis sit probos improbare, qui improbos probet.* ¡Cuánto mejor hubiera dicho: *«qui improbos probet, probos improbare!»* ¿Quién no deseará hablar siempre de este modo? Y los que no lo hacen es porque no pueden, y creen disimular su impotencia con llamarse áticos. ¡Cómo si no lo hubiera sido Demóstenes, que siempre fulmina rítmicamente sus centellas!

LXXI. Sed si quem magis delectant soluta, sequatur ea sane, modo sic ut, si quis Phidiae clipeum dissolverit, conlocationis universam speciem sustulerit, non singulorum operum venustatem; ut in Thucydide orbem modo orationis desidero, ornamenta comparent. [235] Isti autem cum dissolvunt orationem, in qua nec res nec verbum ullum est nisi abiectum, non clipeum, sed, ut in proverbio est—etsi humilius dictum est [tamen simile est]—, scopas (ut ita dicam) mihi videntur dissolvere. Atque ut plane genus hoc, quod ego laudo, contempsisse videantur, aut scribant aliquid vel Isocrateo more vel quo Aeschines aut Demosthenes utitur, tum illos existimabo non desperatione reformidavisse genus hoc, sed iudicio refugisse; aut reperiam ipse eadem condicione qui uti

Y si a alguno le agrada el estilo suelto y cortado, cultívele en hora buena, con tal que al deshacer el escudo de Fidias y destruir la colocación de sus partes, no altere ni eche a perder la hermosura de cada una. Así en Tucídides busco en vano el ritmo, pero ninguno de los demás ornatos del discurso faltan. Mas el desatar un discurso pobre y ruin, en que no hay palabra ni sentencia digna de memoria, no es deshacer el escudo, sino *scopas dissolvere*, como dice el proverbio, aunque parezca humilde. Y para despreciar con fundamento el estilo que yo alabo, necesario es que antes hayan escrito algo en estilo de Isócrates o de Esquines y Demóstenes: sólo así conoceré que, no por desesperación de alcanzarlo sino por buen juicio, han renunciado a él.

velit, ut aut dicat aut scribat utra voles lingua eo genere quo illi volunt; facilius est enim apta dissolvere quam dissipata conectere. [236] Res se autem sic habet, ut brevissime dicam quod sentio: composite et apte sine sententiis dicere insania est, sententiose autem sine verborum et ordine et modo infantia, sed eius modi tamen infantia, ut ea qui utantur non stulti homines haberi possint, etiam plerumque prudentes; quo qui est contentus utatur. Eloquens vero, qui non approbationes solum sed admirationes, clamores, plausus, si liceat, movere debet, omnibus oportet ita rebus excellat, ut ei turpe sit quicquam aut exspectari aut audiri libentius.

Diré en dos palabras lo que pienso. El hablar con mucho aparato, pero sin ideas, es locura: el hablar sentenciosamente sin orden ni concierto en las palabras, puerilidad, pero en la que suelen incurrir no sólo los necios, sino muchos varones prudentes. Mas el orador que busca no sólo aprobación, sino admiración y aplauso, debe sobresalir, en todo, y avergonzarse de que otro lo aventaje en nada y sea oído con más gusto que él.

[237] Habes meum de oratore, Brute, iudicium; quod aut sequere, si probaveris, aut tuo stabis, si aliud quoddam est tuum. In quo neque pugnabo tecum neque hoc meum, de quo tanto opere hoc libro adseveravi, umquam adfirmabo esse verius quam tuum. Potest enim non solum aliud mihi ac tibi, sed mihimet ipsi aliud alias videri. Nec in hac is modo re quae ad vulgi adsensum spectet et ad aurium voluptatem, quae duo sunt ad iudicandum levissima, sed ne in maximis quidem rebus quicquam adhuc inveni firmius, quod tenerem aut quo iudicium meum derigerem, quam id quodcumque mihi quam simillimum veri videretur, cum ipsum illud verum tamen in occulto lateret. [238] Tu autem velim, si tibi ea quae disputata sunt minus probabuntur, ut aut maius opus institutum putes quam effici potuerit, aut, dum tibi roganti voluerim obsequi, verecundia negandi scribendi me impudentiam suscepisse.

Esto es, Bruto, mi juicio acerca del orador: si te parece bien, síguele: si no, aténte al tuyo. No me empeñaré en persuadirte, ni afirmaré tampoco que lo que en este libro sostengo sea más verdad que lo que tú digas. No sólo a ti, sino a mí mismo, en otras circunstancias, más adelante, me parecerán las cosas de distinto modo. Y no sólo en esta materia, que depende del aplauso del vulgo y del placer de los oídos, pésimos fundamentos para el juicio, sino en cuestiones mucho más graves, no he encontrado todavía ningún principio fijo a qué atenerme, ni por dónde dirigir mi juicio más allá de lo verosímil, ya que la verdad está oculta. Si no te parece bien lo que he escrito, piensa que he emprendido una obra superior a mis fuerzas, o que deseando complacerte, he preferido a la vergüenza de negarme la osadía de escribir.